

EMMA K. JOHNSON

SOLAMENTE
TU
SECRETARIA

Solamente Tu Secretaria

por Emma K. Johnson

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia. Todos los personajes son mayores de dieciocho años de edad.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2017, Emma K. Johnson.

Para ti, tío.

CONTENIDO

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Agradecimientos y otras obras](#)

Capítulo 1.

Emilia

—Tome asiento por favor —dijo el guardia de la recepción al entregarme un gafete de plástico con la letra V, indicando mi condición de visitante de la empresa. Me senté junto a la entrada del lobby, quedando de frente al mostrador donde estaba el guardia armado que me entregó mi gafete junto a una recepcionista en un vestido floreado bastante simpático.

No podía ocultar mi emoción. Un escalofrío pasó por mi espalda al ver encima de ellos el nombre de la compañía en letras plateadas grandes: Chandler Platt. El slogan de la compañía estaba debajo en letras más pequeñas: *Protección para quienes nos protegen*. Era una compañía de fabricación de equipo de protección policiaco y militar, y era una de las fábricas más grandes de la ciudad.

“¡No puedo creer mi suerte!” pensé. Apenas había llenado mi información en la página EmpleosEmpresariales.Com el fin de semana pasado durante una borrachera con mi hermana Bárbara y nuestro amigo Adriano. Estaba casi segura que había escrito que trabajaría hasta de conserje con tal de salirme de la miserable agencia aduanal donde había perdido el último año de mi vida. ¡Obvio que cuando recibí una llamada para una posición de secretaria ejecutiva iba a estar en las nubes!

Aunque al ver a las candidatas alrededor de mí caí en cuenta que no era la única que querría trabajar en una compañía tan prestigiosa. La chica a mi izquierda traía una falda negra igual que yo, pero no tan ajustada y le llegaba más cerca de la rodilla. Pasé mi mano encima del borde de mi falda y luego volteé hacia abajo. No estaba presumiendo *tanto* muslo, pero a lo mejor algo más largo habría sido ideal.

De lo que sí estaba segura era que debí haber usado una blusa de mangas largas. ¿Qué carajos estaba pensando? ¿Una blusa blanca de manga corta y con un pañuelo negro con blanco alrededor de mi cuello? Hubiera sido mejor un saco y una corbata bonita, aunque me hubiera cocido con el calor que hacía. Al menos no se me transparentaba la blusa y se me veía el brasier o la faja o lo que sea que la muchacha de enseguida trajera.

Miré hacia arriba y resoplé mientras escuchaba una tonadita graciosa viniendo de una bocina encima de mí. De pronto escuché la campanita de notificación de mi celular.

Al ver el mensaje giré mis ojos hacia arriba y lo borré de inmediato sin siquiera leerlo. Había sido de un muchacho que había conocido el viernes cuando había ido a bailar con Bárbara y Adriano. Era un niño simpático, muy guapo, pero *demasiado* entusiasta. Le había dicho que no me llamara ni me mandara mensajes durante las mañanas, y aquello le entró por un oído y le salió por el otro. Toda la bendita semana en plena hora de oficina recibía un “hola nena”, o un “qué tal, guapa”, y cuando se me ocurrió contestarle con un “estoy ocupada” él no captó la indirecta y me preguntó que qué estoy haciendo.

“¿Por qué siempre atraigo a idiotas incapaces de pensar en nadie más que en sí mismos?” pensé. Ya estaba harta.

Crucé mis piernas y moví mi pie de arriba abajo como siempre lo hacía cuando estaba algo impaciente. Volteé hacia mi derecha y vi en mi reflejo una mecha rebelde en mi frente que acomodé rápido detrás de mi oído. Sonreí, adoraba cómo se me veía el cabello corto a los hombros así luego de toda una vida de traerlo largo.

—¿Emilia Salazar? —llamaron. Volteé y ahí estaba un muchacho en camisa de vestir blanca y corbata negra, pero sin saco. Cruzamos miradas e hizo un ademán para que fuera hacia él.

Hice mi mejor esfuerzo por seguirle por el pasillo detrás de recepción y a través del área de oficinas. *“¿Por qué tienes que caminar tan rápido?”* pensé.

Los muros estaban pintados de blanco y los cubículos eran de mamparas altas, con marcos negros alrededor del material como de alfombra color azul oscuro. El ambiente se escuchaba bastante alegre. Detrás de la seriedad de los muros blancos y los cubículos de mamparas azul marino se sentía un ambiente agradable y ligero, evidente por las risas y las pláticas animadas que alcanzaba a escuchar al pasar por los pasillos.

“Definitivamente me veo trabajando en un lugar así,” dije para mis adentros.

Cuando llegamos a la puerta al extremo de las oficinas el muchacho la

abrió y me pidió que pasara.

Vi de reojo la placa en la puerta: Jocelyn De Santis, Gerente de Operaciones de América Latina. Si de por sí estaba nerviosa ahora lo estaba más. La posición de secretaria, ¿sería para el Gerente de Operaciones?

Al pasar dentro de la oficina vi a una mujer de pie detrás de un enorme escritorio de madera oscura con un calendario de oficina y una laptop encima. El teléfono estaba en altavoz, pero no entendía lo que la otra persona decía. Creo que estaba hablando chino o japonés.

Ella se veía muy joven, y parecía una modelo de pasarelas luciendo un traje de negocios hecho a la medida. Su saco y pantalones le quedaban perfectos, resaltando una figura que sólo había visto en actrices de películas y de televisión. Sus pechos y caderas eran de proporciones perfectas para la cinturita de avispa que tenía.

Caminé hacia las sillas frente al escritorio y caí en cuenta de lo alta que estaba. Su melena suelta, larga y ondulada, en combinación de sus labios rojos y carnosos que sonrieron al escuchar algo del altavoz, y unos ojos en forma de almendra oscuros, casi negros, despedía sensualidad en enormes cantidades. De todas las veces que había escuchado a Adriano y a mis amigos describir el físico perfecto de una mujer por la que matarían ella se ajustaba a la perfección.

—Toma asiento —me susurró sin voltearme a ver mientras se sentaba, y luego se dirigió al teléfono con el mismo dialecto en el que estaban hablando.

Su voz grave y rasposa me dio la impresión que trataba de seducir a la persona al otro lado de la línea, y la risa nerviosa que sonó del altavoz me pareció que había caído en las redes de aquella mujer.

De pronto ella presionó el botón de su teléfono para terminar la conferencia, y volteó a verme mirando primero mis piernas, y luego me examinó despacio de abajo hacia arriba, fijando su atención en mis ojos.

—Buenos días —saludé, nerviosa.

—Soy Jocelyn De Santis —dijo—. Tú eres Emilia Salazar, ¿correcto?

—Así es —le dije.

Ella miró hacia una torre de hojas a mi lado derecho y tomó las

primeras de hasta arriba. Me miró de reojo antes de darle un vistazo a lo que asumí era mi currículum. Tuve el leve presentimiento que quizá no le agradé mucho que digamos.

“*Tranquila, Emilia,*” pensé.

Ya me había ilusionado con trabajar en ese lugar, y ser secretaria de una mujer de tal imponencia como Jocelyn De Santis sería todo un reto.

La señorita De Santis dejó las hojas en el escritorio y se recargó en su silla sin quitar la mirada de mis ojos. Eran pocas personas las que podrían lograr que yo desviara la vista, y ella estuvo a punto de añadir su nombre a esa lista. Pero me mantuve firme. Debía mostrarme confiada. Quería demasiado ese trabajo.

—¿Nerviosa? —preguntó.

—Un poco, sí —dije con una sonrisa.

—Bien —dijo, ampliando su mueca—. Eso quiere decir que quieres el trabajo.

Respiré profundo. —Sí, mucho, señorita De Santis.

—Jocelyn, por favor —dijo, girando un poco en su silla sin quitarme la mirada de encima. Parecía que estaba leyendo mi mente, analizando cada expresión en mi rostro—. Leí en tu currículum que todavía estás trabajando en una agencia aduanal.

—Sí.

—¿Puedo saber por qué buscas otro trabajo? —bajó la cabeza, pero no despegó su mirada de mis ojos— ¿No estás contenta con tu trabajo actual?

—No es que no esté contenta —no lo estaba, definitivamente no lo estaba, pero uno de los consejos que más he escuchado en una entrevista de trabajo es nunca hablar mal de tus jefes, actuales o anteriores—. Pero necesito ganar un poco más de dinero. Verá, mi hermana y yo queremos abrir un restaurant, pero con lo que gano ahorita...

Jocelyn alzó el mentón. —¿Estás casada, Emilia?

Le dije que no con la cabeza. —De momento no.

—¿Puedo preguntar por qué?

Suspiré y miré hacia arriba. —Estoy... —me esforcé por elegir las palabras que diría—. En un lugar de mi vida ahora en que considero una

pareja como un lujo que no puedo darme. Tengo tantas cosas que quiero hacer y siento que no podría dedicarle mi tiempo a una pareja como me gusta hacerlo.

Jocelyn apretó sus labios y entrecerró sus ojos. —Tienes tus prioridades fijas, y la honestidad es algo que valoro mucho en una persona.

Sonreí.

—Si le hablara a tus actuales y pasados jefes inmediatos, ¿qué me dirían de ti?

Respiré profundo. —Que soy muy trabajadora, muy puntual, que aprendo muy rápido y siempre estoy, y he estado, dispuesta a dar ese extra necesario para hacer un buen trabajo —dije. “*Más vale que digan eso, luego de todo lo que he hecho por ellos,*” pensé, viendo destellos de todas las tonterías que he aguantado con tal de no quedarme sin trabajo.

Jocelyn alzó las cejas y asintió. —¿Y por qué debería contratarte a ti y no a la siguiente jovencita que entrevistaste?

Apreté mis labios y me incliné hacia enfrente mientras me aferraba fuerte de mi bolso. —Bueno... —dije, dejando mi boca un poco abierta— Estoy comprometida al cien por ciento a cualquier tarea que usted crea necesaria con tal de ayudar a la compañía a ser la mejor, y por ello pondré todo de mi parte en demostrarle que...

Jocelyn abrió su boca y luego sonrió. —Estoy convencida que serías una excelente trabajadora, Emilia —mi corazón se aceleró de la emoción—. Pero no en esta...

Mi mundo se derrumbaba por dentro al escuchar esas palabras cuando el mismo muchacho que me había escoltado a su oficina abrió la puerta de golpe. Jocelyn le miró y no me habría sorprendido si le hubieran salido rayos láser de los ojos y hubiera fulminado al pobre.

—Más vale que sea bueno, Óscar —amenazó—. Sabes que detesto que...

—Lo sé, señorita De Santis —dijo, luego tragó saliva—. Pero está aquí.

Se miraron a los ojos un instante, comunicándose con la mirada. Ella se levantó, y el semblante le cambió. Pasó de mirarse fría e imponente, a dibujar una sonrisa alegre con un brillo en sus ojos.

“¿Quién?” pensé.

Capítulo 2.

Emilia

Jocelyn casi corrió hacia el muchacho mientras yo me quedaba sentada. Parecía que se había olvidado de mí pues ni siquiera volteó a verme después de levantarse.

Se asomó por la puerta y escuché un ajetreo afuera. Jocelyn echó su cabello detrás de sus hombros y ajustó su vestimenta, en particular alrededor de sus pechos antes de ponerse bajo el umbral de su oficina. Respiró profundo y dibujó una sonrisa enorme.

—¡Jerrold! ¡Agustina! —exclamó, levantando sus brazos en saludo y haciéndose a un lado para permitirles entrar.

Mi estómago se retorció de nervios cuando reconocí los primeros nombres. Eran dos de los tres fundadores de la empresa, según lo que había leído la noche anterior cuando investigué a la compañía.

La mujer de piel oscura como el ébano que entró primero a la oficina era Agustina Platt, el genio detrás del diseño y calidad de los productos de la compañía. Por las fotos me la había imaginado más alta, pero en realidad tenía mi misma estatura, y también era igual de delgada que yo. Su cabello parecía habersele quedado parado luego que algo le explotó en la cara. Traía unos lentes que parecían de tamaño exagerado para sus pequeños ojos de forma almendrada color castaño. Su pantalón y saco gris oscuro le quedaban un tanto holgados, quizá sea por preferir comodidad a estilo.

Luego entró Jerrold Chandler.

El presidente de la compañía era más alto que Jocelyn, con todo y que ella traía tacones. Su rostro bronceado era la mismísima definición de masculinidad, adornado por una barba gruesa recortada con cuidado del mismo negro carbón de su cabello en corte militar. Parecía un hombre capaz de empujar montaña tras montaña sin siquiera romper en sudor. Sus hombros gruesos podían cargar el peso de todo el mundo en ellos como un Atlas moderno. Lucía increíble con ese traje negro que vestía. Nunca había sido una mujer que le mirara las pompas a los hombres, pero ¡cómo no iba a hacerlo! Tenía mejor trasero que muchas mujeres que

conocía.

Entró a la oficina de Jocelyn con la confianza esperada de un hombre que dirigía una empresa multinacional.

—Jocelyn, buenos días —dijo alzando el mentón y mirándola a los ojos.

—Buenos días, Jerrold —dijo Jocelyn con un tono seductor. Estrechó su mano y luego le dio un beso en la mejilla al mismo tiempo que le restregaba con poca sutileza sus atributos—. No los esperábamos hasta mañana.

—El Alcalde pospuso la junta que teníamos con él —dijo el señor Chandler, soltando la mano de Jocelyn y dando la vuelta, mirando los cuadros y pinturas de su oficina—. Mañana nos comunicaremos con su oficina para programar otra junta para la semana siguiente.

Su voz era rasposa, grave, y como una droga de acción inmediata que detonó un hormigueo por toda mi piel y despertó sensaciones inapropiadas dentro de mis entrañas. En mi vida había estado ante un hombre como él. Articulaba despacio y hablaba alto, para hacer imposible que alguien no le escuchara. Hablaba con el cuidado de una persona consciente de que sus palabras eran lo más importante en el cuarto.

Él volteó hacia mí. Seguía sentada en la silla frente al escritorio de Jocelyn, hechizada por el atractivo del señor Chandler. Cuando nuestras miradas se cruzaron mi corazón aceleró su palpitar al punto en que pudo haber roto mis costillas y salido disparado de mi pecho. La piel de mis piernas se erizó, y mi entrepierna pulsó con electricidad con cada instante que su mirada penetraba mis ojos y parecía desnudar mi alma. Mis mejillas las sentí como si estuvieran por prender fuego, y todo mi ser aumentó dos o tres grados de temperatura.

—¿Y tú eres...? —preguntó el señor Chandler con su mirada intensa fija en mis ojos, interrumpiendo un diálogo que estaban teniendo la señorita Platt con Jocelyn.

—¿Yo? —exclamé con tono agudo y poniendo mi mano en mi pecho.

—No veo a nadie más —dijo apenas dibujando una sonrisa en sus labios, luego volteó hacia Jocelyn. —Es la secretaria que pedí contrataras para mí, ¿correcto?

“¡No puede ser!” pensé, respirando profundo y sonriéndole a aquel

hombre de ensueño. “¿*El puesto es para ser su secretaria?*”

—¿Qué? —pregunté, saliendo de mi trance— Ah, yo...

—Jerrold, apenas iba a... —interrumpió Jocelyn.

—Necesitaré un café para cuando regresemos de Producción —dijo el señor Chandler, sacando del bolsillo de su saco un llavero pequeño y entregándomelo—. Éstas son las llaves de mi oficina. Confío que sabes dónde está.

—¿O sea que...? —dije luego de sentir el frío acero de las llaves, pero el señor Chandler ya había volteado y caminado hacia la puerta de la oficina.

—No tenemos todo el día, Jocelyn —dijo Jerrold, deteniéndose en la puerta sin voltear a ver a su Gerente de Operaciones, luego le dio el paso a su acompañante que salió en cuanto el señor Chandler volteó a verla.

—¡Claro! —exclamó Jocelyn al seguirlos de cerca— Pero, Jerrold...

Me quedé ahí sentada mientras les escuchaba alejarse.

—¿Qué diablos acaba de pasar? —me pregunté a mí misma, mirando el llavero en mi mano.

Respiré profundo, y salí de la oficina. No sabía si estaba contratada o no, pero si eso era algún tipo de prueba estaba decidida a pasarla. Salí a paso rápido de la oficina de Jocelyn y afuerita estaba el muchacho que me había escoltado.

—Disculpa... ¿Oscar? —pregunté.

—Sigues aquí —dijo sorprendido.

—¿Dónde está la oficina del señor Chandler? —levanté el llavero que traía.

—En el segundo piso, es la oficina en la esquina suroeste del edificio.

—¡Gracias!

Caminé tan rápido como pude. Subí las escaleras hacia el segundo piso más alto de toda la historia de la humanidad, y llegué a otra sección de cubículos y oficinas mucho más animados que el piso de abajo. ¡Brrr! ¡Era un refrigerador ahí arriba! ¿Cómo podía andar la gente con manga corta?

Al pasarlas todas vi junto a una ventana gigantesca un escritorio grande junto a una puerta.

Me detuve frente a ella, y leí la placa negra con letras doradas que decían “Jerrold Chandler, Presidente y CEO”. Entré y no fue necesario encender la luz, pues el sol de la mañana entraba de golpe por las ventanas polarizadas. Vi el enorme escritorio de madera tallada a mano y cubierta de un barniz oscuro, y junto al calendario de oficina tenía una taza azul marino con una N dorada, y la palabra “Navy” debajo de ella.

Tomé la taza, dejé mi bolso sobre el escritorio fuera de la oficina, y fui a un área de cocina que había visto.

—Con permiso —dije al entrar, pues no estaba sola la cocina. El hombre que se saboreaba una rosquilla glaseada se me quedó viendo mientras le daba una enjuagada a la taza. El traje que traía puesto se miraba bastante caro, sin duda hecho a la medida por todos los kilos de más que cargaba. No me imaginé que vendieran trajes comerciales de ese tamaño.

Le sonreí. —Buenos días —dije al voltear y tomar unas toallitas para secar la taza. Ésta resbaló de mis manos, pero él alcanzó a atraparla antes de que pasara una tragedia. Quedé boquiabierta por sus buenos reflejos.

—Buenos días —me saludó con una sonrisa simpática. Tenía una mirada alegre, y una sonrisa contagiosa debajo de un bigote grueso bien recortado, del mismo rubio dorado que el cabello peinado hacia atrás de su cabeza—. Ten cuidado, jovencita, que esa es la taza favorita del jefe —dijo con tono jovial. Volteé a verle, confundida, y dio otra mordida a su rosquilla— ¿Jerrold Chandler? ¿El hombre? ¿Nuestro valeroso líder? Es su taza favorita.

Él la puso en el mostrador. —Me salvó la vida, entonces —dije esforzándome por respirar.

—Eres la nueva secretaria de Jerrold —dijo.

—Del señor Chandler, sí —le corregí. No me parecía apropiado llamarle de primer nombre al que quizá sería mi jefe—. Bueno, eso espero —dije mientras llenaba la taza con el dispensador de agua de garrafón.

—Espera, espera —dijo, quitándome la taza y echando el agua al lavabo—. Jerrold odia el sabor del agua purificada —dijo, luego llenó la

taza con la llave del fregadero y la metió al horno de microondas—. Te hubiera echado el café en la cara si se lo hubieras llevado así.

—¿De verdad? —exclamé aterrorizada.

—No —dijo entre risas—. Se hubiera tomado el café y la próxima vez te habría especificado cómo lo quiere.

—¿Algo más que deba saber? —pregunté.

—Nunca se te ocurra llevarle café de la cafetera —dijo mientras movía sus manos—. Él lo detesta. Dice que sabe a calcetín viejo, aunque yo pienso que sabe bastante bien. Ahí arriba siempre encontrarás café instantáneo. Usa ése.

—¿Y de pura casualidad no sabrá cómo le gusta preparárselo? —pregunté con si fuera una niña chiquita.

Aquel hombre soltó una carcajada que me contagió. —Por supuesto que lo sé —dijo, luego extendió su mano hacia mí—. ¿Dónde quedaron mis modales? Trevor Phillips, a sus órdenes.

—Emilia Salazar —dije, estrechando su mano. De pronto caí en cuenta—. Dios mío, ¿usted es uno de los fundadores de la empresa? ¿Ese Trevor Phillips?

—Ese mismo —dijo.

—¡Mucho gusto, señor Phillips!

—¡Trevor, por favor! —exclamó con una sonrisa a boca abierta— Tú y yo vamos a estar mucho en contacto pues yo me encargo de todo lo legal de la empresa. Más vale que nos vayamos sintiendo cómodos uno con el otro.

Escuchamos la campana del microondas. —Volviendo al café de Jerrold. Es muy sencillo: Una cucharada de café, dos de azúcar, y dos de crema en polvo —dijo, bajando de la alacena los recipientes—. Asegúrate que sea azúcar regular. Si valoras tu trabajo jamás le lleves café con endulzante de esos de sobrecito. Usa azúcar común y corriente. Y usa agua de la llave calentada en microondas por dos minutos.

—¿Café instantáneo? ¿Azúcar regular? —exclamé— Pensaría que él tendría alguna preferencia exótica o algo así.

—Eso lo deja cuando se va a cenar o está a solas en su casa —dijo

Trevor, pasándome la cuchara—. Para iniciar el día siempre es la taza de café de la misma manera. No le ha variado en los quince años que llevamos conociéndonos.

Tomé una cucharada de café, y Trevor chasqueó los labios. —Espera, espera, que sea *bien colmada* —dijo, enterrando de nuevo la cuchara y sacando tanto café como podía—. Igual lo demás.

Seguí las instrucciones, y luego volteé a ver a Trevor, el cual asentía con aprobación. —¿Ya está?

—¿Qué tanto quieres el trabajo? —preguntó con una sonrisa.

Entrecerré mis ojos. —Bastante —dije entre risas.

Trevor bajó de la alacena un recipiente que tenía, a juzgar por el aroma, canela en polvo. Al abrirlo tomó un poco con la cuchara y la espolvoreó dentro del café.

—Con esto te garantizo que le harás la mañana —dijo.

—¡Muchas gracias! —le dije con una sonrisa— No sé cómo agradecerle.

—Trae unas donas con tu primer pago y estaremos a mano —dijo con un guiño—. Ahora apúrate que si conozco a mi muchacho y a mi mujer ya no han de tardar en regresar de producción.

—¿Su mujer?

—Agustina Platt —dijo sin ocultar su orgullo—. Es mi esposa.

—¡Mujer con suerte! —le dije con tono coqueto antes de dejarlo riendo.

Llegué a la oficina del señor Chandler y dejé el café encima de su escritorio justo cuando les escuché afuera acercándose. Primero entraron las señoritas Platt y Jocelyn, riendo. Detrás de ellas entró Trevor quitándose unas migajas de su traje, y Jerrold al final.

Pareció ni darse cuenta que estaba de pie detrás de su escritorio. Se recargó en él, volteó, y tomó la taza. Le dio un sorbo y saboreó el café unos momentos. Los otros tres estaban diciendo algo que no alcancé a entender pues toda mi atención estaba en el que esperaba sería mi futuro jefe.

Mi corazón se detuvo un momento cuando volteó a verme con una ceja

arqueada. —¿Quién preparó esto? —preguntó, mirándome a los ojos.

Los otros tres se callaron en ese momento.

—¿Y bien? —insistió.

—Yo, señor.

—¿Has trabajado conmigo antes?

—Hasta donde sé ella nunca... —dijo la señorita De Santis.

—Ella puede contestar por sí misma, Jocelyn —interrumpió el señor Chandler sin quitarme la mirada de encima.

Moví mi cabeza de lado a lado. —No, señor, nunca he trabajado para usted.

—¿Entonces cómo supiste preparar el café a mi gusto? —dijo, entrecerrando los ojos.

Volteé de nuevo hacia Trevor, y él asintió animándome. —Le pregunté al señor Phillips cuando estaba en la cocina de las oficinas de aquí afuera.

—¿Por qué no me preguntaste a mí? —noté al señor Chandler un tanto molesto.

“Bueno, si me van a correr que sea por honesta,” pensé. —Usted se fue antes de que pudiera preguntarle, y no quise irlo a buscar por algo tan trivial —me encogí de hombros—. Tuve suerte que la primera persona a la que le pregunté hubiera sabido.

—¿Y si no hubiera sabido?

—Habría seguido preguntando —dije con una sonrisa—. Alguien aquí debe saber cómo le gusta su café. Es su empresa.

Me miró a los ojos por lo que parecieron siglos. Apenas y podía respirar. Entonces me regaló una amplia sonrisa. —Este café está perfecto —dijo sin dejarme de ver, y luego dio otro sorbo—. Incluso usó mi taza preferida.

Al fin pude respirar, y solté una risa nerviosa. —¿O sea que estoy contratada? —pregunté entre risas.

El señor Chandler volteó a ver a la señorita De Santis. —¿No está contratada todavía? —preguntó indignado.

—Aún no termino de entrevistar candidatos, Jerrold —contestó,

mirándome como si quisiera que me muriera en ese preciso momento.

—Ya terminaste —dijo el señor Chandler, dejando la taza en su escritorio—. Lleva a esta jovencita a Recursos Humanos — volteó a verme—. Empiezas el lunes.

—¿El lunes?! —exclamé.

—¿Será eso un probl...?

—¡No, señor! —exclamé con una sonrisa más amplia— ¡Podría empezar mañana mismo!

Él, Trevor, y la señorita Platt soltaron una carcajada que me contagió. —El personal administrativo no trabaja en sábado. El lunes estará bien.

Rodeé el escritorio y no resistí la tentación de darle un fuerte abrazo. —¡Gracias, señor Chandler! Prometo no decepcionarlo.

Él rio un poco antes de que le soltara y me fuera caminando a prisa hacia la puerta, donde Jocelyn ya me esperaba.

—Espera —llamó, y yo volteé a verle—. ¿Cuál es tu nombre?

—Emilia, señor —dije, inclinando la cabeza a un lado y sonriendo todavía más—. Emilia Salazar.

—Felicidades, Emilia —dijo, inclinando un poco la cabeza hacia mí—. Bienvenida a Chandler Platt.

Capítulo 3.

Jerrold

“*Algo tiene esa mujer,*” pensé al fijar mi atención en sus deslumbrantes ojos de ámbar.

Su físico era encantador, sin duda. Esa falda de lápiz que traía puesta abrazaba perfecto su figura mientras se alejaba de mí. Cuando caminó sus piernas atraparon mi atención. Estaban muy bien tonificadas, gruesas para su estatura. Quizá tenía excelente genética, o quizá eran resultado de un régimen de ejercicio disciplinado. Sea como sea, tenía un andar cautivante.

Su blusa estaba un tanto holgada, pero alcanzaban a notarse unos senos de tamaño ideal para su figura exquisita. A juzgar por las curvas perfectas de su cintura de avispa hubiera apostado que no tenía ni un gramo de grasa alrededor de su cintura y cadera. Su elección de usar una pañoleta negra en lugar de una corbata me pareció tan encantadora.

Pero fue su sonrisa, su mirada, la forma en que se abultaron sus mejillas cuando sonrió, todo su rostro lleno de emoción se quedó plasmado en mi mente como si hubiera visto una figura detrás de un proyector de luz y luego volteara a otro lado, y siquiera viendo esa misma figura deslumbrado.

“*Esa mujer no tiene idea de lo hermosa que es,*” pensé, dando un sorbo a mi café mientras ella salía de la oficina, seguida de una enfurecida Jocelyn, que en ningún momento dudé que le pasaría la responsabilidad del papeleo de contratación a alguien más en Recursos Humanos en lugar de encargarse ella.

En realidad, aquello no me importó, siempre y cuando se hiciera lo que ordenara.

Trevor cerró la puerta detrás de ellas. Como esperaba, mi querido amigo me miró y soltó una de sus carcajadas características. Volteé a ver a Gus y ella estaba guardando la compostura que su marido no tenía, aunque también mostraba indicios de quererse reír.

—¡La cara de Jocelyn! —dijo Trevor entre risas— ¡No tiene precio!

—Ay, Trevor —exclamó Gus, girando sus ojos hacia arriba y soltando una risilla.

—¿Qué? —exclamó, dejándose caer de sentón en el sofá que tenía junto a la puerta y volteando a ver a su esposa, mi más querida amiga— Ambos sabíamos que Jocelyn iba a recibir a Jerrold con las piernas... Digo, con los brazos abiertos. ¿Tú crees que ella iba a contratar a una muchachita tan simpática a menos que mi amigo se lo ordenara? ¡Jerrold iba a terminar con un ogro como la última vez! No le va a causar nada de gracia tener que contratarla.

—Ese *ogro* —agregué— hizo un trabajo excepcional. Por eso le di ese puesto en nuestra sucursal en Francia. Sea cual sea la motivación de Jocelyn, jamás me ha contratado a una inútil para el puesto.

—¿Si es así entonces por qué no la dejas terminar de entrevistar candidatos en lugar de forzarla a contratar a quien tú quieres? —preguntó Gus, cruzándose de brazos.

—Porque Jocelyn tiene cosas mejores que hacer que contratar una secretaria para mí —dije, moviendo mi cabeza horizontalmente y caminando hacia Gus—. Además, no tiene nada de malo tener algo agradable que ver todas las mañanas, ¿o sí? —dije con una mueca.

—Asumiendo que siga vistiéndose así de mona —dijo Gus entre risas—. Es una muchachita muy bonita. Sólo trata de limitar tu atención al ámbito profesional, ¿quieres?

Solté una carcajada que continué mientras caminaba hacia la monstruosidad que tenía por silla de escritorio. —Gus, por favor —dije al sentarme y juntar mis manos frente a mi pecho al apoyar mis codos en los descansabrazos—. Tendrá fácilmente diez años menos que yo.

—¿Y eso por qué debería detenerte? —preguntó Trevor— Alexa era también cerca de diez años menor que...

Él se calló en cuanto volteé a verlo. Trevor sabía que Alexa era un tema delicado para mí a pesar de haberme divorciado hacía ya dos años.

—Es mi secretaria, por principio de cuentas —dije entre risas, relajando a Trevor—. Sería poco profesional, en el mejor de los casos.

—¿Y con Jocelyn no lo es? —preguntó Gus al sentarse en las sillas frente a mi escritorio. Incliné mi cabeza hacia abajo sin quitarle la mirada de encima. —¿Qué? ¿Vas a decirme que es muy profesional que estés

tirándote a tu Gerente de Operaciones?

—La calidad de su trabajo y liderazgo socavan cualquier duda de su merecimiento de su posición —dije, luego sonreí—. Con Jocelyn tengo un... entendimiento.

—Entendimiento, claro —dijo Gus sarcásticamente, manoteando el aire y moviendo su cabeza horizontalmente—. Pero Trevor tiene razón. Haya entendimiento o no, Jocelyn te reclamará haber contratado a esa muchachita.

—Ya aclararé eso en su momento —dije, inclinándome hacia enfrente—. Si está celosa, le haré saber que no tiene por qué.

—¿Seguro? —dijo Trevor con una sonrisa.

—Es solamente una secretaria —dije.

Gus volteó a ver a su marido. —Bebé, ¿hiciste las reservaciones para ese restaurant que vimos anunciado?

Trevor sacó su teléfono. —Cariño —dijo, como si le reclamara a su mujer por dudar de él mientras revisaba algo en su móvil—. Tengo la reservación para la comida. ¿Has pensado qué hacer el resto de la tarde? Podemos ir a...

—¡A ese local de nieve artesanal que tanto nos gustó! —exclamó Gus— ¿Verdad que sí, bebé? Incluso podríamos alcanzar a ir al cine.

—Cariño, tenemos que ver la nueva película de...

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamé, girando mis ojos— Ustedes dos me provocarán un coma diabético si siguen siendo tan empalagosos.

—¿Quieres acompañarnos? —preguntó Gus.

—¡Sí! —exclamó Trevor— Como en los viejos tiempos: Los tres a la caza de problemas en los mejores antros de la ciudad.

—Ni somos los mismos tres universitarios cuando hacíamos eso, ni me apetece ser mal tercio en su velada de romance —les dije a ambos con una sonrisa llena de envidia—. Vayan, lárquense, disfruten. Además, tenemos trabajo.

—Podemos delegar, querido Jerrold —dijo Gus—. Deberías intentarlo alguna vez.

—¿Y tú qué plan tienes para esta tarde? —preguntó Trevor, poniéndose

de pie—. Además de... —inclinó la cabeza hacia la puerta y arqueó las cejas.

Resoplé ante su alusión de mis intenciones con Jocelyn. —Espero los reportes de nuestros investigadores sobre unos inversionistas para esta tarde, así que...

—¿Es en serio, Jerrold? —exclamó Gus— ¿Vas a pasar tu primera noche en Ciudad del Sol *leyendo reportes*?

—Al menos irás al hotel, ¿verdad? —preguntó Trevor— Tu sofá es cómodo, pero...

—Aquí estoy perfectamente cómodo.

Gus gruñó. —Jerrold, cariño, necesitas relajarte y disfrutar tu vida. ¿Cuánto más dinero quieres? ¡Ya somos más ricos de lo que imaginamos podríamos ser cuando empezamos esta compañía!

—¡Míranos a nosotros! —dijo Trevor, poniendo su mano en el pecho—. Vamos a conciertos, tomamos clases de manualidades y cocina, ¡Viajamos a donde siempre quisimos viajar!

—¡Argentina está precioso! —dijo Gus con un brillo en sus ojos— ¿Y Escocia? ¡Fenomenal!

—Incluso estamos pensando tener hijos —dijo Trevor con una amplia sonrisa.

—No iría ahí todavía, bebé —dijo Gus entre risas—. Pero sí, estamos muy felices con nuestra vida, Jerrold.

—¿Por qué piensan que no estoy feliz? —pregunté— Yo...

—Cállate que todavía no termino —dijo Gus, levantándose de su silla, y yo levanté las manos concediéndole la palabra—. Agradecemos todo el esfuerzo que le metes a la compañía, ¡pero mereces tomarte un tiempo para ti!

—¡Llévate a Jocelyn a Barcelona! —exclamó Trevor— ¡O a una isla remota y pásensela desnudos todo el día!

Solté una carcajada ante la excelente idea de Trevor. —Les agradezco su preocupación, pero de verdad estoy...

Sonó mi celular. Vi el identificador y de inmediato mandé la llamada al buzón de voz. —Miren, de verdad disfruto hacer crecer esta compañía y

llevarla a alturas que ni siquiera nos imaginamos cuando la empezamos hace tantos años ¡Me da gusto que tengan una vida tan aventurera y llena de placeres, pero entiendan que estar aquí me da tanto gusto como a ustedes les da ir a comer caracoles a París!

—¡Yac! ¡Caracoles! —exclamó Gus, estremeciéndose.

—Jerrold, mi hermano, mi amigo —dijo Trevor, acercándose a mí y poniendo una mano en mi hombro mientras me miraba a los ojos—. Eres un masoquista extremo si de verdad disfrutas leer reporte tras reporte de producción, calidad, e investigación.

Mi celular sonó de nuevo. Miré el número, el mismo de unos momentos atrás, y lo volví a mandar a buzón de voz.

—Gus, Trevor —dije, poniéndome de pie y tomando a mis dos socios de los brazos, y escoltándolos—corriéndolos de mi oficina—. Vayan, disfruten su velada. Prometo tratar de no quedarme hasta *tan* tarde.

Gus jaló su brazo de mi mano y suspiró. —De acuerdo —dijo, luego me dio un abrazo.

—¡Váyanse ya, antes de que me vuelvan loco! —dije, abriendo la puerta de mi oficina. Trevor me dio un abrazo antes de que ambos se fueran tomados de los brazos.

Mi celular sonó una vez más. Lo saqué de mi bolsillo y caminé hacia mi escritorio sin dejarlo de ver. Miré hacia afuera y fijé mi atención en las nubes cerca de las montañas a la distancia antes de contestar con el altavoz encendido.

—Buenas tardes. Ésta es una llamada por cobrar de la penitenciaría Andrews para el señor —dijo la voz automatizada, luego ésta cambió a una grabación—: Jerrold Chandler —escuché una voz quejumbrosa que me hizo girar los ojos—. De parte del recluso —dijo la voz automatizada una vez más—: Isaac Chandler.

Resoplé, y arrojé despacio el celular encima de mi escritorio para luego sentarme y encender mi laptop.

—¿Desea aceptar los cargos de esta llamada?

—No —dije, luego colgué la llamada.

Me quedé mirando mi teléfono mientras mi máquina encendía. Sonó una vez más, y esta vez ni siquiera la mandé a correo de voz. Él no

merecía ni que le levantara el teléfono.

Capítulo 4.

Emilia

Ni siquiera el tráfico me desmotivó.

Le subí al radio y hasta bailé en mi asiento al son de unas canciones de pop que pasaron. Era como si el universo estuviera haciéndola de DJ y celebrara junto conmigo que hubiera conseguido este trabajo. Caray, hasta me animé a cantar a todo pulmón al grado que la gente se me quedó viendo desde sus coches. ¡Me valió un comino! ¡Tenía trabajo en Chandler Platt!

Cuando llegué a casa y apagué el coche escuché un siseo venir del frente de mi coche. Respiré profundo. Algo malo *tenía* que pasarme ese día. Apagué el motor, y jalé la palanca que abría mi cofre, liberando una nube de humo blanco.

—Okey, eso no es normal —me dije mientras salía de mi coche. Abrí el cofre y agité mis manos para despejar el humo blanco que, por el aroma, supuse era vapor.

—¿Todo bien? —dijo una voz melódica y grave detrás de mí que me hizo brincar del susto. Volteé y vi a mi mejor amigo: una pila de músculos que vivía a la vuelta de la esquina llamada Adriano.

—¡Baboso, me asustaste! —le reclamé, dándole un puñetazo en su pecho que le rebotó como las balas le rebotan a Superman.

Tenía que pararme de puntitas para alcanzar a darle un beso en la mejilla. Todas mis amigas que vivían ahí cerca estaban de acuerdo en que Adriano era el muchacho más guapo de la colonia. Era alto, musculoso, tenía una cara bien rasurada que parecía todavía la de un niño chiquito que todavía no le desmadraban en el box. Si tan sólo se quitara ese peinado de escoba que le encantaba traer se vería todavía más atractivo.

—¡A mí también me da gusto verte! —exclamó, poniéndose junto a mí y mirando mi motor— Felicidades por conseguir el trabajo, por cierto.

—¿Cómo sabes que me dieron el trabajo? —dije extrañada mientras él se apoyaba en el chasis del coche y se asomaba adentro del compartimiento del motor.

—Porque si no te lo hubieran dado —dijo con un quejido, estirando su brazo dentro del cofre— me habrías dado un puntapié y no un puñetazo.

—¡Qué perspicaz resultaste! —dije asintiendo.

—¿Perspi... qué? —dijo, sacando la mano y asomándose en otra parte de mi motor— Vamos, Emilia. Soy tu mejor amigo. Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma.

—¡Eso no es verdad!

Él volteó a verme y me miró con lástima. —Estabas cantando en el camino, ¿verdad?

—¡Te odio! —le dije después de sacarle la lengua.

—Claro, claro —dijo, cerrando el cofre de mi auto—. Tienes una pequeña fuga en una de las mangueras del radiador. No puedo apretarla bien con la mano. Necesito ir a mi casa por herramientas.

—Gracias, Adriano —le dije, dándole una palmada a sus hombros sudados. Creo que acababa de regresar de su trotada matutina.

Debo reconocer que se veía muy bien. Nunca quise nada con él. Nos encontrábamos atractivos, nos lo habíamos dicho a la cara, pero jamás tuvimos tanta chispa como para llevar nuestra amistad al siguiente nivel.

¡Pero demonios, sí que tenía buen cerca este hombre! No pude evitar verle las nalgas y compararlas con las de Jerrold. No sabía cuál de las dos estaba mejor.

—¡Oye, oye! —exclamó todo colorado. ¡Se miraba tan lindo! — ¿Qué me ves?

—¡Ay sí! —le reclamé— Como si tú nunca me hubieras visto las nalgas.

—¡Pero yo al menos me espero a que no estés viendo!

Levanté mi bolso amenazando con lanzárselo, y él salió corriendo hacia la esquina. Me solté riendo mientras sacaba mis llaves y entraba a mi casa.

En cuanto pasé por el umbral supe que Bárbara ya estaba cocinando el desayuno. ¡Ella será un fastidio que nunca levanta su ropa y no me cuenta nada de su vida personal, pero sí que sabe cocinar! Me apuré a entrar y casi corrí hasta la cocina, donde ella estaba poniendo en la mesa un

refractario con unos chilaquiles en salsa verde cuyo aroma y apariencia me hicieron agua la boca.

—¿Ya tan pronto? —preguntó abriendo sus ojos tanto como podía—
¿Lo conseguiste?

—¡Sí! —grité, incapaz de ocultar mi emoción un instante más.

Las dos gritamos como locas, nos abrazamos, y brincamos de la emoción— ¡No más humo del cigarro del señor Batres! —grité— ¡No más lidiar con odiosos vendedores! ¡No más tener que aguantar los comentarios machistas de los de la aduana! —me separé y alcé mi pecho como un pájaro orgulloso de sí mismo—. Estás viendo a la nueva secre personal del señor Jerrold Chandler, Presidente de Chandler Platt.

Bárbara y yo somos gemelas fraternales. Sí, quizá teníamos la misma nariz y frente, y el mismo color de ojos, pero ella tenía el cabello negro, un físico un poco más voluptuoso que yo, por no decir que tenía unos kilitos de más, y tenía sus dos dientes incisivos un poquitito separado. Si hubiera usado frenos de chica se le hubiera corregido, pero teníamos suerte de tener cepillos de diente y pasta, ya ni se diga acceso a un cuidado dental profesional.

Además, ni que se le viera mal.

—¿No viste a Adriano? —preguntó. Ellos siempre habían sido muy buenos amigos y últimamente se la pasaban juntos desde que Adriano ofreció llevarla al trabajo pues ella entraba más o menos a la misma hora en que él se iba a entrenar a la academia de box.

—Fue a su casa por herramienta para arreglar el coche —le dije.

Bárbara me tomó del brazo, me volteó y miró a los ojos. —¿Qué le pasó al coche?

—¡Tranquila! —exclamé, zafándome de su agarre mortal—. Dijo Adriano que es sólo una fuguita de agua.

—Adriano no es mecánico —dijo— ¿Él qué va a saber?

Miré la puerta de la entrada abrirse—. Hola Adriano —saludé junto con la mano.

Juraría que Bárbara se puso de mil colores antes de voltear.

—Para *tu* información —dijo con una mueca arrogante—. Sé bastante

de... ¿¿Son tus chilaquiles?! —exclamó emocionadísimo al ver hacia la mesa

—Puede ser —dijo Bárbara inclinando la cabeza— Pasa, siéntate.

—Te amo tanto, mujer —dijo, trotando hacia nuestra mesa, dándole un beso en la mejilla a Bárbara al pasar junto a ella, y se sentó a su lado mientras yo me acomodaba cruzando la mesa.

Él tomó un chilaquil y luego volteó a verme mientras masticaba. — Buenas noticias —dijo luego de tragar—. Puedo recortar la parte dañada de la manguera y apretarla para quitarte la fuga, pero ese coche está pidiendo a gritos un servicio.

—En cuanto empiece a cobrar será lo primero que haré —dije mientras comía. Cerré mis ojos y dejé que el exquisito sabor de la salsa y el queso derretido se combinaran en mi lengua. No había comido en ningún puesto de la calle, o restaurant, que iguale la sazón de Bárbara. ¡Y lo mejor era que podía hacer comida para una persona o para toda una fiesta y le quedaba igual de rico! Por ello estaba convencida de abrir un restaurant con ella.

—¿Entonces vas a ser la secre personal de... quién? —preguntó Bárbara.

—Jerrold Chandler —dije con algo de comida en la boca.

—¿Ese quién es? —preguntó Adriano.

—Es el Presidente de Chandler Platt Protective Equipment —dije muy orgullosa de mí misma.

—¿La fábrica en el Parque Industrial Martínez?

—Esa misma.

—¡Mírate nada más! —dijo Adriano— Un gran salto de la agencia aduanal en la que estabas.

—¿Lo conociste hoy? —preguntó Bárbara— ¿O sólo te entrevistaron en Contratación?

Asentí. —Le hice su café —dije arqueando mis cejas, como si eso hubiera sido el mayor logro de mi vida.

Adriano tenía la boca llena cuando sacó su celular y le movió un poco.

—¿Y está guapo? —preguntó Bárbara con una sonrisa pícaro.

—¡Ufff! —exclamé con absoluto dramatismo— Es un sueño ese hombre. Deja tú lo guapo, es un hombre *hombre*. De esos que están al mando a donde sea que vayan, ¿entiendes?

Adriano asintió y apretó sus labios mientras miraba su celular. —Sí, está bastante bien el tipo ese.

—¡A ver! —dijo Bárbara, quitándoselo.

—¿Lo buscaste en internet? —exclamé con indignación fingida. Debí imaginar que no iba a quedarse con la duda.

—¡Ay Dios mío, dame lo mío, porque lo ajeno está bien bueno! —exclamó Bárbara echándose aire con la mano abierta— ¿Vas a ver a este papasito todos los días? —alzó la mirada, y los ojos le brillaban— ¡Y te van a pagar por ello!

—¡Espera, espera! —dije aguantando la risa— No me contrataron para verme bonita en un escritorio o ser adorno de...

Adriano deslizó su celular hacia mí, y ahí estaba una foto del señor Jerrold Chandler en un traje de baño de bermuda recién salido del agua del océano. Su cuerpo era glorioso, como si un escultor hubiera tomado un pedazo de roca bronceada y hubiera esculpido cada músculo con cuidado. Y así mojado... ¡Ufff!

Bárbara me pasó una servilleta. —Para que te limpies las babas.

—Mensa —dije, regresándole el celular a Adriano—. No voy a negarlo. Está guapo. *Está buenísimo*. Y sí me voy a dar un taco de ojo todos los días.

—¡Al fin algo de sinceridad! —dijo Adriano.

—Pero vamos, él ni se fijará en mí.

—No pienses menos de ti, chaparra —dijo Adriano—. Si estás muy guapa.

—Pero vamos, un hombre como él no se va a fijar en una chica como yo.

—No puedes saber eso —dijo Bárbara con una mueca burlona.

—Sí, sí puedo —dije, quitándole el celular a Adriano y mostrándoles el resultado de la búsqueda de imágenes que había hecho— ¡Miren! —les mostré una foto en la que está con una mujer de cuerpo de modelo sentada

en su regazo— *Esa* es el tipo de mujer que le atraen, ¿cómo va a querer con...?

—¡Chaparra, tú estás igual de, si no es que más, guapa que esta chava!
—dijo Adriano.

—¡Sea como sea, yo voy a trabajar! —dije— Ya tuve suficiente de hombres que sólo quieren sexo. ¿Qué más va a querer un hombre como él con su secretaria, si es que en algún momento intentara algo? Ni que fuera a querer casarse conmigo.

—¿Y cuándo empiezas? —preguntó Bárbara.

—El lunes —dije—. Ahorita voy a la agencia aduanal a renunciar, y luego voy a disfrutar mi fin de semana largo de vacaciones viendo películas en internet sin quitarme mi pijama.

—Guácala —dijo Adriano entre risas—. Al menos báñate.

—¡Cállate! —exclamé, arrojándole una servilleta hecha bolita.

Capítulo 5.

Jerrold

Puse la laptop junto a mí en el sillón y sobé mi ojo derecho. Vi por la ventana que ya era de noche. Miré mi reloj. Eran las nueve y quince.

Me levanté y caminé hacia el escritorio estirando mis brazos hacia arriba. Arrojé mi corbata en el escritorio y enrollé mis mangas hasta los codos. A esas horas ya era muy poco probable que necesitara estar en vestimenta de negocios.

Llevaba un buen rato leyendo de nuevo la investigación que ordené sobre los concejales de Ciudad del Sol, el alcalde y el jefe de la policía. Si esperaba venderles la idea de renovar todo el equipo de protección del departamento de policía necesitaba conocer el tipo de personas con las que estaría tratando.

Rodeé mi escritorio y me recargué en la orilla a mirar a la distancia. A mi derecha tenía la Avenida de las Industrias, una de las avenidas principales de Ciudad del Sol y observé el tráfico pesado. De pronto entró a mi cabeza el recuerdo de la sonrisa y los ojos destellantes de Emilia Salazar.

“Vaya,” pensé. “*Esa chica sí que me causó buena impresión.*” Me tallé los ojos y suspiré. Ya era tarde y quizá era buen momento para regresar a mi penthouse.

Pero me perdí unos momentos en la distancia, y dejé mi imaginación volar con quien sería mi nueva secretaria. No tenía la menor idea de quién era ella, aparte de que era proactiva y sonriente. Quizá era risueña. Quizá era buena trabajadora. Quizá sería una persona con la que me gustaría platicar de cosas que no fueran de trabajo.

Arqueé mi ceja. Quizá sería una buena amante.

Noté un cambio en el reflejo de la luz entrando por mi puerta, y vi una silueta que reconocí al instante como el inconfundible cuerpo escultural de Jocelyn.

—Supuse que estarías aquí —dijo, inclinando su cuerpo hacia adentro de la oficina mientras dejaba sus pies en la entrada y se agarraba del

marco con una mano.

—No hay otro lugar donde quisiera estar —dije sin voltear, pero sin perderle de vista en el reflejo. Ella entró y caminó despacio. Desabrochó un par de botones de su blusa, dejando ver el escote que ella bien sabía llamaba la atención de cualquier hombre que tuviera enfrente.

Se detuvo detrás de mí, y deslizó sus manos sobre mis caderas, y luego subió sus manos por mi torso, sintiendo mis pectorales como a ella le encantaba hacerlo.

—Señor Chandler, cómo le he extrañado —susurró a mi oído, y vi en el reflejo sus gruesos labios rojos dejando salir su lengua para saborear mi oreja— ¿Por qué no nos vamos a tu penthouse?

Ella tomó la tela de mi camisa en sus puños cerrados mientras suspiraba en mi nuca. Una de sus manos bajó por mi abdomen, y siguió bajando. —¿Te acuerdas cómo nos divertimos ahí la última vez que viniste a la ciudad? —dijo de tal manera que habría hecho explotar a otro hombre.

Sonreí, pero no me moví. Ella detuvo su mano cuando sus dedos tocaron mi cinturón, y luego dio un paso hacia atrás. Giré en su dirección, y ahora ella me daba la espalda. Jocelyn recargó sus manos en mi escritorio y, poco a poco, inclinó su torso sobre él, irguiendo sus nalgas hacia atrás, hacia mí. Mentiría si dijera que no observé su cuerpo mecerse de lado a lado frente a mí, tentándome a tomarla con sus movimientos lentos y provocativos. Debía reconocer que Jocelyn sí que sabía encender los motores a los hombres.

Cuando plasmé mi vista en sus glúteos noté un detalle que no me debió haber sorprendido tanto como lo hizo.

—No traes ropa interior —le dije, colocando mi mano sobre su espalda baja.

Ella volteó y me regaló una sonrisa coqueta. —Siempre sabes dónde quiero que mires, Jerrold —gimió, casi como un susurro dirigido a la parte de mí que ardía de lujuria.

—Tú siempre has sabido dirigir la vista de los hombres —dije, quitando mi mano de su espalda y caminando alrededor de mi escritorio sin quitarle la vista encima—. Pero no creo ser el único que se diera cuenta que te expones así.

—Quizá —dijo Jocelyn, juntando sus brazos y exagerando el escote evidente de sus grandes y erguidos pechos—. Pero sí eres el único al que me importa que se fije. Sólo tú.

Ella se enderezó, y caminó hacia mí. Dejé que rodeara mi cuello con sus brazos y acercara sus labios a los míos. —Quiero preguntarte algo, Jerrold —dijo, mirando mis labios.

—¿Hmmm?

—¿Qué opinas de... mí? —dijo, deslizando su mano sobre mi brazo. Tomó mi palma, la colocó encima de su pecho, y apretó, permitiéndome apreciar la firmeza de su busto. Después tomó con su otra mano la otra mía, y ésta la colocó encima de su nalga tonificada de forma perfecta.

—Opino que quizá pasas demasiado tiempo en el gimnasio —dije con una sonrisa—. Pero te debo felicitar por mantener tu cuerpo en perfecta condición.

Jocelyn gimió con una mueca traviesa, rozando sus labios con los míos antes de soltar mi mano sobre su pecho, y estirar su brazo hacia abajo, hacia mi ingle.

—Jocelyn —le interrumpí, atrapando su mano antes de que pudiera tocarme, y luego di un paso hacia atrás.

—Discúlpame, Jerrold —dijo con una mueca coqueta, caminando alrededor de mí para después ir hacia la salida de mi oficina.

Sabía que no iba a escaparme tan fácil de ella.

—Olvidé cerrar la puerta —dijo, tomando el pomo—. Hay que mantener apariencias, después de todo.

Escuchamos una tos venir de afuera. Cuando ambos volteamos Gus estaba pasando por el umbral, sosteniendo una botella de Macallan. —Lo siento, ¿interrumpo algo? —preguntó sarcásticamente hacia mí, y luego volteó hacia Jocelyn, mirándola de pies a cabeza.

—Sí, de hecho —dijo Jocelyn con una sonrisa educada, aunque no ocultó el enfado de su tono de voz—. Estábamos por hablar de algo bastante importante.

Ya debería saber que no podría intimidar a Gus. Si bien era divertido ver a mi socia poner en su lugar a la gente no estaba de humor de verlas discutir por una tontería.

—Puede esperar al lunes, Jocelyn —le dije mientras tomaba la botella de Macallan y se me hacía agua la boca—. Pasa, Gus.

—De acuerdo —dijo Jocelyn—. Espero tu llamada más tarde.

Sólo le sonreí antes de que se fuera de mi oficina. Gus cerró la puerta y resopló.

—¿Acaban de...?

—No, nada de eso —dije, abriendo las puertas de mi librero que escondían un pequeño refrigerador y vasos de vidrio artesanal.

Serví algo del Macallan en dos vasos con hielo y le di uno a Gus.

—¿Y Trevor? —pregunté.

Ella giró sus ojos hacia arriba y sonrió. —¿Sabías que el departamento de asuntos legales tiene un par de equipos en una liga de boliche?

Solté una carcajada. —¿Quién crees que los fundó?

—Bueno, me juró y juró que me dedicaría todo el día de mañana a lo que yo quisiera: compras, viajes, cenas, cine...

—Si le dabas permiso de irse a divertir.

Ella alzó su vaso.

—¿Por qué no lo acompañaste? —pregunté con el vaso frente a mis labios.

Gus casi se atraganta al reírse. —¿De qué podría hablar una ingeniera en un boliche lleno de abogados? Preferí venir con mi mejor amigo.

Me acerqué y rodeé a Gus con mi brazo.

—Justo pensaba irme a casa —dije antes de irme a mi sillón y dejarme caer de sentón.

—¿Sigues rentando el penthouse del Hotel Renacimiento? —preguntó.

—Es bastante cómodo y me tratan como rey. ¿Por qué habría de irme?

—Porque es un *hotel*, Jerrold —dijo Gus, sirviéndose un segundo trago—. Compra un loft o una casa, y contrata gente que lo mantenga limpio para ti.

—Ya veré —dije mientras veía mi vaso a la mitad en mi mano—. Tengo otros asuntos en mi cabeza.

—¿Qué te preocupa?

Alcé la vista. —¿Por dónde empiezo?

—No por la compañía, por favor —dijo, abrazándose el abdomen con una mano mientras sostenía en alto su vaso y se recargaba contra mi librero—. Quizá tú estás loco, pero para mí el fin de semana no se habla de negocios, y mi fin de semana empezó en cuanto me fui a comer con Trevor hace unas horas.

Suspiré por unos momentos. —Recibí un par de llamadas el día de hoy de la Penitenciaría Andrews.

—¡Oh, vaya! —exclamó, luego tomó un trago— ¿Isaac o Terry?

—Isaac —giré la base de mi vaso, mi vista clavada en el whisky al pasar encima y entre el hielo.

—¿Y hablaste con él? —le miré y ella supo de inmediato la respuesta a esa pregunta— En algún momento deberías hacer las paces con tus hermanos.

—Preferiría pincharme los huevos con pinzas de acero al rojo vivo, Gus.

—Bueno —dijo, tomando la botella y ofreciéndome un relleno, el cual acepté alzando mi vaso—. ¿Pero no tienes, aunque sea un poco, curiosidad de por qué te está llamando?

—Ve tú a saber —dije, aspirando el aroma del whisky antes de saborearlo—. Dinero para un nuevo abogado, que use mis contactos para conseguirle otra audiencia de apelación. Caray, de Isaac no me sorprendería que me pidiera que le ayudara a fugarse de la cárcel.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Gus, sorprendida.

Sonreí. —Conozco un tipo —dije entre risas, pero luego retomé seriedad al recordar a mis dos hermanos encarcelados—. Pero no, nunca consideré ni consideraré ayudarles. Si ellos fueron lo bastante hombrecitos para vender su veneno pueden ser lo bastante hombrecitos para vivir las consecuencias.

—Son tu familia, Jerrold —dijo Gus, como si eso los hiciera merecedores de mi simpatía y ayuda.

Respiré profundo, y luego crucé una pierna sobre mi muslo. —¿Así

que tú y Trevor están pensando ser padres?

Gus sonrió y miró hacia abajo. —Aún no lo sé —dijo—. Trevor me está convenciendo. Él se muere por ser papá.

—Serás excelentes padres.

—¿Te parece? —dijo, inclinando su cabeza a un lado y luego mirando hacia arriba— No sé, nunca me he visto como una mujer muy maternal.

Ambos terminamos nuestros tragos, y Gus se me quedó viendo un momento. —¿Y tú nunca has pensado en eso?

—¿En qué?

—Ser padre.

Resoplé, y me levanté del sofá. —No, Gus —miré mi vaso—. No quiero empezar una familia sin la mujer ideal para ello.

—No existe la mujer perfecta.

—No dije “perfecta” —caminé hasta estar junto a Gus, le quité la botella y llené mi vaso—. Dije “ideal”. Hasta el momento sólo he conocido malagradecidas que deciden que no valgo su tiempo, o prefieren embarazarse de otro tipo.

—Entiendo que lo de Alexa te haya...

—Soy un imán para ese tipo de mujeres —dije, recargándome junto a Gus—. Ya me han roto el corazón dos veces.

—¿Quizá la tercera es la vencida? —dijo Gus con una sonrisa— Sólo tienes que tener suerte una vez.

Abracé a mi amiga mientras reía. —No, Gus. No habrá una tercera.

Fui a mi escritorio y tomé mi celular. —Llamaré un taxi y me llevaré esa botella a mi penthouse —dije, mirando a Gus—. Tú vete con tu esposo.

—Está ocupado ahorita, ¿recuerdas?

—¿Y? —dije, tomando mi saco y colgándolo de mi brazo—. Hoy es una hermosa noche para iniciar una familia.

Gus rio. —¿Y tú irás a ensayar para cuando quieras iniciar la tuya?

—No —dije al salir de mi oficina detrás de Gus—. Hoy no.

Capítulo 6.

Emilia

Al siguiente lunes me aseguré de llegar algo más temprano que las ocho de la mañana, mi hora de entrada. Debía darle una buena impresión, por lo que esta vez opté por un atuendo un poco más formal: un saco elegante para mujeres, una blusa azul, y una falda de lápiz que me llega a las rodillas.

Después de todo, iba a ser secretaria del Presidente, debía lucir la parte.

Quería instalarme en mi escritorio y estar lista para lo que el señor Chandler pudiera necesitar cuando llegara... Profesionalmente hablando. Me frustraba tener que repetirme eso una y otra vez, pues mi maldito cerebro se aferraba a recordarme lo atractivo que era mi nuevo jefe y a pasar películas demasiado candentes en mi cabeza protagonizadas por nosotros dos.

Saludé al guardia del acceso de los empleados cuando le mostré mi gafete. Sólo me vio de reojo y asintió, por lo que seguí hacia las puertas giratorias hacia el interior de la fábrica. Vi el sensor junto a la puerta y acerqué el gafete.

Se prendió un foquito rojo y una alarma pitó arriba de mí que me hizo soltar un gritillo y dar un salto hacia atrás.

—Pase aquí, señorita —me dijo el guardia.

—No sé qué pasa —dije, dándole mi gafete—. Lo probé el viernes cuando me lo dieron y funcionó bien.

El guardia no dijo nada. Sólo metió unos datos en la computadora que tenía en su estación, y yo me abracé mientras me mecía de lado a lado.

—Señorita, su gafete está desactivado —dijo el guardia, volteando a verme.

—¿Está qué? —exclamé— Debe haber un error. Me contrataron el viernes. Firmé contrato y todo.

—Lo siento, señorita, pero no puedo dejarla pasar.

“Esto no está pasando,” pensé, cerrando los ojos para aguantar el

coraje. —¡Pero soy la secretaria del...!

—Señor Chandler —dijo el guardia.

—¡Sí, del señor Chandler! —dije, abriendo mis ojos. Seguí la mirada del guardia hacia mi costado, y ahí estaba mi jefe junto a mí.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, mirando al guardia, y luego clavó su mirada en mí.

Los nervios se apoderaron de mí. Pero no podía permitirle ver cómo me afectaba. Debía ser una profesional al respecto.

—Señor Chandler, su gafete está desactivado —dijo el guardia.

Él volteó y no pareció mostrar ninguna expresión. Me rodeó, pasando tan cerca de mí que alcancé a aspirar la fresca y embriagante loción que usaba. Cuando llené mis pulmones de su aroma mi maldito cerebro se le ocurrió recordarme las fantasías sucias que había tenido de él durante el fin de semana mientras estaba en la cama, dificultando todavía más el mantener mi porte profesional ante él.

—¿Por qué está desactivado? —preguntó al guardia.

—No lo sé, señor —dijo el guardia nervioso—. Quizá alguien en...

—Ábranos la puerta, por favor —dijo—. Ella es mi secretaria, y tiene autorización de ir a cualquier lado de la planta que yo necesite que vaya. Arréglole.

—No tengo la autorización para ello, señor Chandler —dijo el guardia, encogiéndose de hombros—. Sólo en Recursos Humanos pueden activar o desactivar gafetes.

Me pareció escuchar al señor Chandler gruñir un poco antes de dirigirse a las puertas giratorias. Se detuvo ante ellas, y volteó a verme. —¿Viene, señorita Salazar?

La emoción me llenó de golpe al escuchar que había recordado mi apellido. Alcé mi mentón, y me fue imposible no sonreír. —¡Sí, señor! —dije.

Cuando pasamos las puertas giratorias opté por ir un poco detrás de él. Tuve que esforzarme para caminar más despacio. Estaba tan acostumbrada a andar corriendo a todos lados, pero el señor Chandler parecía no tener prisa en llegar a su oficina. Claro, era el jefe, si alguien

marcaba el ritmo de la compañía era él.

—¿Señor Chandler? —dije, bajando la mirada al pasar junto a la cafetería. Él volteó a verme de reojo—. Quisiera disculparme por...

—¿Por qué se está disculpando? —me interrumpió— No está ni a cargo de Recursos Humanos, ni es responsable de que su gafete funcione.

—¡Lo sé, pero qué pena con usted en mi primer día!

Él sonrió, y volvió a verme de reojo. Por Dios, su sonrisa era tan sexy. —Está siendo ridícula, señorita Salazar —regresó su atención al frente—. Cuando lleguemos a mi oficina llamaré a Recursos Humanos y ellos solucionarán esto.

—Gracias, señor Chandler.

Las mariposas en mi estómago bailaban sin control cuando subimos las escaleras rumbo al segundo piso donde tenía su oficina. Había una persiana con el logotipo de la empresa recorrida que impedía el paso del sol.

Miré hacia el que sería mi escritorio, justo afuera de la oficina del señor Chandler.

Había una muchacha sentada ahí, con la computadora encendida. Era algo rellenita, pero de rostro infantil muy amigable, y usaba unos lentes de armazón grueso muy sencillos y muy bonitos. Nos vio llegar y se puso de pie. Vestía un saco negro y una falda ejecutiva larga.

—Buenos días, señor Chandler —nos saludó. Su voz parecía la de un niño de primaria.

Él se detuvo frente a su puerta y volteó a verla, luego a mí, y de nuevo a ella. —¿Y usted es...?

—Raquel Espinoza, señor —dijo, extendiendo su mano hacia él—. Seré su secretaria.

—Yo ya tengo una secretaria —dijo, extendiendo su mano abierta en mi dirección.

La sonrisa en el rostro de aquella chica se esfumó y bajó su mano. —Pero... fui contratada el viernes para esta posición.

—¿El viern...? —el señor Chandler se sobó los párpados y respiró profundo. Tomó el teléfono del escritorio y marcó unos números.

—Óscar, ¿está Jocelyn? Que deje lo que está haciendo y que venga a mi oficina *ahora* —dijo despacio, luego colgó el auricular despacio.

No pasaron ni dos minutos para que Jocelyn De Santis apareciera al final del pasillo y caminara tan rápido como sus largas y envidiables piernas le permitieron. Ese día lucía espectacular con una falda ajustada color crema, y un saco del mismo color encima de una blusa blanca.

—¡Jerrold! —exclamó con una sonrisa— Veo que ya conociste a Raquel.

Él se sobó su muñeca izquierda debajo de un reloj de oro impresionante mientras la miraba a los ojos. —Estoy confundido.

Jocelyn volteó a verme y pareció estar sorprendida que estuviera ahí. —¿Cómo entraste?

—Entró *conmigo*, Jocelyn —dijo el señor Chandler sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su enfado—. Los guardias no dejaron entrar a *mi secretaria* porque, al parecer, su gafete fue desactivado.

—Jerrold, cariño... —dijo Jocelyn, luego le entregó su celular desbloqueado—. Éste es el currículum de Raquel. Como podrás ver tiene excelentes referencias y...

—Puedo leer por mi cuenta, gracias —interrumpió el señor Chandler.

Jocelyn me miró de reojo de arriba abajo, y sonrió como si supiera que lograría su cometido. Maldita perra, y yo que ya me había hecho ilusiones de trabajar en ese lugar. Nada de lo que venía a mi mente me ayudaría en mi predicamento. Pero cómo quería agarrarla de las greñas y mostrarle que si me buscan me encuentran.

El señor Chandler le regresó su teléfono a Jocelyn, luego pasó entre Raquel y yo, tomó el teléfono del escritorio de nuevo, y marcó una extensión.

—Samuel, buenos días, soy Jerrold —dijo, mirando hacia la ventana—. ¿Tienes alguna posición abierta en Cuentas por Pagar?

—¡Jerrold, ¿qué...?! —exclamó Jocelyn, pero se detuvo en cuanto él levantó su dedo índice frente a ella sin voltearle a ver.

El señor Chandler volteó y miró a Raquel. —Usted fue asociada senior en Cuentas por Cobrar en su trabajo anterior por cinco años, según su currículum.

—Sí, señor —dijo Raquel, igual de confundida que todas nosotras.

—¿Y se siente preparada para un puesto de supervisión de asociados en un departamento en Cuentas por Pagar?

—¿Disculpe? —preguntó Raquel con una sonrisa gigantesca— ¡Señor Chandler! ¡Sería increíble!

Él acercó el teléfono a su oído de nuevo. —Mandaré a una jovencita que quiero que pongas en esa posición, ¿entendido?

No pude evitar sonreír al ver una lágrima de felicidad escapar de los ojos de Raquel. En cuanto el señor Chandler colgó la llamada ella se soltó riendo.

—¡Señor Chandler, no sé qué decir!

—Diga: Gracias por la oportunidad, prometo hacer mi mejor esfuerzo.

Raquel recuperó la compostura y se talló la mejilla. —Gracias por la oportunidad, señor Chandler —dijo—. Prometo no defraudarlo.

—Espere en las escaleras —dijo el señor Chandler, extendiendo su brazo y mano abierta en esa dirección—. La *señorita De Santis* la acompañará *personalmente* con el Gerente de Recursos Humanos, y él cuidará de usted.

Raquel tomó su bolso y se alejó con una alegría evidente en su andar.

—¡Jerrold, ¿qué...?! —exclamó Jocelyn, anonadada de lo que acababa de pasar.

El señor Chandler dio un paso hacia ella, deteniéndose a centímetros de su rostro, y le miró con una ferocidad a los ojos que ella se congeló como una presa a punto de ser atacada por un depredador sin nada que pudiera hacer al respecto. Juraría que ella se encogió un par de centímetros cuando él prácticamente la atravesó con la mirada.

—Me parece que fui bastante claro, Jocelyn —dijo, sin moderar su molestia—. Te dije que contrataras a la señorita Salazar para el puesto de secretaria, y cuando doy instrucciones *en mi propia empresa* espero que éstas se cumplan —él apuntó su dedo índice al rostro de ella—. Sólo Trevor y Gus tienen el derecho de cuestionar mis instrucciones. Vuelve a ignorarlas a tu propio riesgo de perder tu trabajo.

Ella sólo bajó la mirada y se limitó a asentir. Me dieron escalofríos que

alguien como el señor Chandler se tomara tantas molestias por mí. Ninguno de mis jefes anteriores habría hecho eso.

—Después que escoltes a la señorita Espinoza con Samuel irás a Personal y solucionarás este desastre —dijo antes de dar la vuelta y entrar a su oficina.

Pude ver que Jocelyn me quería muerta en ese momento por la forma en que me miró. ¡Cómo quise sacarle la lengua o hacerle un gesto de algún tipo! ¡Vaya manera de iniciar mi carrera en Chandler Platt: poniéndome en el mal lado de la Gerente de Operaciones!

Entré a la oficina del señor Chandler y él estaba sirviéndose un vaso con agua de una botella de cristal junto a la ventana. Mi estómago estaba hecho nudos, y por alguna razón no podía dejar de sonreír al verlo ahí de pie, con el sol pegándole en la espalda.

—Señor Chandler —él volteó, dirigiendo su vista a mis ojos, apretando los nudos en que estaban hechas mis entrañas—. No debió tomarse tantas molestias —le dije, apenada.

—¿Prefiere cederle su puesto a la señorita Espinoza? —preguntó con una sonrisa.

Reí, y él amplió su sensual sonrisa cuando lo hice. —Preferiría no estar en malos términos con la señorita De Santis —dije con una risa nerviosa.

—Yo me ocupo de ella —dijo, sentándose en su escritorio—. Usted demuéstreme que merece la posición que se ganó.

—Pienso hacerlo, señor —dije con ánimo renovado— ¿En qué puedo ayudarle, además de traerle un café para iniciar bien su día?

Él alzó la mirada con una mueca, y deslizó su taza vacía hacia mí. —Igual que el viernes, si es tan amable —dijo—. Y cuando regrese póngase en contacto con la gente de Sistemas para que le habiliten una cuenta de correo electrónico y acceso a nuestras bases de datos. Hasta entonces límitese a contestar el teléfono.

Asentí, tomé su taza, y me dirigí a la puerta.

“¿Por qué no puedo dejar de sonreír como mensa?” pensé mientras le preparaba su café.

Cuando regresé él tomó la taza, dio un sorbo, y asintió con los ojos cerrados. —Excelente.

—Con permiso, señor Chandler —dije antes de salir de su oficina mientras mi cuerpo aún me lo permitía.

Capítulo 7.

Emilia

¡La... mejor... decisión... de mi vida!

Debía reconocerlo: No imaginé que trabajar para el hombre más rico que había conocido fuera a ser el pan comido que estaba resultando ser. Uno pensaría que siendo el dueño se daría algunas libertades como llegar tarde, o desaparecerse sin avisar a dónde iría, o mandarse traer comida de los mejores restaurants de la ciudad, por decir algunas de las cosas que yo me imaginé haría si tuviera la cantidad de dinero que tenía él.

Pero no podía estar más equivocada.

Luego de dos semanas con él había caído en cuenta que Jerrold Chandler era un hombre con una ética de trabajo impecable, con unos hábitos tan rígidos que en ocasiones me cuestioné si aquel hombre no fuera en realidad una máquina.

Todos los días llegaba junto conmigo o un poco antes. Nunca lo vi llegar un minuto después de las ocho. Y sus primeras palabras siempre eran las mismas:

—Buenos días, señorita Salazar. Le encargo mi café, por favor.

—A la orden, señor Chandler.

Y cuando se lo llevaba le daba un sorbo, y sin voltearme a ver me decía.

—Gracias, señorita Salazar. ¿Qué tenemos en la agenda para hoy?

El primer día tuve que ir a imprimir su itinerario, pero después me aseguré de entrar a su oficina con él en la mano. En aquella ocasión me pareció verlo mirándome las piernas cuando caminaba hacia él. Deseché el pensamiento. ¿Por qué habría de fijarse en mis piernas? Pasé todo ese día mirándome la falda pensando en que quizá la tenía muy arriba.

Y en la noche me aseguré de darme una minuciosa depilada.

Luego de su itinerario todo el día se volvía sencillo: Filtrar sus llamadas, tomar recados, llevarle los papeles que mandaba a imprimir, tomar notas o transcribir las que él haya tomado pues, aunque tenía una

táblet, prefería tomar todas sus notas en un cuadernillo que cargaba a todos lados y luego me pedía que las transcribiera. En fin, todas las actividades que una secretaria ejecutiva hace, supongo.

Él insistía en que la jarra de cristal junto a su escritorio siempre tuviera agua de la llave.

—¿No quiere que se la traiga del garrafón o se lo llene con refresco de la cafetería? —pregunté.

—De la llave está bien —sólo dijo, sin voltearme a ver.

Eso sí, me enojaba un poco que si le hablaba o le preguntaba algo a veces ni me volteara a ver para contestarme. Era un tanto grosero en ese aspecto, pero caray, luego de aguantar a los cochinos de la agencia aduanal podía aguantar un poco de malos modales.

Pero cuando me volteaba a ver... Cielos, esos ojos intensos suyos podían esfumar todo mal humor o pensamiento enfadoso que me atormentara. Y algo tenía la forma en que me decía “señorita Salazar” que me dejaba la piel erizada y mi corazón palpitando a mil por hora.

Mi parte favorita del día era verlo antes de irme. A esas horas se quitaba el saco y enrollaba sus mangas. Se miraba tan sensual con sus lentes de lectura puestos mientras revisaba papeles o leía de su táblet y laptop. Luego de despedirme a veces me iba imaginando que me quedaba un par de horas extras a solas con el jefe y...

Pero no. Me permitía fantasear un poco, pero hasta ahí. Hacía mi mejor esfuerzo por mantenerme neutral ante él y no darle ninguna entrada a que estaba abierta a alguna actividad extra-laboral. No lo estaba, ni pensaba estarlo. No por él ni por nadie.

Llegó el martes, poco más de una hora antes de la comida, y cuando entré a su oficina estaba sobándose los ojos.

—¿Todo bien, señor Chandler? —pregunté. Ya había deducido que hacía eso cuando estaba por pelearse con alguien.

—Estaré en una conferencia telefónica con nuestra fábrica en Polonia —dijo, dejando de sobarse y volteándome a ver—. No deje a nadie entrar a mi oficina hasta terminar.

—Entendido —dije con una sonrisa, luego incliné mi cabeza a un lado—. ¿No necesita otra cosa?

Suspiró. —Paciencia, señorita Salazar —dijo volteándome a ver—. Necesitaré algo de paciencia.

—Le daría de la mía si pudiera —le dije, dando la vuelta y saliendo de la oficina. Cuando tomé la manija de la puerta para cerrarla le volteé a ver, esperando que estuviera ya al teléfono.

Pero estaba mirándome, y me congelé por un instante. Mi abdomen se retorció por dentro, y tuve que ejercer voluntad sobrehumana para poder cerrar la puerta.

—Ufff —dije, echándome aire con mi mano abierta mientras me sentaba en mi escritorio. Saqué una manzana de mi bolsa y leí los boletines de Recursos Humanos en mi correo electrónico mientras volteaba una que otra vez hacia mi teléfono de escritorio, donde una lucecita roja me indicaba que la línea del señor Chandler estaba ocupada.

Escuché una tonadita alegre siendo silbada desde el departamento legal, y sonreí al ver a Trevor caminando tan alegre hacia mí.

—¿Cómo está la secre más guapa de la compañía? —preguntó, inclinándose y dándome un beso en la mejilla.

—Tan bien como mi abogado favorito —dije con una sonrisa.

—¡No, esperemos que no! —exclamó, poniéndose la mano en el estómago— Traigo unas agruras... El chile colorado de esta mañana no me cayó para nada bien.

—¡Ve a enfermería a que te den algo!

—Ya lo hice, no te preocupes —dijo con un movimiento de su mano—. ¿Está ocupado tu patrón?

—¡Sí! —exclamé alarmada cuando intentó agarrar el pomo de la puerta— Tiene una conferencia con Polonia.

—Esos fulanos están por tener un muy mal día —dijo Trevor, rodeando mi escritorio y sentándose frente a él—. Lo espero. ¡Y cuéntame! ¿Cómo te has sentido?

Suspiré y sonreí. —Muy bien.

—¿A gusto?

—Muy a gusto —dije, luego me mordí el labio inferior—. Si el señor Chandler no fuera tan seco al hablar sería el jefe perfecto.

Trevor sonrió. —Así ha sido siempre. Es un gusto adquirido.

—O sea, no me trata mal, ni nada, pero...

—Te entiendo —me interrumpió—. Ahí donde la vez se está portando lindo contigo.

—¿De verdad? —Trevor asintió y apretó sus labios— ¿Puedo preguntarte algo?

—Si es consejo legal no.

Reí. —No —dije entre risas—. ¿Por qué la compañía no tiene tu nombre? Sólo es Chandler Platt, ¿dónde quedo el Phillips?

Trevor abrió su boca y sonrió tanto como pudo. —Yo les pedí que no pusieran mi apellido por un sencillo motivo —se inclinó hacia enfrente y recargó sobre mi escritorio—: Nadie quiere conocer al abogado. Todos quieren conocer al genio detrás de los productos —extendió su mano hacia un lado—, o sea mi esposa, o quieren tratar con el rostro que maneja el dinero y vende el producto —movió su mano hacia la oficina del señor Chandler—, o sea Jerrold.

—Pero tú también eres parte importante de la compañía.

—Emilia... me considero a mí mismo como la gravedad —dijo asintiendo y poniendo sus manos boca abajo en el escritorio—. Soy la fuerza misteriosa que mantiene todo unido en la compañía, que es lo que debe hacer un buen departamento legal. Y, al igual que la gravedad, la gente sólo se da cuenta de mi presencia cuando las cosas pueden caer.

—¿Entonces no te molesta no tener tu nombre ahí arriba? —dije, mirando el logotipo de la empresa en las persianas cerradas.

—Para nada —dijo moviendo la cabeza de lado a lado—. Hablando de cosas que molestan, ¿cómo te ha ido con Jocelyn? ¿No te ha dado mucho problema?

Suspiré. —Quisiera saber qué le hice para hacerla enojar tanto —dije, recordando la forma tan grosera en que me habló cuando le llevé unos papeles a firmar para Jerrold.

—Está dolida.

—¿Dolida por qué? —exclamé— No le hice nada.

—Porque Jerrold no le ha mostrado tanta atención desde que

regresamos a la ciudad y te contrató a ti —dijo Trevor encogiéndose de hombros—. De seguro ha de pensar que quieres seducir a Jerrold y tenerlo para ti solita.

—¡Óyeme no! —exclamé indignadísima— ¡Es mi jefe! Está bien que está guapísimo, pero sólo pienso tener una relación profesional con él. ¿De dónde sacó que estamos teniendo un amorío?

—No estoy diciendo ni insinuando nada, Emilia —Trevor levantó las manos frente a él y dijo calmado—. Llevo conociendo a Jocelyn desde que la promovieron, y siempre ha pensado de esa manera. ¿Por qué crees que ella estaba tomando entrevistas para la posición de secretaria de Jerrold en lugar de los de Contratación?

Asentí y me recargué en mi silla. —No lo había pensado así.

—Además —dijo Trevor inclinándose de nuevo hacia enfrente, recargando sus codos en mi escritorio—. No puedes culparla por sentirse un poquito celosa de ti. He visto cómo te mira Jerrold, y cómo te sonrojas cuando lo haces. Si yo lo pude notar, que soy bien tonto para estas cosas, con más razón ella. Se siente amenazada.

Quedé boquiabierta. —¿Entonces sí son pareja?

Trevor negó con la cabeza mientras sonreía. —No exactamente. Jerrold lo llama un “entendimiento.”

Alcé la cabeza y asentí despacio. —Ya entendí.

Trevor miró hacia las oficinas de reojo, y sus ojos se abrieron de par en par. —¡Invocamos a la bruja! —exclamó, y yo no pude evitar reírme mientras nos levantábamos—. Ahorita regreso —dijo, tirando de las solapas de su traje—. Suerte con la fiera.

Le di un manotazo amistoso en el hombro mientras se alejaba. Luego me paré frente a la puerta de la oficina sin quitarle la mirada de encima a Jocelyn, vistiendo tan glamurosa y sensual como siempre. No podía negar que sabía elegir la ropa correcta para lucirse. Esa blusa blanca y esa falda roja carmesí seguro que jalaba las miradas de los chicos de las oficinas.

Tragué saliva, y crucé mis manos frente a mi vientre mientras esperaba a que Jocelyn estuviera cerca. No podía culpar a Jerrold por tener a una mujer tan hermosa y sensual como su amante. Pero sea lo que sea de él, mi jefe me había dado órdenes.

Y Jocelyn no parecía tener intenciones de detenerse.

—Buenas tardes, Jocelyn —le saludé con una sonrisa.

—Emilia —saludó, tratando de pasar a mi lado mientras estiraba la mano para abrir la puerta, pero me moví y le impedí pasar.

—Lo siento, pero el señor Chandler pidió no ser interrumpido.

Jocelyn sonrió, y me miró a los ojos. —Hazte a un lado y déjame entrar.

—No puedo hacer eso, Jocelyn —le dije luego de respirar profundo—. El señor Chandler...

—Te lo repetiré por si no te lavaste los oídos esta mañana —dijo Jocelyn, acercando su rostro al mío—. Hazte a un lado, y déjame entrar.

Alcé mi mentón y apreté mis labios. —Lo lamento, Jocelyn. No puedes pasar.

Capítulo 8.

Jerrold

Tenía los reportes de producción de la fábrica de Polonia en la pantalla de mi laptop mientras escuchaba la junta entre sus directores de calidad y producción tratando de adjudicarle la responsabilidad de una falla de fabricación al otro grupo, mientras el gerente de la fábrica trataba de moderar la conferencia.

—Cállense todos —ordené, harto de su parloteo, recargándome en mi asiento y dirigiéndome al teléfono de mi escritorio—. La falla se dio porque no se siguieron los procedimientos estipulados por Ingeniería de Producto, Petrus. Ahora, quiero que retrabajen todas y cada una de esas piezas y que todo esté corregido para la siguiente semana.

—Señor Chandler, le aseguro que mi equipo...

—No me interesa oírlo, Petrus —dije, enderezándome en mi silla—. Me interesa que los lotes salgan a tiempo para China. No me interesa esta rencilla que tienen tú y Frederickson, lo que me interesa es que se dejen de pendejadas. Hagan su maldito trabajo o buscaré a alguien que sí lo haga.

—Lo que usted diga, señor Chandler —dijo Gorski, el gerente de la planta.

—Gorski, si vuelvo a recibir una queja de...

—No lo haré, señor. Tiene mi palabra.

—Pon tu casa en orden. Estaré en contacto.

Colgué la llamada y respiré profundo. Aquella era mi parte menos preferida de ser el dueño de la empresa: lidiar con idiotas incapaces de reconocer sus errores. Quizá Gus tenía razón y debía delegar algunas de mis responsabilidades.

De pronto escuché voces alzadas fuera de la puerta de mi oficina.

—Un poco de paz, por Dios —dije para mí mismo, yendo hacia la puerta. Al abrirla, vi a Emilia frente a mi puerta, impidiéndole el paso a Jocelyn.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dije, todavía enfadado por lidiar con los tarados de Polonia.

—Tu estúpida secretaria no quiere dejarme pasar —dijo Jocelyn, apuntándole su dedo a Emilia.

—¿Disculpa? —dijo Emilia, al parecer a punto de lanzársele encima como una fiera.

—Yo le di instrucciones que no dejara pasar a nadie, Jocelyn —dije, poniéndome entre ellas—. ¡A *nadie*, Jocelyn! —alcé la voz dirigiéndome a ella— Hacía su trabajo, así que discúlpate con ella de inmediato.

El rostro de indignación que puso no tenía precio. Jocelyn miró a Emilia. —Lo siento.

—Está bien —ella le contestó, cruzándose de brazos.

Resoplé y entré de nuevo a mi oficina, y cuando escuché la puerta cerrarse y un par de tacones detrás de mí supuse que Jocelyn había entrado detrás de mí.

—Jerrold, cariño —dijo, tomándome del brazo y girándome para tenerme de frente—. Lo siento, no debí ponerme así.

—No —negué con la cabeza—. No debiste.

—Déjame compensarlo, ¿sí? —dijo, alzando su pecho y tomando mi brazo—. Vamos a Prestos a comer. Puedes comprarme esa ensalada que tanto me gusta.

Me solté riendo. —Eres una sinvergüenza. ¿Tu idea de compensación es que yo te lleve a comer?

—El postre es la compensación, tontito —dijo al pasar su mano encima de mi pecho, luego cruzó su mirada con la mía antes de darse la vuelta—. Voy por mi bolso. Espérame en el lobby.

—No dije que sí.

Ella tomó el pomo de la puerta y volteó a verme. —No te oí decir que no.

Le miré a los ojos y ella amplió su sonrisa. —Bien —dije, sonriendo por mi cuenta—. Pero no iremos a Prestos. Iremos al Rancher's Paradise.

—A donde tú quieras ir —dijo al abrir la puerta y guiñarme el ojo.

Regresé a mi escritorio y tomé el bloc de notas. Me ajusté el saco y salí de mi oficina.

—Saldré a comer con Jocelyn —dije, abriendo el cuadernillo—. Necesito que cuando regrese tenga estos documentos en mi escritorio —di vuelta hasta la hoja con la lista, y dejé el bloc junto a su teclado.

—Así será, señor Chandler —dijo Emilia, regalándome una sonrisa.

Nos quedamos viendo a los ojos unos instantes más de lo debido antes de que diera la vuelta y me alejara.

Tal y como lo dijo Jocelyn, ella me esperaba en el lobby. La sorprendí poniéndose algo de ese labial rojo que le hacía ver tan sensual.

El guardia que teníamos ahí le miraba el trasero y las piernas cuando yo llegué. No lo culpo, pues ella siempre vestía para presumir su cuerpo que tanto trabajo le costaba mantener. Entre dieta y un régimen de ejercicio riguroso, que me hizo tacharla de loca la vez que intenté seguirle el paso, ella ha logrado tener un físico comparable al de muchas celebridades.

Cuando llegamos al restaurant el lugar estaba lleno.

—Parece que sí iremos a Prestos después de todo —dijo Jocelyn, recargando su hombro contra mi pecho, y restregando un poco su espalda contra mí.

Gruñí un poco, y vi al gerente del restaurant salir de la cocina. Al verme sonrió y se acercó.

—¡Señor Chandler!

—Veo que tienen lleno total —dije.

Él rio. —Para usted siempre tenemos lugar —dijo, luego vio a Jocelyn de reojo—. ¿Gusta algo más privado?

Ella sonrió y volteó a verme mientras asentía. El gerente se acercó a la hostess. —Llévelos al salón de eventos.

Volteé y le guiñé el ojo a Jocelyn, quien tenía sus cejas alzadas y sus labios curvados en una sonrisa sensual. Me tomó del brazo y fuimos al salón de eventos vacío.

El mesero, que no me había dado cuenta nos había seguido adentro, separó una mesa individual y la acomodó en medio del salón con todo y

sillas.

Jocelyn y yo nos sentamos, y cuando el mesero nos ofreció los menús ella dijo que no con la cabeza.

—Tráigame una ensalada de atún y un té para tomar.

El mesero volteó a verme y también decliné el menú. —Un T-Bone término medio, con la papa asada más grande que tengan, y una porción doble de cebollas cocidas.

—¿Y de tomar, caballero?

—Té helado, y si jamás veo el fondo de ese vaso te llevarás una muy buena propina —le dije.

Cuando el mesero y la hostess se fueron, Jocelyn echó su cabello detrás de su hombro e hizo a un lado unas mechas que caían por encima de su frente. Desabrochó el botón de hasta arriba de su blusa como si hubiera sido lo más natural del mundo, y el suspiro que dejó salir se escuchó más como un sensual gemido. —Ya necesitaba salir de la oficina y pasar un rato contigo, mi amor —dijo, recargando sus codos en la mesa y volteándome a ver a los ojos.

—Ha sido una semana de locura con la instalación de la nueva línea de producción —dije, aflojando mi corbata, luego me quité el saco y lo arrojé encima de la mesa vacía cerca de nosotros—. Y luego los tarados de Polonia...

Cuando enrollé mis mangas y descansé mis brazos sobre la mesa, Jocelyn me tomó el antebrazo y lo acarició con la punta de sus dedos.

—Te he extrañado tanto, Jerrold —dijo con una mueca traviesa—. Has sido un verdadero desconsiderado conmigo, ignorándome desde que llegaste.

De pronto miró hacia arriba, me tomó la corbata y la jaló hacia ella. —Tendré que secuestrarte el resto del día y castigarte por eso.

El mesero entró con nuestras bebidas, y Jocelyn me soltó. —Ya veremos —dije, dando un sorbo a mi té.

Platicamos sobre las operaciones de la fábrica desde la última vez que había ido a Ciudad del Sol, en particular sobre la adquisición de alguna nueva certificación que acreditaba la calidad superior de los productos de aquella fábrica en particular, y mi deseo de que ese estándar de calidad se

aplicara a todas las fábricas de Chandler Platt.

Durante toda la plática Jocelyn no paraba de desnudarme con la mirada, ni de frotar sus pantorrillas contra las mías. En cuanto nos retiraron los platos acarició el dorso de mi mano con sus uñas largas y estilizadas.

Miré su mano, y cuando levanté la cabeza para verle los ojos ella estaba inclinándose hacia mí, entrecerrando los ojos y dirigiendo sus labios a los míos.

—Espera —le susurré, quitando mi mano y poniéndola en su brazo, impidiéndole avanzar más.

—¿Qué sucede, mi amor? —preguntó con tono caprichoso, haciendo a un lado mi mano y pasando las suyas encima de mi pecho. Ella se acercó a la orilla de su silla de un brinquito, y presionó sus rodillas contra las mías.

Le miré a los ojos. Éstos brillaban de deseo, de un anhelo como el que yo sentía en ese momento. En el pasado no hubiera dudado de tomarla ahí mismo, y estaba seguro que ella no hubiera objetado. Habíamos cometido indiscreciones en lugares muchísimo más arriesgados que aquel salón vacío.

Pero estaba cansado de todo eso, y ese cansancio me volvió incapaz de permitirle a Jocelyn avanzar más.

—Jerrold —dijo Jocelyn con un cambio brusco de tonalidad de voz—. Lo que más me ha encantado desde que te conozco es esa sinceridad brutal con la que te desenvuelves. Eres incapaz de andarte con rodeos y pendejadas —ella se inclinó hacia enfrente, y acercó su boca a mi oído mientras se levantaba de su silla—. Así que dime por qué no me quieres coger como lo hiciste en tus últimas visitas a Ciudad del Sol. Soy una chica grande.

Ella regresó a su asiento, cruzándose de brazos. Le tomé las manos y las miré unos momentos antes de dirigirme a sus ojos. —Jocelyn, no es que no quiera —dije—. Lo nuestro vino a mi vida en un momento en que lo necesitaba. Estaba recién divorciado, tenía el corazón dolido, y las noches de pasión que pasamos juntos me ayudaron a superar el dolor emocional por el que estaba pasando.

Le acaricié la mejilla con el dorso de mi mano. —Eres una mujer como ninguna, Jocelyn De Santis. No te negaré que me muero de ganas de

levantarte esa falda que traes, arrancarte la tanga, empinarte en la mesa, y hacerte mía.

—No traigo tanga, Jerrold —dijo, guiñándome el ojo y lamiéndose el labio.

—Pero no lo haré, Jocelyn —dije, y ella parpadeó rápido mientras se forzaba a tragar—. No lo haré porque eso es lo único que siento por ti: Lujuria.

—Es todo lo que yo siento por ti también, Jerrold —dijo entre risas, acariciándome el rostro y luego deslizando sus dedos bajo el cuello de mi camisa tanto como pudo—. Te deseo tanto. Te necesito dentro de mí.

Le tomé las manos, y apreté mi agarre de ellas. —Eso no es todo lo que sientes por mí, Jocelyn —dije, inclinándome hacia ella—. Lo puedo ver en tus ojos: Es algo más que simple lujuria.

—Te tengo aprecio, Jerrold, pero...

—No me mientas, Jocelyn.

Ella bajó la mirada, y se encogió de hombros. —Está bien, no lo negaré. ¿Quieres oír que estoy enamorada? Bien, lo estoy.

—Y es por eso que no debemos seguir haciendo esto —dije, soltando sus manos y recargándome en mi silla—. Te aprecio demasiado como para jugar con tu corazón.

Levantó la cabeza de repente, y pareció que me atravesaría con la intensidad de su mirada. —Ya estoy grandecita, Jerrold —me dijo—. Soy perfectamente capaz de separar mis emociones de mis necesidades —se puso de pie, y levantó su falda hasta la mitad de sus muslos—. ¿Vas a cogerme o no?

—Jocelyn —dije con calma, poniendo mi mano encima de la suya, impidiéndole subir más su falda—. Si lo que dices es cierto no estarías tan tensa, ni habría lágrimas a punto de salir de tus ojos —ella se quedó callada unos momentos—. Siéntate, por favor.

Ella me hizo caso, y en cuanto lo hizo vi una lágrima escaparse de su ojo izquierdo, la cual ella talló en cuanto la sintió rodar sobre su mejilla.

—Tendrás mi carta de renuncia al final del día —me dijo con voz quebrada, luego se cruzó de brazos.

Extendí mi brazo y le tomé una muñeca. Ella no opuso resistencia cuando tomé su mano entre las mías. —No aceptaré tu renuncia, Jocelyn —le dije—. No estoy haciendo esto para deshacerme de ti. Esa no es mi intención.

—¿Entonces cuál es tu puta intención, Jerrold? —se acumularon más lágrimas dentro de sus ojos, pero ninguna se atrevía a salir.

—No soy capaz de darte lo que desees, Jocelyn —dije—. Por eso estoy diciéndote lo que te estoy diciendo. Ódiame, si gustas, pero créeme cuando te digo que sólo deseo lo mejor para ti. Y hacer que te aferres a una ilusión imposible sólo por mis caprichos sexuales sería cruel. Eres una mujer... —apreté mi agarre de su mano un poco— No, eres *una persona* admirable, y eres el motivo por el que tengo el corporativo en la fábrica aquí en Ciudad del Sol. La fábrica... *tú fábrica*... es la única de la que no tengo que estarme preocupando. No quiero que eso cambie.

Al fin sonrió, y otra lágrima escapó de su ojo, la cual alcancé a borrar con un delicado rozar de mi pulgar. —Yo sólo deseo tu felicidad, Jocelyn. Por eso te estoy dejando en libertad: Para que te permitas abrir tu corazón a alguien —sonreí—. Quizá con el muchacho de compras con el que te has escapado durante algunas horas de comida.

Ella soltó una risa nerviosa, y bajó la cabeza.

—¿O quizá con tu amiga Erika, la de finanzas? —le dije, guiñándole el ojo.

—¿Cómo supiste de eso? —preguntó, tallándose los ojos— Pensé que estaba siendo discreta.

—Lo eres, Jocelyn. Demasiado discreta —dije—. Pero no sucede nada en mi compañía sin que yo me entere. No te reprocho nada. Lo que haces lo haces fuera de la empresa y no comprometen la calidad de tu trabajo o el de los demás.

Solté su mano y me recargué en mi silla. —Además, sería hipócrita de mi parte si te echara eso en cara —dije—. No soy ningún santo.

—Entonces no debería sentirme celosa de que te estés tirando a tu nueva secretaria —dijo, moviendo su cabeza horizontalmente, antes de beber lo que le quedaba de su té.

—No ha sucedido nada con ella.

—¿Entonces por qué se miran como se miran? —preguntó entre risas.

Arqué una ceja. —De verdad no sé de qué me estás hablando. Ella ha sido de lo más profesional.

Ella abrochó el botón que aflojó cuando recién se sentó. —¿Cómo es posible que me hayas leído a mí con tanta facilidad, y no te des cuenta que tu secretaria te desea con la misma intensidad que tú a ella?

Sonreí antes de dejar en la mesa un par de billetes de cien antes de ponernos de pie.

—Espera —dijo, poniéndome una mano en el pecho—. Quisiera regresarme en taxi.

—No seas ridícula, Jocelyn.

—Jerrold —dijo, acariciándome el cuello—. No te guardaré rencor... Pero en este momento estoy dolida y necesito no estar contigo. Respeta eso, por favor.

Suspiré. —De acuerdo —dije—. Nos vemos más tarde. O tómate el día, si gustas.

Jocelyn sonrió, y salió a paso veloz de ahí. Respiré profundo, y tomé de mi vaso dejando un poco. Dejé un billete aparte debajo de éste, y me quedé unos instantes mirando al espacio, dejando que mis pensamientos volaran sin control.

Encontré curioso que éstos decidieran volar hacia mi secretaria.

Capítulo 9.

Emilia

El señor Chandler estuvo tranquilo el resto de la tarde cuando regresó de su comida con Jocelyn. Había asumido que se tomarían la tarde para sus “cosas”, pero me había equivocado. “¿Quizá más tarde?” me pregunté. “Ay, Emilia, ¿a ti qué te importa?”

Odiaba reconocerlo, pero me dieron celos de Jocelyn. “¿Qué tal sería el señor Chandler en una cita?” me pregunté.

Cuando menos me di cuenta ya eran las cinco de la tarde, por lo que recogí mis cosas. Escuché al señor Chandler hablar dentro de su oficina, y cuando vi la luz de su línea de teléfono apagada me ganó la curiosidad.

Eché mi bolsa al hombro y me asomé. Estaba mirando por la ventana mientras hablaba por su celular. Se veía tan sexy con su mano en la cadera y la cabeza en alto.

—Esas son excelentes noticias —dijo—. Y como le digo, estoy muy impresionado con el trabajo que su caridad ha hecho para la gente de Ciudad del Sol, por lo que deseo hacer una donación lo suficientemente considerable para que puedan ampliar su trabajo a todos los sectores de la ciudad, y no sólo a los de la periferia oriente.

Él dio la vuelta y miró esa bendita libreta en la que apuntaba todo.

—A nombre de Oportunidades a Niños de las Calles, Sociedad Civil —dijo mientras escribía—. Recibirán una transferencia mañana de siete millones de dólares...

Mi corazón se aceleró y mis ojos estuvieron por salirse de la cara. “¿Siete millones?” pensé, anonadada con la facilidad que donaba ese dinero.

Él seguía recargado en el escritorio, y soltó una risa apenada. —No es necesario, yo... De verdad, deseo que mi donación se mantenga anónima. No hago esto para darle publicidad a mi compañía.

“Momento, ¿dijo Oportunidades a Niños de las Calles?” pensé, reconociendo el nombre de la caridad. Era una de las más activas de la ciudad. A cada rato Bárbara me compartía en Facebook alguna actividad

que organizaban para hacer colectas de despensas, ropa, y cobijas en invierno, para ser repartidas a niños de bajos recursos, en particular a los de colonias donde había mucha violencia de pandillas.

“¿Que este hombre no tiene defectos?” pensé sonriendo, recargándome en el marco de la puerta y viéndolo sonreír y seguir hablando por teléfono hasta colgar la llamada. Me encantaba que, siendo un hombre tan rico y poderoso, tuviera tan gran corazón.

—Ya me voy, señor Chandler —dije.

Él alzó la mirada, y luego miró su reloj. —Qué rápido se me fue la tarde —dijo, luego me sonrió—. Que pase buena tarde, Emilia... Digo, señorita Salazar.

—Emilia está bien —dije con tono juguetón—. O como usted quiera llamarme —me quedé de a cuatro. Era la primera vez que me llamaba por mi primer nombre. Siempre era “Señorita Salazar” esto, o “Señorita Salazar” aquello.

Escucharlo decir mi nombre fue... genial.

Él rio, y luego asintió. —Pase buenas noches, Emilia.

—No se quede mucho tiempo —dije, ampliando mi sonrisa—. Recuerde que mañana temprano tenemos...

—La video-llamada con Francia —interrumpió—. Lo recuerdo.

—Sólo cumplo mi deber de recordárselo, señor Chandler.

De nuevo nos quedamos viendo a los ojos un largo instante. Por alguna razón no sabía qué decirle, era como si las palabras estuvieran atascadas en mi garganta, todas queriendo salir al mismo tiempo. ¿Pero qué palabras podrían salir de mi boca? ¿Que pensaba que era un hombre como ninguno? ¿Que le deseaba? ¿Que estaba cayendo redondita a sus pies?

—¿Tiene planes para esta noche? —preguntó.

Quedé boquiabierta y sonreí al mismo tiempo que mis mejillas casi prendían fuego. —En realidad sólo ir a casa y ver televisión. Quizá compraré unas cervezas en el camino.

—¿Cervezas? —exclamó, caminando despacio hacia mí— Hubiera apostado que sería una amante del tequila.

Sonreí y dije que no con la cabeza. —¿Qué le hizo pensar eso?

Él apretó sus labios. —Nada en particular.

—Ahora tiene que decírmelo.

Alzó el mentón y me lanzó una mirada creída. —Su forma de ser.

—¿Qué tiene mi forma de ser? —incliné mi cabeza a un lado y amplié lo más que pude mi sonrisa.

Él pasó una mano sobre su cabello. —No lo tome a mal, pero me dio la impresión de que le gusta salir de fiesta todos los fines de semana—dijo despacio—. Casi siempre el tequila es la preferencia de la mayoría de esas personas.

Torcí mi boca y eché mi cabeza hacia atrás. —Bueno, no soy como la mayoría de las personas, señor Chandler.

—Puedo ver eso, Emilia —dijo, inclinándose hacia enfrente.

—Y no salgo *todos* los fines de semana —dije, y no pude resistir la tentación de mirarlo de arriba abajo, deteniendo mi mirada en su boca.

“¡Deja de coquetear con él!” pensé. “¡Es tu jefe!”

—Bueno, debo... debo irme —dije, sacudiendo mi cabeza y dando la media vuelta tanto como pude sin quitarle la mirada de encima—. Hasta mañana... señor Chandler.

—Hasta mañana, Emilia —dijo con una sonrisa.

Me alejé de ahí luchando contra el impulso de salir corriendo. ¡Qué diablos estaba pensando coqueteándole así a mi jefe!

—Yayayayaya, tranquilízate, Emilia, tranquilízate —me dije a mí misma al salir de la fábrica y caminar hacia mi coche—. Sólo fue un coqueteo inocente. Ni que fueras la única mujer que se le ofrece.

Me detuve en ese momento. —Ay, Dios, ¿y si piensa que quiero acostarme con él? —incliné mi cabeza y sonreí por un momento— No estaría mal... —sacudí mi cabeza y seguí caminando— ¡Emilia! —gruñí — Quizá Bárbara tenga razón: Necesito un novio, o una buena montada.

Subí a mi coche y arrojé mi bolso al asiento de pasajero. Abrí la llave para arrancar el motor, pero sólo escuché un clic.

—Ay no —dije, mi pecho hundiéndose en pánico—. ¿Dejé las luces...?

—miré hacia el interruptor de las luces de noche, y las vi apagadas— Ay no. Nonononono, no me hagas esto.

Giré la llave de nuevo. El motor arrancó despacio y haciendo un sonido muy fuerte. El coche vibraba como si el motor estuviera por salir disparado de mi cofre y se alejara brincando de ahí.

—¿Qué demonios? —exclamé, y entonces vi de reojo por mi retrovisor que había una nube de humo saliendo de atrás del coche.

El motor hizo un tronido fuerte, como una pequeña explosión. Grité y cerré mis ojos, y cuando comprobé que no había explotado mi coche mejor lo apagué.

—Putísima madre —lamenté, recargando mi frente sobre el volante.

Estampé mi frente un par de veces, y le di varios puñetazos al tablero. Bajé del coche, caminé hasta el cofre, y le acomodé un par de puntapiés a la defensa. —¡Pedazo de porquería inservible! —grité, seguido de un grito mientras me jalaba el cabello al mirar hacia arriba.

“*Ay no, me va a salir un ojo de la cara reparar esta cosa,*” pensé, haciendo cuentas de lo que podría cobrarme la grúa, el mecánico, y el transporte público para venirme a trabajar.

Escuché detrás de mí un motor, indicando que un coche se había detenido detrás. Suspiré de alivio, aunque éste me duró poco.

—¿Necesita ayuda? —dijo el señor Chandler, bajándose de una camioneta Range Rover del año preciosísima.

“*¡Genial!*” pensé con todo el sarcasmo del mundo “*Ahora podía ser una damisela en peligro rescatada por mi jefe.*”

—Problemitas con mi coche, es todo —dije forzando una sonrisa.

Él arqueó una ceja y yo me crucé de brazos. —Ese humo no se ve como un problemita.

—¡Está bien, señor Chandler! —exclamé con una risa nerviosa— Ya me he llevado el coche así antes. Estaré bien, sólo tendré que irme despacio.

Él entrecerró sus ojos y miró directo a los míos. En ese momento entendí por qué no podían ocultarle las cosas, pues con esa mirada parecía hacer que la verdad se fortaleciera en mi cabeza y se llenara de

decisión para salirse a la fuerza.

—Usted es una pésima mentirosa, Emilia —dijo con una pequeña mueca.

Suspiré resignada. —De verdad no es la primera vez que me pasa esto —dije—. Ahorita llamo a un amigo que venga por mí, y ya veré mañana cómo llevar mi coche al taller.

—No moleste a su amigo, Emilia —dijo, mirándome a los ojos y parándose frente a mí—. Yo la llevo a su casa.

Mi corazón estuvo a punto de explotar mientras procesaba lo que acaba de escuchar. —¡Ay no, señor Chandler! ¡Claro que no, qué pena!

—Insisto —dijo, luego sonrió—. ¿Qué clase de jefe sería si dejara a mi empleada a su suerte? Ande, cierre bien su coche y saque sus cosas.

No me dio ni tiempo de aceptar ni discutirle nada. Suspiré y fui por mi bolso. Cerré mi coche y le acomodé otro puntapié antes de ir hacia la preciosa camioneta del señor Chandler.

Él me acompañó a la puerta de pasajero, la abrió, y me ofreció la mano para ayudarme a subir. *“Por el amor de Dios, ya no sea tan perfecto,”* pensé.

Cuando su piel tocó la mía fue como si un relámpago cayera en mi palma y explotara por todo mi cuerpo, detonando sensaciones en mi estómago que no sentía desde la preparatoria con mi primer enamoramiento.

—Gracias —le dije sin aliento, y él sólo sonrió antes de cerrar la puerta.

“¿Acaso no sintió lo mismo que yo?” pensé, observándolo al caminar frente a su camioneta sin siquiera voltearme a ver. *“Cálmate, Emilia. Sólo está siendo un buen tipo. Digo, si donó siete millones de dólares a una caridad, darle un aventón a su secretaria ha de ser natural para él.”*

Esa camioneta tenía lujos que sólo había visto en comerciales. ¿Tablero con GPS? ¿Radio satelital? Mi trasero se sintió un tanto cálido, ¿asientos con calentadores? Nunca en mi vida me imaginé subirme a un vehículo así.

Contuve mis nervios abrazándome de mi bolso tras ponerme el cinturón. Él tocó la pantalla del GPS y se abrió una barra de texto.

—Ingrese su dirección para saber cómo llegar —dijo.

Estuve a punto de decirle que podía irme en un taxi, que no deseaba molestarlo. Pero me ganó la sensación de estar en el coche con él. Su presencia me hacía sentir segura, emocionada, como si fuera una princesa y mi fiel caballero acabara de llegar a rescatarme.

No era una sensación a la que estaba acostumbrada. La odiaba. Nunca había necesitado ni querido la ayuda de nadie. Pero en ese momento guardé silencio, y sólo anoté en la pantalla mi dirección.

Él encendió el estéreo y todo el camino nos fuimos oyendo una preciosa colección de canciones de jazz.

Me le quedé viendo mientras manejaba. Estaba tan relajado, tan en paz, pero a la vez tan en control. Siempre en control, como en la compañía. Ya me había dado cuenta que nada pasaba en ese lugar sin que él se enterara. Siendo tan controlador no me sorprendió tanto que prefiriera manejar a que lo llevaran en limosina.

—Si quiere cambie la música —dijo sin voltearme a ver—. Soy de gustos algo anticuados, y quizá ésta no sea el tipo de música que a usted le guste.

—No —dije, sonrojándome—. Me gusta.

Él volteó a verme por un instante. —¿De verdad?

—No sé nada de jazz, claro —dije entre risas—. Pero... No sé, es música muy bonita. Me encanta cómo se oye el saxofón.

Me parecía tan relajante y romántica. ¿Quizá la dejó preparada antes de llegar a mi auxilio? ¿O ésta es la música que le gusta oír?

—Como guste —dijo con una sonrisa.

“*Ay no, si no llegamos pronto a mi casa me le voy a tirar encima,*” dije, mirando hacia fuera, tratando de ocultar lo abochornada que estaba en su presencia. No sabía qué tanto más podía resistirme a él.

Sólo faltaba que sacara unas velitas aromáticas o una rosa, y con eso me convencía.

Pero no pasó nada de eso. Llegamos afuera de mi casa. Estaban las luces apagadas todavía, pues apenas estaba anocheciendo.

—¿Tiene manera de llegar al trabajo mañana? —preguntó mientras me

quitaba el cinturón.

—Puedo tomar un taxi o irme en camión, señor Chandler —dije con una sonrisa.

—Nada de eso. Enviaré un coche por usted —dijo, luego dibujó una pequeña mueca con sus labios que me apetecían tanto en ese momento.

—No —dije, poniendo mi mano en su brazo y atorando mis ojos en los suyos—. No es necesario, por favor.

Él suspiró. —Como guste.

Quitó mi mano despacio, deslizando las puntas de mis dedos por tanto tiempo como pude encima de sus gruesos y fortísimos antebrazos.

—Hasta mañana, señor Chandler.

Él rio. —Es como la tercera vez que nos despedimos, Emilia.

Me solté riendo como una niña de colegio. —Ya ve lo que dicen del que se despide mucho.

Él asintió, y yo abrí la puerta del coche.

—Hasta mañana, Emilia.

Esta vez sólo sonreí. Bajé de la camioneta y caminé sin mirar atrás tanto como pude. No alcancé a llegar a mi puerta cuando una fuerza invisible me hizo voltear.

Ahí seguía estacionado, mirándome, y tomó todo de mí no irme aprisa en su dirección y devorarme esos labios suyos y dejarme manosear por esas manos tuyas.

Entré a mi casa, y me quedé recargada en la puerta con la sonrisa más grande de toda mi vida, suspirando como nunca.

Capítulo 10.

Jerrold

“De verdad que las flores hermosas pueden crecer en los lugares más inhóspitos,” pensé mientras trataba de leer un periódico en mi escritorio. Emilia vivía en uno de los vecindarios más feos de toda la ciudad.

Su mirada y su rostro se adueñaron de mis pensamientos. Parecía que se habían acomodado bastante bien en mi cabeza y se rehusaban a irse. Y el nuevo pensamiento inquilino que me atormentaba era que quizá ella hubiera querido que la besara tanto como yo a ella.

Cuando tomé su mano para ayudarle a subir, y cuando ella puso su mano sobre mi brazo, despertaron sensaciones en mí que, si bien eran hermosas, no podía evitar asociarlas con mis ex esposas. Con ellas también me había sentido así al principio, y de ese tamaño fue mi dolor cuando me di cuenta que sólo me querían por mi dinero.

Pero no podía negármelo: La deseaba, mi cuerpo me la exigía, rogaba que la sedujera. Nunca me había negado a mí mismo un gusto como ese, y sólo en un par de ocasiones había deseado a una mujer tanto como a Emilia. Una de ellas rompió mi corazón.

Aunque otra había sido Jocelyn, y parecía que las cosas habían resultado bien.

“Al diablo,” pensé.

Escuché pasos rápidos afuera de mi oficina. Tacones, y juzgando por la intensidad de ellos quien venía caminando estaba furiosa. Lamenté en mis adentros al pobre idiota que estaba por recibir la furia de aquella mujer.

Pero los tacones se oían más y más fuerte, y cuando los escuché resonar dentro de mi oficina alcé la mirada y vi a Emilia, lanzándome una mirada como si quisiera arrojarme algo, y decirme hasta de lo que iba a morirme.

Aún furiosa lucía deslumbrante. En la semana y media que llevaba trabajando conmigo nunca había llevado pantalón. Siempre era una falda de lápiz o una falda larga de ejecutiva. Y el hecho que usara tan poco maquillaje me hacía apreciar su belleza natural.

Y aquel día lucía divina. Tal vez mi percepción estaba influida por esos sentimientos despertados.

—Buenos días, Emilia —saludé.

Ella se esforzó en sonreír, y respiró profundo tratando de recuperar su aliento antes de cerrar la puerta.

“*Viene enojada,*” pensé, notando la tensión en todo su cuerpo.

Caminó hacia mi escritorio. Noté que venía sudando. Maldición, una mujer sudando siempre me ha parecido tan atractivo. Mi corazón palpita de forma incontrolable. No tengo idea cómo guardé la compostura sentado en mi escritorio.

—Señor Chandler... —dijo despacio, todavía respirando por la boca—. ¿A dónde llevaba esa grúa mi coche?

—Le dije al guardia que me notificara cuando vinieran —me quejé.

—¡Lo iba a hacer! —exclamó— Pero le dije que yo le avisaría. Ahora dígame a dónde llevan mi coche.

—Verá, camino aquí llamé a mi agente de seguros, y le pedí el favor que enviara una grúa para llevar su coche a reparar.

—Estoy bastante segura que mi coche no está cubierto por su seguro, señor Chandler.

Sí, parecía estar enojada, pero ya había visto esa reacción antes. Las mujeres siempre tenían que hacerse las dignas al principio, fingir que no quieren la ayuda de un hombre para luego aceptarla con los brazos abiertos.

Me recargué sobre mi escritorio. —Esto corre por mi cuenta, Emilia —dije, mirándola a los ojos, perdiéndome en su intensidad—. De verdad no es ningún problema.

—Señor Chandler... —Emilia se cubrió la cara y sobó los ojos.

—Le haré saber cuándo se comuniquen conmigo y me den una fecha de entrega —dije, luego miré hacia la pantalla de mi laptop—. Le encargo mi café, si es tan...

—De verdad estaría más cómoda llevando mi coche a un mecánico de mi confianza —dijo, enfadada.

—No se preocupe por la calidad del trabajo, Emilia —dije, mirándola,

poniéndome de pie. Todavía me pareció normal que se resistiera a mi ayuda, quizá necesitaba un poco más de convencimiento—. Le garantizo que su coche quedará como nuevo. Mientras tanto, insisto que use uno de los coches de la flotilla de mensajería. No debería quedarse sin medio de tran...

—¡Señor Chandler! —explotó Emilia, estampando un pie en el suelo. Ella respiró profundo, y su quijada parecía estar demasiado tensa— *Agradezco su ayuda, pero al menos permítame la factura de los daños. Quisiera cubrirla yo.*

—No sea ridícula, Emilia —dije con una sonrisa forzada—. Ahora, le encargo mi café, si es tan amable.

—No, señor Chandler —dijo a regañadientes—. Es *mi coche*, y soy *perfectamente capaz* de pagar todos los gastos de reparación de mi propio coche.

Nos quedamos viendo unos momentos. —No veo cuál es el problema, Emilia.

—¡Que no necesito el dinero de mi jefe millonario! —gritó, luego cubrió su boca con una mano y abrió sus ojos asustadísima—. Lo siento, no debí gritarle.

“¿No quiere mi dinero?” pensé, sorprendido, y emocionado. ¿Acaso acababa de conocer a una mujer que no le interesaba mi dinero?

Le sonreí. —Soy *billonario*, Emilia —dije—. No millonario.

—Señor Chandler —dijo casi rogando—. Agradezco que me intente ayudar, de verdad que sí. Pero me siento muy incómoda que mi jefe me repare el coche. La gente podría pensar mal.

—¿Qué podrían pensar?

—Señor Chandler, por favor —dijo, sobándose la frente—. No quiero que la gente piense que haya algo entre usted y yo que no hay. Soy su secretaria, y me encanta ser su secretaria, pero no quiero dar la impresión que somos algo más. No me parece profesional esta situación.

Respiré profundo, y me paré frente a mi escritorio y crucé mis brazos.

—Emilia, no he llegado a ser lo que soy ahora si me importara lo que la gente piensa —le miré a los ojos, pero no pude evitar bajar mi mirada por su cuerpo—. Lo que hago lo hago porque quiero hacerlo, porque le

quiero ayudar.

—Y eso es tan... —ella se sonrojó, y dio una vuelta con las manos alrededor de su nuca— ¿Por qué me quiere ayudar?

—¿Necesito un motivo?

—La gente siempre tiene un motivo —ella mordió su labio, y cruzó sus brazos justo cuando bajé mi mirada por un instante a verle su busto.

—Seamos francos, Emilia —dije. Necesitaba aclarar esto.

—Sí, señor.

—Le encuentro muy atractiva —dije, y aquello le hizo quedarse quieta luego de no poderse dejar de mover en todo el rato—. Y considero que el sexo entre nosotros sería un completo deleite.

—¡Señor Chandler! —exclamó con una mano en el pecho, pero se esforzaba por ocultar una sonrisa, y su rostro se tornó más rojo que un tomate.

Alcé mi mano. —Pero créame cuando le digo que mi ayuda no viene con condiciones —dije—. Tengamos o no relaciones, usted ha sido una excelente trabajadora hasta el momento, y deseo expresarle lo valiosa que le considero.

—¡Podría haberme comprado una tarjeta de regalo a una tienda departamental! —exclamó— ¡O una placa de Empleado del Mes!

—Le mandaré traer una tarjeta de débito con una cuenta abierta con la cantidad exacta del costo de las reparaciones —dije, y ella se soltó riendo.

—No conseguiré hacerlo cambiar de opinión, ¿verdad? —dijo sonriendo.

—No —contesté con una mueca.

Ella puso sus manos en la cadera, y bajó la mirada. —Al menos permítame invitarlo a cenar.

—Regularmente yo soy quien invita a cenar, Emilia.

—¡No con esas intenciones, señor Chandler! —dijo riendo— Como... agradecimiento de su ayuda.

—¿Promete no causarme un envenenamiento?

Emilia soltó una carcajada que me pareció tan encantadora.

—De acuerdo —dije, mirando mi reloj—. ¿Cuándo?

Emilia se meció de un lado a otro. —Yo le aviso durante el día —dijo, luego sonrió antes de dirigirse a la puerta sin dejar de mirarme—. Al cabo yo soy quien organiza su agenda. Pero...

—¿Sí?

Ella caminó hacia mí, y se detuvo a menos de un metro de mí. —Usted me pidió franqueza.

—Lo hice.

Me miró a los ojos, y podía ver que sus pupilas estaban dilatadas, señal que yo consideré inequívoca que había atracción entre nosotros.

—Entonces seré franca con usted —dijo, bajando su mirada a mis labios—. No hay posibilidad alguna que usted y yo tengamos una relación que no sea profesional.

Me quedé viéndola, y ella regresó su atención a mis ojos. —Me parece un hombre muy atractivo... Creo que es el hombre más atractivo que he conocido en toda mi vida.

Ella envolvió su puño con su otra mano abierta, y los colocó frente a su pecho, apretándolo ansiosa. —Pero no quiero que nuestra relación exceda lo profesional —dijo—. Soy solamente su secretaria, y nada más.

—¿Sin aspiraciones a nada más? —pregunté con una mueca confiada.

Ella rio nerviosa. —No, señor Chandler. ¿Puede respetar eso? No quisiera tener que renunciar a mi trabajo. Me gusta demasiado.

—El puesto.

—¡Claro que el puesto! —contestó riendo.

Asentí, y le acaricié el hombro al mirarla a los ojos. —Respetaré sus deseos, Emilia. Le doy mi palabra.

—Gracias, señor Chandler —dijo.

Nos quedamos viendo a los ojos unos momentos, y nuestras miradas se movieron a nuestros labios. Noté que estaba acercándose a mí, y yo me acerqué a ella.

Las bocinas de mi computadora emitieron un pitido que nos sacó a ambos de nuestro trance.

Vi mi reloj. —Debe ser Francia —dije, luego regresé mi atención a Emilia.

Ella ya había dado un par de pasos hacia atrás, y se estaba pasando una mano entre su cabello.

—Le traeré su café enseguida, señor Chandler —dijo con la mirada abajo, y luego salió rápido de mi oficina.

Rodeé mi escritorio y me senté. Miré la pantalla de mi computadora unos momentos antes de reaccionar y dar clic en el video enlace.

—Bonjour, Brigitte —saludé al momento en que la señal entró.

Mi empleada presentó a las demás personas en la conferencia, e hice mi mejor esfuerzo por ponerle toda mi atención. Pero me fue imposible sacarme a Emilia de la cabeza, y menos cuando entró y me sonrió al dejarme el café en el escritorio.

Al terminar la conferencia salí de la oficina y me quedé de pie bajo el marco de mi puerta.

—¿Entonces me invitarás a cenar? —le pregunté.

Ella saltó en su asiento y se soltó riendo. —Me asustó, señor Chandler —volteó a verme—. ¿Puede hoy?

Arqueé mi ceja. —Usted tiene mi agenda, ¿puedo hoy?

—Sí, sí puede —dijo con una sonrisa.

—Perfecto —dije, dando la vuelta y regresando a mi escritorio.

—¿Algo en particular que le guste cenar?

—Sorpréndame, Emilia.

Capítulo 11.

Emilia

La mesa de Bárbara casi me deja sorda cuando le pedí que me ayudara a preparar una cena rica para el señor Chandler y pegó el grito de emoción al celular.

Mi estómago estuvo haciéndose más y más nudos con cada hora que pasaba en el día, y cuando al fin llegó la hora de la salida el señor Chandler, tan puntual como siempre, salió de su oficina a las cinco en punto.

—¿Lista para irnos? —preguntó con una ligera mueca en su rostro.

Sólo asentí, y le seguí hasta su camioneta. Esperaba que la gente de la oficina nos voltear a ver salir juntos, pero no fue así. No supe cómo interpretar eso, ¿quizá era común que él saliera con sus secretarias? ¿quizá estaba siendo demasiado paranoica?

En cuanto me subí a su camioneta saqué mi celular y le mandé un mensaje de texto a Bárbara rogándole que hubiera cervezas en el refrigerador. La muy perra no me lo contestó.

El trayecto a casa fue una tortura deliciosa. La música que traía era mucho más lenta, más romántica... no, no romántica. *Sensual*. Y aquello me puso a mil grados por dentro.

—Voy a encender el aire acondicionado —dijo en un semáforo en rojo al voltearme a ver—. Se ve un tanto acalorada.

“*Hijo de puta, bien que sabes por qué me siento así,*” pensé mientras le sonreía. —No, gracias, señor Chandler. De hecho, tengo algo de frío.

Él sólo asintió y regresó su atención al frente. Estaba siendo una tonta. “*¿Cómo podría saber?*”

Cuando se estacionó estuve a punto de salir de la camioneta tan rápido como fuera posible, pero el instante en que mi mano tomó la manija de la puerta él volteó a verme.

—Permíteme, por favor —dijo. Mi cerebro se quedó congelado en lo que él salió de la camioneta, rodeó el cofre, y me abrió la puerta.

Detestaba que me abrieran la puerta, pero cuando el señor Chandler lo hizo mi corazón dio un vuelco y me quedé sonriendo como pendeja mientras le tomaba la mano y salía de su camioneta.

—Le sigo, Emilia —dijo, acariciando la palma de mi mano con sus dedos un pequeño momento antes de colocar sus manos detrás de él.

—Por aquí —dije casi sin aliento. “*¡Deja de portarte como chavala de preparatoria!*” pensé.

Le abrí la puerta de mi casa y él insistió con un gesto de su mano abierta a que yo pasara primero. Algo en mí me decía que esa educación y modales eran sinceros, no intentos pedantes de quedar bien conmigo. Lo sabía porque él era así con todos en la fábrica.

Le esperé al otro lado del umbral y él pasó junto a mí. Miró alrededor de la casa. Ha de haber pensado que vivía en un chiquero. Suspiré y le seguí. Él volteó en cuanto cerré la puerta.

Le sonreí cuando pasó junto a él y me detuve bajo el arco de la entrada a la cocina —Le ofrecería algo de tomar, pero aquí no tomamos ese whisky tan lujoso que tiene en su gabinete —dije.

Bárbara salió de su habitación vestida en jeans y un suéter violeta.

—Señor Chandler, ella es mi hermana, Bárbara.

—Un placer —dijo él con una amplia y hermosa sonrisa.

Mi hermana se soltó riendo como babosa. —¡Señor Chandler, mucho gusto!

—Jerrold, por favor —dijo, estrechando la mano de Bárbara—. Tienen una casa encantadora.

—¿Ya le ofrecieron algo de tomar? —preguntó Bárbara, volteándome a ver.

El señor Chandler le siguió hacia la cocina. —Lo que sea que tengan está bien.

—Creo que sólo tenemos cerveza —dije.

—Eso estará perfecto —dijo, poniendo sus manos en las caderas y mirándome a los ojos—. No siempre tomo whisky y licor fino, sabe.

Esforcé una sonrisa y di la vuelta. Las mariposas en mi estómago nomás no paraban, y mi rostro lo sentía cada vez más caliente. “*¿Qué me*

pasa?” pensé. “*Ya basta, Emilia.*”

Saqué dos cervezas del refrigerador y nuestras manos se rozaron cuando le entregué la suya. Respiré profundo, y le di un largo y fuerte trago a mi cerveza, engullendo la mitad del contenido de la botella.

—Veo que tenía sed —dijo el señor Chandler, dando un sorbo a su cerveza.

—No puede culparme —dije, yendo hacia el comedor y sentándome en la silla junto a la cabeza de la mesa.

Él se sentó en la cabeza de la mesa. Por supuesto que lo haría. ¿Dónde más un hombre como él se sentaría en una mesa? Gruñí mientras bebía el resto de mi cerveza en otro largo trago.

—¿Qué le preocupa, Emilia? —preguntó el señor Chandler.

—No sé cómo le haré —dije—. No quiero quedarme sin coche, pero tampoco puedo pedirle a Bárbara que usemos parte del dinero ahorrado para repararlo.

—Ya le dije que yo me encargaré del costo de la reparación —dijo luego de dar otro trago pequeño a su cerveza.

Gemí mientras cruzaba mis brazos en la mesa y recargaba mi cabeza en ellos. —Señor Chandler...

—Jerrold —me corrigió, y yo alcé la cabeza cuando lo hizo—. Ya no estamos en la oficina, Emilia.

Cerré mis ojos y mordí detrás de mi labio inferior. —Usted no se rinde, ¿verdad?

—Nunca —contestó, antes de dar un sorbo lento y controlado a su cerveza.

Me levanté de un brinco. —Necesitaré otra cerveza.

Cuando abrí el refrigerador vi que las demás cervezas estaban hasta atrás. Me incliné y estiré mi brazo para poder tomar una. Saqué dos botellas, y le dejé una a Bárbara en la isla de la cocina donde estaba terminando de rociar unas hierbas en un pastel de carne.

—¿Pastel de carne, Bárbara? ¿Neta? —exclamé.

—Tú me pediste algo rico —dijo, recargándose en la isla—. No me diste mucho tiempo para prepararme. Además, sabes que me queda

delicioso.

—Yo sé, pero algo más... —dije. Di un trago a mi cerveza, y miré de reojo al señor Chandler, que estaba mirando hacia mi sala desde el comedor.

—Por cierto... —susurró Bárbara sonriendo.

—¿Qué? —me acerqué a ella.

—Tu jefe te estaba viendo las nalgas cuando agarraste las cervezas —susurró a mi oído.

Mis ojos casi se me salen de la cara. Me tomé toda la cerveza de un trago mientras Bárbara partía tres rebanadas para nosotros, riéndose para sí misma.

—Creo que le gustas —dijo, llevándose su plato y el de Jerrold al comedor.

“Bueno, dijo que el sexo entre nosotros sería un deleite,” pensé, y vi un chispazo de imagen en mi cabeza, donde mi sucia imaginación me mostró al señor Chandler acostándose en su escritorio para luego hacerme gozar.

Suspiré, moví mi cabeza de lado a lado, y fui al refrigerador por otra cerveza.

—Muchas gracias por traer a Emilia ayer y ahora —dijo Bárbara mientras Jerrold partía su pedazo de pastel y yo destapaba mi botella debajo del arco de la cocina—. Ella nunca habría pedido ayuda. Se hubiera venido en camión, o en taxi... ¡O a pie! Y quién sabe a qué hora hubiera llegado.

—¡Oye! —reclamé, sentándome frente a ella, junto a Jerrold.

—¿Qué? —dijo Bárbara— Las dos sabemos que nunca hubieras pedido ayuda. Es un milagro que hayas aceptado la del señor Chandler.

—Jerrold, por favor —dijo, enterrando su tenedor en un pedazo de pastel—. Usted no es mi empleada, Bárbara, y estamos muy lejos de mis dominios.

Bárbara se enderezó en su silla y me dio una sonrisa engreída. —Está bien, Jerrold.

Exhalé, di un trago a mi nueva cerveza, y después partí un pedazo de

pastel de carne. Cuando lo probé fue como si mi lengua tuviera un orgasmo instantáneo. Mastiqué despacio y saboreé el bocado tanto como pude. Bárbara será un fastidio, pero su comida era la más rica de todas.

Vi a Jerrold saboreando su primer bocado, y me quedé viéndolo esperando ver una reacción.

—Bárbara —dijo tras tragar—. Necesita pasarme la receta de esto para dársela al cocinero del Hotel Renacimiento. Está exquisito.

—¿De verdad?! —exclamó Bárbara.

—De verdad —dijo con una sonrisa amplia.

—No sé si Emilia le ha contado —dijo Bárbara, mirándome, y yo rogándole con la mirada que no dijera nada—. Pero queremos abrir nuestro propio restaurant.

—¿Usted cocina, Emilia? —preguntó justo cuando le daba un sorbo a mi cerveza, y casi me atraganto de la risa.

—¡Claro que sí! —exclamé con voz rasposa, luego le guiñé el ojo—. Hago el mejor sándwich del mundo.

“¡Estúpida! ¡Deja de hacerle ojitos!” pensé.

—Emilia no podría hervir agua ni para salvar su vida —dijo Bárbara.

—¡Gracias por hacerme quedar bien con mi jefe, hermana!

Jerrold rio mientras se saboreaba otro bocado. Se le veía tan tranquilo, como si de verdad estuviera en su casa.

—No, Emilia es buenísima para los números —dijo Bárbara—. Yo soy pésima administrando el dinero. Yo me encargaría de la cocina...

—Y yo de los libros —dije, terminándome la cerveza.

—¿Y cuándo abrirán su restaurant?

—Cuando juntemos el dinero —dijo Bárbara—. Por eso Emilia buscó trabajo en su fábrica.

—Ganas más conmigo que donde estabas —dijo Jerrold.

—¡Oh, fácil! —exclamé, luego volteé a ver a mi hermana— ¡Señor Chandl...! —me lanzó una mirada de reproche— ¡Jerrold! ¿Por qué no le da trabajo a Bárbara? Con todo respeto, la comida de la fábrica deja mucho que desear.

—¡Ay sí, seguramente, Emilia!

—No, Emilia —dijo Jerrold—. Tu hermana no tiene nada que hacer en la cafetería de mi fábrica. Ella estaría mucho mejor en un lugar como Caprice o Bonne Salle.

Ahora Bárbara fue la que se atragantó en su comida. —¡Qué qué! —gritó Bárbara con la sonrisa más alegre que había visto— ¡Jerrold, esos son restaurantes de cinco estrellas!

Solté una carcajada y me recargué en mi silla, mirando la alegría en el rostro de mi hermana. —Jerrold, acaba de hacerle el día a mi hermana.

—Hablo completamente en serio —dijo mientras tallaba su boca con una servilleta— ¿En dónde trabaja ahorita?

—Soy sous-chef en Allegros —dijo Bárbara.

Él negó con la cabeza. —Estás desperdiciada en ese basurero —dijo mientras sacaba de su cartera una tarjeta y la ponía en la mesa—. El dueño de Caprice es Dante Ornelas. Éste es su teléfono. Yo le hablaré mañana y le avisaré que le llamarás durante la semana para que él y su chef te entrevisten para una posición con ellos.

Bárbara se ruborizó y se echó aire a la cara. —Necesito una...

—Toma —dije entre risas, ofreciéndole mi cerveza.

—Te aclaro que no es trabajo seguro —dijo, tomando el último pedazo con su tenedor—. Sólo te conseguiré una entrevista. Dependerá de ti deslumbrarlos.

—¡Jerrold, no sé qué decir! —exclamó Bárbara, poniéndose una mano en el pecho.

—¿Por qué nos está ayudando? —pregunté, recargando mi codo en la mesa y apoyando mi mentón en mi mano.

Respiró profundo, dio un sorbo a su cerveza, y luego miró a Bárbara antes de fijar su atención en mí.

—Durante nuestros primeros años contratamos una fábrica en China que nos ofreció un precio excelente, pero la calidad fue tan pésima que muchos clientes nos exigieron la devolución de su dinero —Jerrold terminó su cerveza—. Sobra decir que la compañía estuvo a punto de ir a la quiebra.

Miró a Bárbara, y regresó su vista a mí, como si estuviera asegurándose que le estuviésemos escuchando. —El dueño del equipo de fútbol americano para el que jugué se enteró de mi pequeño tropiezo, y ofreció invertir en la siguiente tirada de cascos que fabricáramos. Nos aportó suficiente capital para mandar hacerlo en México, y desde entonces el casco táctico NYJ es uno de nuestros mejores productos. De no ser por esa inversión, Chandler Platt Protective Equipment no existiría.

—Guau —dije, sonriendo como una babosa. No tenía idea que Jerrold había sido un jugador profesional de fútbol americano. Había tanto de él que no sabía, y temía saber más.

—Un inversionista que cree en el producto puede ser la diferencia entre el éxito y el fracaso de una empresa —dijo, apoyando sus codos en la esa—. No las conozco todavía lo bastante bien para directamente invertir en su negocio, pero puedo reconocer y respetar el espíritu emprendedor de ambas, y sin duda el talento y calidad de su producto —hizo un ademán encima de su plato vacío.

—Dante Ornelas y yo compartimos esa opinión —volteó a ver a Bárbara—, y creo que él querrá tener un talento como el tuyo en su cocina, y al mismo tiempo crecerías en tu oficio, ganarías mejor dinero, y estarías un paso más cerca de tu... de *su* sueño.

Los ojos de Bárbara brillaban como cuando le regalaron su primer hornito de juguete. Cuando miré a Jerrold no quería otra cosa más que darle un beso. He de haber sonreído tanto como pude.

—No sé qué decir, Jerrold —dijo Bárbara.

—Di: Gracias —él sonrió—. De nada.

Solté una risilla y bajé la mirada. Mi rostro se calentó más de lo que el alcohol puede lograr por sí mismo, y una corriente eléctrica explotó desde mi pecho y recorrió todo mi cuerpo, haciéndome estremecer por dentro en mi asiento.

—Será mejor que me vaya —dijo, levantándose y volteando hacia Bárbara—. Muchísimas gracias por la comida. Estuvo deliciosa.

—Cuando quiera aquí tiene su casa —dijo Bárbara, luego me miró— ¿Lo acompañas en lo que recojo la mesa? —me guiñó un ojo.

Asentí mientras me ponía de pie.

No sé por qué terminé tan cerca de él, pero cuando volteé a verle la cara mis ojos se quedaron atorados en sus labios un instante pequeño. Llevé mi botella a la cocina y cuando volví él estaba estrechando la mano de Bárbara y se despedían de beso en la mejilla.

Pasé junto a él con la mirada abajo, y nomás no podía dejar de sonreír. Abrí la puerta, salí, y esperé a que pasara junto a mí para seguirlo hasta la camioneta.

—Muchas gracias por... —dijo al voltear de repente, y cuando intenté detenerme tropecé y me fui de frente, cayendo en sus brazos. —¿Está bien?

—Sí —dije entre risillas, agarrándome de sus antebrazos. Estaban tan duros y firmes, y sus manos agarraban mis antebrazos con una firmeza y seguridad que sabía él jamás me dejaría caer. No sé por qué, pero cuando pude pisar firme no me hice hacia atrás. Me quedé a centímetros de él, entre sus brazos, pasando mis dedos encima de sus antebrazos unos momentos antes de alzar la mirada.

Respiré profundo, aspirando el aroma fresco y masculino de su loción, y le miré a los ojos lo que pareció una eternidad. Apreté mis labios, perdida en su mirada, y de pronto ya no pude resistirlo más.

Me lancé hacia él, plantándole un beso que de inmediato se tornó demasiado apasionado demasiado pronto. Sus manos soltaron mis brazos, y me tomó de las caderas con una firmeza que me sacaron un gemido de anhelo por él, y mi cuerpo pedía a gritos ser explorado por sus dedos.

Di un salto hacia atrás, y mis labios tenían un hormigueo delicioso que pronto abarcó todo mi cuerpo.

—Lo siento, lo siento —dije, cubriendo mi rostro—. No debí... Yo...

—No se preocupe —dijo al quitarme una mano del rostro, para luego tomarla en la suya y apretarla—. Podemos atribuirlo al exceso de alcohol.

Asentí rápido y me solté riendo. —No puedo creer que hice eso.

Jerrold sonrió, luego acercó mi mano a su rostro y le dio un beso al dorso. —Hasta mañana, Emilia —dijo, casi susurrando.

—Hasta mañana... Jerrold —dije, todavía tratando de recuperar mi aliento.

Fui incapaz de borrar esa tonta sonrisa de mi rostro mientras él subía a

su camioneta y se iba. “¡Por qué! ¡Por qué! ¡Por qué!” pensé para mí misma mientras me cubría la cara al voltear luego que Jerrold se fue. Mi corazón estaba a mil por hora, y temí que si sonreía más me fuera a causar un calambre en las mejillas.

Respiré profundo, al fin tranquilizándome un poco. ¡Dios! ¡No me había dado cuenta cuánto me hacía falta ese beso que Jerrold me dio! A decir verdad, nunca me había emocionado ni... excitado tanto con un simple beso. Las chispas que sentí, la electricidad que explotó por todo mi cuerpo. Mis rodillas se tambalearon con cada paso que daba hacia mi puerta.

Bárbara estaba ahí con una sonrisa gigantesca. Cuando le vi ella arqueó sus cejas y juntó sus manos abiertas frente a su pecho. —¿Y bien? —preguntó.

—¿Y bien qué? —negué con la cabeza.

—¿Cómo que qué? —exclamó— ¡Lo besaste!

—¡Con un carajo! —grité, metiendo mis manos entre mi cabello y caminando en círculos frente a Bárbara.

—Te dije que le gustabas —dijo con una expresión petulante.

—¿Cómo se me ocurre? —exclamé— ¡Es mi jefe, Bárbara!

—Tu jefe que quiere contigo —dijo mi queridísima hermana.

Volteé a verla. ¡Cómo quería golpearla en ese momento!

—Hola chicas —dijo la voz de Adriano detrás de mí.

—¡Hey! —exclamé, dando la vuelta y saludándolo de beso en la mejilla.

—¿Quién era el tipo que te estabas comiendo? —preguntó con una sonrisa.

Gruñí y entré a la casa haciendo a Bárbara a un lado de un empujón.

—¿Qué dije? —preguntó Adriano mientras yo me iba a encerrar a mi habitación.

Capítulo 12.

Emilia

Sus manos tomaron fuerte mis piernas, alzándome encima de su escritorio como si no pesara ni un kilo. Me abrió la blusa de un tirón y enterró su rostro en mis pechos, sacándome un gemido que no me importó quién de la oficina nos escuchara.

Jerrold alzó la vista y miró a mis ojos al meter su mano bajo mi falda. —Emilia —dijo con una mueca traviesa.

—Señor Chandler —dije, extasiada, anticipándome al contacto de su mano con mi sexo.

—Emilia —gimió, tocándome y frotándome de tal manera que todo mi ser vibró ante sus dedos, como si supiera justo el lugar y cómo volverme esclava del gigantesco placer al que me estaba sometiendo.

—¡Oh, señor Chandler! —grité, metiendo mi mano bajo mi falda y aferrándome a la muñeca de su mano traviesa mientras me hacía explotar como nunca.

—¡Emilia! —volvió a decir, con un tono mucho más femenino.

Salí de mi sueño estremeciéndome bajo mis sábanas. Bárbara estaba bajo el marco de mi puerta.

—¿Qué? —grité, cubriendo mi rostro con mi almohada.

—Tu alarma lleva sonando como diez minutos —dijo. Al quitar mi almohada la vi apuntando a mi celular sobre la mesita de noche—. Ya levántate.

Alcé la vista, vi la hora, y salté de la cama tan rápido que no sé cómo no me tropecé. Me bañé y vestí en tiempo récord. Para cuando llegué a la cocina Bárbara ya estaba sirviéndome unos gofres para desayunar.

—Buenos días —dijo con una sonrisa. Ella todavía estaba en sus pijamas. Jamás entenderé cómo es que se puede levantar desde temprano tan fresca si se acuesta hasta la madrugada—. ¿Dormiste bien?

—Bastante —dije con la boca un tanto llena—. Esas cervecitas me cayeron muy bien anoche.

—Ajá —dijo, inclinándose en la mesa y mirándome a los ojos—. ¿Sólo las cervecitas te cayeron bien anoche?

Alcé una ceja y seguí masticando mi comida. —Sí —dije.

—Emilia, estabas gimiendo el nombre de Jerrold ahorita que te desperté —dijo antes de darle un trago a su café.

Casi me atraganto al escuchar eso. Gruñí y bajé mi cabeza hasta tocar mi frente con la mesa. —¿Cómo puedo ir a trabajar y verle a la cara, Bárbara?

—No sé, pero tu profesionalismo será puesto a prueba el día de hoy, hermanita —dijo al darme una palmada en el hombro e irse a su cuarto a dormir otro rato.

Suspiré resignada antes de ir a la parada del camión. En todo el camino a la planta no podía sacarme a Jerrold de la cabeza. Está bien que todos mis novios habían sido mayores que yo, pero nunca tanto, aunque él se veía muchísimo mejor que todos. Tenía tanto dinero que regalaba siete millones a una caridad, cuando yo a duras penas cargo siete pesos para comprar un refresco.

Me comparé con las mujeres que he visto acompañarlo en las fotos. Supermodelos, estrellas de Hollywood, bombones como Jocelyn. “¿Yo cómo podría competir con eso?” pensé.

Además, es el trabajo mejor pagado que había conseguido, y arriesgarlo por una aventura... No, no, no. No veía cómo aquello podía terminar bien para mí.

Pero ese beso...

Llegué a Chandler Platt, y rumbo a mi escritorio me sentí como si hubiera vuelto a la preparatoria, a ese primer día después de que el chico que me gustaba me había pedido ser su novia. Trataba de no soltarme riendo de los nervios ni de la alegría, y mi pulso se aceleró más y más conforme me acercaba a la oficina de Jerrold... Digo, del señor Chandler.

Como lo esperaba, él ya estaba adentro. Entré y él estaba sentado en la orilla de su escritorio, mirando hacia el horizonte.

—Buenos días, señor Chandler —le saludé.

Él volteó. —Cierra la puerta, Emilia —me pidió con un tono neutral que no esperaba de él.

Cerré la puerta y me quedé mirándola unos momentos, tomando valor para decirle lo que necesitaba decirle.

—Señor Chandler —dije, volteando hacia él. Seguía sentado en la orilla del escritorio, mirándome, fijando su atención en mis piernas unos momentos, para luego quedárase viendo a los ojos. Si así me sentía nerviosa, ahora más.

—Buenos días, Emilia —dijo con toda tranquilidad.

—Deje le traigo su café, señor Chandler —dije, caminando hacia el escritorio, fijando mi vista en su taza con el temor de que si veía a sus ojos cedería a la tentación.

Y ahora no tendría el alcohol en mi sistema para echarle la culpa.

Él se levantó y se puso en mi camino, y yo me detuve. —El café puede esperar, Emilia.

—Señor Chandler —dije, a punto de tener un ataque cardiaco de la emoción de tenerlo a centímetros de mí.

—Deja de decirme *señor Chandler* —dijo, acercándose todavía más a mí.

—¿Qué está haciendo? —pregunté, perdiendo más aliento con cada centímetro que se acercaba.

Pero no dijo nada. Levanté la vista, pero no pude pasar de sus labios hipnóticos. Mi piel ardía de deseo, y mis manos rogaban aferrarse de algo, de preferencia de sus fuertes y varoniles brazos. Aspiré el aroma de su loción y le rogué con la mirada que pusiera fin a mi sufrimiento.

Acercó su rostro al mío, y luché con todas mis fuerzas contra el impulso de alzar mi mentón y darle la bienvenida a su boca con la mía. Fracasé miserablemente, pues su aliento escapó de su boca con un suspiro que llenó la mía del mismo sabor exquisito que me dejó estúpida la noche anterior.

Saboreé su lengua cuando sus labios tocaron los míos, y cerré mis ojos cuando mi cuerpo se entregó por completo al momento. De no ser por sus manos en mis caderas me habría colapsado.

Alcancé a sacar fuerzas cuando mi pasión tuvo un momento de debilidad. —Por favor, deténgase —le rogué, dejando el beso y presionando mi frente en su mentón.

No nos dijimos una palabra. Han de haber pasado unos instantes, aunque se sintió eterno el esperar a que él dijera algo.

Me soltó, se enderezó, y caminó hacia el centro de su oficina con su mano en la boca. Yo pude respirar profundo y apaciguar mi corazón y mis entrañas.

—Debo pedirle una disculpa, señor Chand...

—Jerrold, Emilia —me corrigió, volteando hacia mí.

—*Señor Chandler* —dije—. Debo pedirle una disculpa por mi comportamiento de anoche... Y el de ahorita —suspiré sonriendo—. No debí hacerlo, y me arrepiento mucho de haberlo hecho.

Él alzó sus cejas. —Es una lástima —dijo sin desaparecer la mueca traviesa de sus labios que sólo lograba que le deseara besar todavía más—. Sus besos son magníficos.

“*Hijo de puta,*” pensé, luchando contra todo deseo en mí de lanzarme encima de él. —Ha sido muy bueno —dije, sintiendo mi rostro encenderse—. Pero no sería profesional que nosotros nos involucráramos. Pienso que lo mejor es que ambos olvidemos que sucedió y continuemos siendo empleada y patrón.

Se quedó viéndome unos instantes. —¿Muy bueno? —preguntó— ¿Sólo ha sido *muy bueno* para usted?

No pude evitar reírme. Sacudí mi cabeza y logré recuperar la compostura. —Sí, fue *muy bueno*.

No podía leer su rostro. No sabía si deseaba besarme otra vez, o me desnudaba el alma con su intensísima mirada, o si estaba a punto de despedirme. Al fin, le vi sonreír.

—Está bien.

—¿Está bien? —pregunté confundida.

Él se acercó a mí, y yo me paralicé, anticipándome que intentara besarme de nuevo, y esa vez no sé si podría, o quisiera, evitarlo.

—Olvidaremos el asunto.

Respiré de alivio. —Gracias, *señor Chandler*.

—Sólo que hay un detalle, Emilia —dijo, bajando la cara, pero sin quitarme los ojos de los míos—. Tu coche no estará listo hasta mañana.

Quizá hasta el lunes. Tendré que llevarte a casa de nuevo —dijo con una sonrisa.

Una pedrada a la cabeza me hubiera provocado menor conmoción. — Está bien, señor Chandler, puedo pedir un taxi.

Él se acercó a mí, y me atravesó con la mirada. —No harás tal cosa.

Sonreí incrédula, y de pronto me encontré a mí misma tomándole la mano, y entrelazando sus dedos con los míos.

—Usted dijo que...

—Yo no soy quien le tomó la mano al otro —susurró.

Quitó mi mano y di un paso hacia atrás, sin darme cuenta de lo cerca que estaba su escritorio que golpeé mi trasero con la esquina. —Está bien —dije, resignada—. No tomaré un taxi.

—Bien —dijo, luego pasó junto a mí y se sentó en su escritorio—. ¿Le encargo mi café, Emilia?

Volteé con una sonrisa en el rostro. —Enseguida, señor Chand... — arqueó su ceja, y yo mordí mi labio inferior—. Jerrold. Enseguida, Jerrold.

No sé cómo fue posible que mi día se fuera tan rápido como lo hizo. Hasta tratar con la maniaca de Jocelyn no me provocó menor problema, pues cada que pillaba a Jerrold mirándome de esa forma, como si estuviera desnudándome y haciéndome el amor en su mente, mis pensamientos se volvían deliciosas fantasías y mi cuerpo mostraba señales de que estaba dispuesta a satisfacerle sus deseos.

De a poco estaba convenciéndome de hacer lo que juré no haría: Meterme con mi jefe. ¿Pues cómo podía resistirme a él si parecía que él tampoco podía resistirse a mí? En mi vida me había sentido tan deseada.

Cuando subimos a su camioneta me senté de lado, mirándolo de frente todo el camino. Mi rodilla alcanzaba a rozar su mano en la palanca de cambios, y cada que lo hacía volteábamos a vernos pues un chispazo de electricidad parecía aumentar las ganas que nos teníamos.

Llegamos a casa al momento ideal, pues otro rato más y me habría arrancado la blusa y ofrecido a él con tal de socavar mis ganas de él.

—¿Está Bárbara? —preguntó, y yo bien sabía por qué preguntaba.

—Sí —dije entre risas—. ¿Quiere... *quieres* tomar una cerveza, Jerrold?

—Me encantaría, Emilia.

Entramos a casa y de pronto Adriano salió de un brinco de la cocina.

—¡Hey tú! —exclamó al vernos entrar.

—¡Hey! —saludé, acercándome a darle un beso en la mejilla antes de voltear hacia Jerrold— Él es...

—Adriano Ramirez —dijo Jerrold, estrechando la mano de mi amigo.

—¿Se conocen? —preguntó Bárbara desde la cocina, compartiendo mi confusión.

—Vi tu pelea contra Pavel Jimenez —dijo Jerrold, poniendo su mano en el hombro de Adriano—. La forma en que conectaste ese gancho tras esquivar su jab fue impresionante. Con razón quedó noqueado.

—¡Al fin alguien en esta casa aprecia lo que hago! —exclamó Adriano — Tú debes ser Jerrold. Bárbara estaba contándome de ti. Mucho gusto. ¿Eres aficionado del box?

—Uno de los mejores recuerdos que tengo de mi padre son de cuando pasaba los sábados en la noche acompañándolo en el bar donde trabajaba y veíamos las peleas —dijo Jerrold con una cálida sonrisa en su rostro—. Las noches de peleas de título se ponían de locura, y le ayudaba a mi padre a lavar vasos o a sacar la basura para que él no tuviera que abandonar la barra.

—¿Qué edad tenías? —pregunté.

—Habré tenido unos doce —dijo—. Mi padre duró toda mi secundaria y mi primer año de preparatoria trabajando en ese bar.

—¿Y qué hacía un niño en un bar? —preguntó Bárbara— ¿Que no podían meterse en problemas por ello?

Jerrold rio. —Mi papá le dijo una vez a un policía que preguntó lo mismo: preferible que estuviera ahí adentro lavando platos y haciendo tarea, en lugar de en la calle con alguna pandilla, y el policía estuvo de acuerdo.

Pude ver en su expresión que era un recuerdo muy atesorado por él.

—¿Has sido novio de Bárbara mucho tiempo? —preguntó Jerrold a

Adriano.

Solté una carcajada que casi me hace orinarme mientras que Bárbara y Adriano se miraban como si se les hubiera aparecido un fantasma.

—¡No! —exclamó Bárbara— ¿Adriano y yo? ¡Nunca!

—¿Por qué no? —preguntó Jerrold— Hacen bonita pareja.

Adriano se rascó la cabeza. —Bueno, no sé qué opine Emilia de que salga con su hermana.

Todavía reía cuando Adriano dijo eso. —Por mí no hay problema —dije—. Ya son como uña y mugre ustedes dos, no me sorprendería en lo más mínimo.

La sonrisota en el rostro de Adriano le hacía verse todavía más como niño. —Emilia y yo somos mejores amigos —dijo—, y no quisiera que las cosas se pusieran raras entre nosotros si soy novio de su hermana.

—Entonces sí hay interés de ustedes dos —dijo Jerrold con una sonrisa.

—¡Acabo de recordar que necesito irme a bañar! —dijo Adriano, estrechando la mano de Jerrold— Un gusto conocerte, hermano.

—Yo también debo irme —dijo Jerrold.

—¿No te quedas a cenar? —preguntó Bárbara.

—No —dije—. Él tiene una cena con el Alcalde.

—Me quedaría si pudiera —dijo Jerrold antes de despedirse de Bárbara.

—Te acompaño para que no te regreses —le dije, y él esperó a que saliera yo primero.

Cuando llegamos a su camioneta volteé, y antes de que dijera algo Jerrold me tomó de la cintura y plantó el beso que me moría que me diera todo el día. Gemí de lo delicioso que sabía, y restregué mi cuerpo contra el suyo mientras sus fuertes manos subían por mi espalda y me pegaban más a él.

—Lo lamento —dijo cuando al fin pudimos dejarnos de besar—. No pude resistir otro momento sin...

—Lo sé —dije, tocando sus labios con mi frente—. Vete ya, no dejes esperando al alcalde.

Él rio, y luego se metió en su camioneta rápido mientras yo seguía mirando el suelo. Volteé a verlo, y él me indicó con el dedo que me acercara mientras bajaba la ventana y arrancaba el vehículo.

Me acerqué hechizada por su mirada, absorbida por su pasión, y no necesitó decirme nada para que yo supiera que deseaba saborear mis labios una vez más.

No me opuse, y nos besamos unos largos instantes.

—Hasta mañana, Emilia —susurró.

—Hasta mañana —di un paso atrás, y se le notaba en el rostro que le costó mucho trabajo poner el motor en marcha e irse.

Me solté riendo. “*Necesito una ducha helada,*” pensé.

Capítulo 13.

Jerrold

Viernes por la tarde, y ya se notaban los matices naranjas del sol acercándose al poniente. Mi corazón estaba inquieto, y mi mente se rehusaba a soltar el pensamiento de Emilia.

Recordaba sus besos y un hormigueo asaltaba mis labios. Su risa, su mirada, su pasión, ella era la dueña absoluta de mis pensamientos, y cada vez me costaba más trabajo hacerla a un lado en mi cabeza para poderme concentrar.

Aquello no era simple lujuria. Necesitaba de Emilia en mi vida.

“Por Dios, hombre,” me dije a mí mismo con una sonrisa incrédula ante tal pensamiento.

Vi la hora y como un niño pequeño vino a mí la emoción de lo que se había vuelto mi parte favorita del día en aquella semana. Apagué mi computadora, me eché el saco al hombro, y fui al marco de mi puerta donde me recargué y miré a la hermosa bruja que me había hechizado.

Ella tenía sus auriculares puestos mientras tecleaba a una velocidad sobrehumana. Yo apenas y podía escribir con mis índices y mirando el teclado. Mi ortografía era perfecta, pero una tortuga escribía mucho más rápido que yo.

Me acerqué y vi que estaba transcribiendo el audio de una reunión que tuve aquel día con Gus y el personal de ingeniería.

Estaba tan concentrada, parecía que no se había dado cuenta que estaba ahí. Respiré y su perfume dulce asaltó mi olfato, y un torbellino de emociones me abrumó por dentro. Miré su nuca y algo en mí me empujaba a bajar a darle un beso en ese lugar.

Pero sabía que aquello desataría su ira. Estábamos demasiado a la vista, y ella no parecía estar cómoda con muestras públicas de afecto. No todavía, y conociéndola puede que nunca lo esté.

Me senté en las sillas frente a su escritorio, y fijé mi vista en su rostro serio, decidido, y bajé por sus mejillas hacia su cuello delgado, perfecto. Cuando llegué a la curvatura en la unión de su cuello con su torso

imaginé el sabor de esa crema de aroma a almendras que usaba.

Seguí la apertura de su blusa beige hasta el primer botón abierto, y alcancé a ver una pizca de su brasier blanco. Quedé hipnotizado por su escote de más discreto, su piel cremosa, suave, perfecta, y me permití fantasear lo que se sentiría deslizar mis manos y mi lengua ahí adentro, y masajear sus...

—¿Sí, señor Chandler? —me preguntó, sacándome de mi trance.

Le lancé una mirada. —*Jerrold*, Emilia —le corregí.

Ella me lanzó una sonrisa coqueta de boca abierta, e inclinó su cabeza un poco a un lado. —¿Necesita algo, *señor Chandler*?

Moví mi cabeza horizontalmente. —¿Ya estás lista?

Sus mejillas se tornaron rojizas mientras bajaba la mirada. Quizá se dio cuenta que estaba inmerso en mi deseo por ella. No tenía caso ocultarlo. Nuestros besos delataban mis intenciones tanto como se podía.

—No —dijo—. Me falta un poco.

—Puedes terminar el lunes.

Ella negó con la cabeza. —*Señor Chandler* —lo hacía a propósito para volverme loco, lo sabía—, usted me dijo que necesitaba esta transcripción lista para estudiar las propuestas este fin de semana y tomar una decisión el lunes.

—Y yo digo, como tu jefe, que puede terminar esa transcripción el lunes —dije, inclinándome en su escritorio.

—Y *yo digo* —Emilia bajó la cabeza sin quitar su mirada de mis ojos— que, siendo su secretaria, es mi obligación terminar las tareas que me encargue en su momento.

—Emilia, ya no necesitas dejar satisfecho a tu jefe —dije sonriendo, y luego le guiñé el ojo—. Ya haces eso con creces.

Ella mordió su labio inferior y sus ojos brillaron un tanto más de lo normal. Nos quedamos viendo unos momentos, en los cuales su energía entraba por mis ojos y llenaba mi interior de una calidez y un magnetismo tal que casi me levanto, la beso, la cargo, y la hago mía en el sillón de mi oficina.

Reí un poco y caminé a la puerta de mi oficina, decidido a esperarla

adentro en la comodidad de mi escritorio, lejos de la tentación de verla sin hacer nada. A veces había que saber escoger las batallas que peleamos.

—Ya terminé —escuché a Emilia decir en cuanto pasé el umbral.

Volteé y le vi lanzándome una sonrisa juguetona combinada con una mirada que brillaba de seducción. —Estás jugando un juego muy peligroso, Emilia —dije, apuntándole mi índice mientras sonreía.

Ella arqueó sus cejas y amplió su sonrisa al ponerse de pie. Tomó su bolso y se paró frente a mí. —¿Nos vamos?

Fuimos a mi camioneta, y cuando salimos del estacionamiento Emilia se sentó de lado y no dejaba de mirarme.

—¿Alcanzaremos a Bárbara? Quiero felicitarla —dije—. Oí de Dante Ornelas, y le encantó la actitud y la sazón de tu hermana. Va a ofrecerle trabajo.

—Eso es excelente —dijo Emilia, recargando el costado de su cabeza contra el respaldo del asiento—. Pero no, ella ya debe estar camino al trabajo. Seremos sólo tú y yo.

Reí. —Bueno, entonces comprobaré al fin si de verdad haces el mejor sándwich del mundo.

—No me hago responsable si te intoxicas —dijo sonriendo.

Llegamos a su casa y ambos teníamos una sonrisa en nuestro rostro. No le había preguntado, pero cuando no bajó de la camioneta cuando estacioné frente a su casa sabía por su mirada que quería que le hiciera compañía.

Bajé y sentí los mismos nervios que cuando tuve mi primer beso, y cuando tuve mi primera cita. Estando con ella me sentía como si fuera un muchacho de nuevo.

Rodeé el cofre para abrirle la puerta, y cuando alcé la mirada ella tenía una expresión de horror mirando detrás de mí.

Una mano se aferró a mi hombro y el claro filo de una navaja presionó sin acuchillarme la espalda baja.

—Tranquilo, patrón —dijo la voz detrás de mí.

Miré a Emilia, y moví mi cabeza de lado a lado, rogándole con la mirada que no saliera de la camioneta.

Dos hombres pasaron a mi lado. No sabía quiénes eran, pero conocía su tipo: Pandilleros. Había lidiado con ellos toda mi niñez, adolescencia, y juventud en Chicago. Intuía por su mirada que no eran asesinos, pero tampoco era la primera vez que asaltaban a alguien. Quizá nunca habían disparado las calibre treinta y ocho metidas dentro de la cintura de sus pantalones.

Pero no por eso les debía dar motivos. —Con calma, caballeros —dije, alzando mis manos abiertas—. Mi cartera está en el bolsillo de mi saco. Adentro encontrarán novecientos dólares y una tarjeta de débito con un balance de catorce mil. Les daré mi palabra que no la reportaré perdida hasta el lunes, pero llévenselo y dejen a la señorita dentro de la camioneta en paz.

—¿Y si también queremos la camioneta, *ese*? —dijo uno de los pandilleros frente a mí, sacando su arma y apuntándola a mi sien.

Volteé a ver a Emilia. Tenía su boca cubierta y sus ojos dejaban escapar un par de lágrimas.

—Pueden llevársela —dije, alzando el mentón—. Pero mi condición es la misma: dejen en paz a la señorita.

—¿Este pendejo cree que puede decirnos qué hacer? —dijo riéndose el tercer pandillero. Él se acercó y me tomó el brazo izquierdo y bajó la manga de mi traje, dejando a la vista mi reloj de oro— ¿Rólex? También nos llevamos este.

—Caballeros —dije, guardando tanta calma como podía—, ya se llevarán una camioneta del año, una tarjeta con catorce mil dólares, y novecientos en efectivo. Seguramente un reloj de imitación no...

—¡Tú no das las órdenes aquí, *ese*! —dijo el pandillero apuntándome a la sien con su pistola—. Nos llevamos *todo*.

Respiré profundo, y le miré a los ojos a ambos pandilleros frente a mí, luego comprobé que el filo del cuchillo seguía presionando contra mi espalda.

Entonces me lancé hacia enfrente, estrellando mi cabeza contra el tabique del pistolero antes de que se disparara y me volara los sesos.

Giré rápido y tomé la mano que sostenía el cuchillo, la torcí, le arrebaté el arma, y, sin pensarlo, la enterré en su hombro.

Vi al tercer pandillero, que estaba a punto de sacar su pistola. Elevé mi rodilla y la estrellé en su ingle al mismo tiempo que desviaba su arma hacia abajo, y su pistola se disparó contra su muslo. Cuando se encorvó por el dolor ya tenía mi puño impactándose en su quijada.

Volví mi atención al sujeto que me amenazó con la pistola, y vi que la había soltado y estaba a mis pies. La tomé y apunté hacia él al mismo tiempo que caminaba hacia la puerta de la camioneta.

Emilia salió y me abrazó, temblorosa.

—Entra a tu casa —le ordené.

Pero estaba aferrada demasiado fuerte a mi cuello. Al alejarla como pude noté que estaba llorando.

—Ve —dije, mirándola a los ojos—. Estoy bien. Iré en un rato.

No dijo nada antes de irse. Continué con el revolver apuntado hacia quien me amenazó, que tenía sus manos abiertas a la vista mientras la sangre le chorreaba de la nariz, y los otros dos se aferraban a sus heridas todavía tirados en el suelo.

—Pongan sus armas y sus carteras en el suelo, si son tan amables —hicieron caso, luego miré al sujeto al que le había arrebatado la pistola.

—Tú tienes la nariz rota, tu amigo tiene un cuchillo serrado enterrado en el hombro, y tu otro amigo tiene un balazo sin herida de salida. Te sugiero que les ayudes a levantarse —jalé el percusor de la pistola, y los tres se estremecieron— y vayan a buscar atención médica antes de que decida que el mundo sería un lugar mejor sin ustedes en él.

—Eres hombre muerto —amenazó el pandillero.

—Mañana entregaré sus carteras a un buen amigo mío cuyos talentos con un arma exceden los míos —apunté el índice de mi otra mano al rostro del sujeto—. Si vuelvo a ser asaltado o si mi compañera sufre alguna consecuencia de lo que les hice él se asegurará de encontrarlos a ustedes y a sus familias, y los desaparecerá de la faz de la tierra —apreté mi agarre de la pistola cuando la apunté hacia ellos—. Ahora piérdanse.

No les tomó mucho tiempo levantarse e irse tan rápido como podían. Tomé las tres armas y carteras, y las arrojé bajo el asiento de mi camioneta. Me desharía de ellas más tarde.

Cuando fui hacia la casa de Emilia ella estaba esperándome con los

brazos cruzados afuera de su puerta.

—Te dije que esperaras adentro.

—Cállate y pasa —dijo, bajando la mirada y entrando.

Capítulo 14.

Emilia

Cómo quería desmoronarme en ese momento. “¿Qué hubiera hecho si lo apuñalaban o peor?” pensé al quedarme mirando hacia el sillón de mi sala cuando escuché la puerta cerrarse detrás de mí. Le sentí detrás de mí, y cuando puso su mano encima de mi hombro me di vuelta y me le quedé viendo.

—¿Estás bien? —preguntó.

Dejé escapar una risa burlona. —¿Que si yo estoy bien? —le vi apretar sus labios, y pasé mi ojo por todo su cuerpo— Yo no soy a quien le tuvieron a punta de pistola.

Noté la manga izquierda de su saco. Le tomé el brazo y, al alzarlo, vi que tenía una rasgadura y una cortada fea debajo.

—¿No te duele? —pregunté, sintiendo mis labios temblorosos.

—Honestamente no me di cuenta cuándo me corté —dijo, como si no fuera nada.

Me estremecí. —Siéntate ahí —dije, apuntando al sillón individual.

Fui corriendo a la cocina, agarré un puño de servilletas, y regresé con él. Las puse en su herida, tomé su otra mano, y la puse encima de ellas.

—Hay que llevarte al hospital a que te revisen —dije.

Él abrió y cerró su mano izquierda. —Es sólo un rasguño.

—¡Un rasguño! —exclamé, presionando la herida, esperando hacerlo sufrir un poco por estúpido. Nada, ni siquiera se inmutó su rostro.

—¿Tienes alcohol? —preguntó.

—Sí.

—Ve por él —dijo—. Con eso podemos limpiar la herida. Si necesito puntadas iré al hospital.

Me puse de pie. —Quítate el saco y camisa. Por ahí debo tener una camisa que Adriano dejó en una borrachera. Creo que son de la misma medida.

Algo dijo, pero no lo escuché. Fui rápido a mi habitación por las cosas. Me quité mis zapatos mientras buscaba el botiquín y una camisa de Adriano.

Al volver y verle desnudo de la cintura para arriba la temperatura en mi cuerpo repuntó hasta niveles que hacía tanto no sentía. Tanto que por poco y olvido lo asustada y enojada que me encontraba con él.

Ya había visto una foto suya en traje de baño, pero verle esos pectorales y abdominales cincelados en vivo era otro cantar. Las fotos podían retocarse, pero la perfección que tenía enfrente era imposible de falsificar.

Sus pectorales gruesos y llenos de vellos lucían tan varoniles, y al sentarme frente a él pude ver un par de cicatrices circulares en su hombro derecho.

Él lo notó. —Heridas de bala, de cuando estuve en los marines —dijo mientras me sentaba en la mesita frente a él.

—Dame tu brazo —le dije, y él hizo caso. Le tallé con un algodón empapado en alcohol. Era una cortada muy pequeña, apenas un rasguño. Quién sabe por qué había sangrado tanto.

—Tendrás que llevar tu ropa a la tintorería —dije, poniendo el algodón junto a mí—. La sangre es muy difícil de quitar.

—Estás molesta.

Me detuve y le miré al rostro. —Fuiste un gigantesco estúpido, ¿lo sabías?

Él sonrió. —Cuidado cómo me hablas. Sigo siendo tu jefe.

—¡Me vale una rechingada si eres el pinche Papa! —grité— ¿Qué estabas pensando? ¿Por un —levanté la muñeca con su rólex— reloj viejo y desgastado? ¿Cuánto podría costarte uno nuevo?

Jerrold respiró profundo, luego se quitó el reloj y lo puso en mi mano. —Lee la inscripción debajo de la maquinaria.

Negué con la cabeza y leí: —Que nunca te digan que no.

—Mi padre me regaló este reloj antes de que me enlistara en los marines —dijo, quitándose el reloj y leyendo él mismo la inscripción—. Fue la última vez que lo vi con vida.

Cómo quería que la tierra me tragara en ese momento. —Lo siento, no sabía.

—No es algo que comparta con cualquiera —dijo, dejando el reloj junto al algodón—. Él tenía dinero ahorrado para mandarme a la universidad, pero como me enlisté usó el dinero para comprarme el reloj más lujoso que había en la tienda de empeño a la vuelta de la casa, y dejó el resto del dinero en una cuenta de ahorro para cuando volviera.

—Suenas como un papá genial —dijo, dejando que me tomara las manos.

—El mejor —dijo con una sonrisa cálida—. Él se esforzó tanto por sacarnos adelante a mis hermanos y a mí cuando mi madre lo dejó —su voz se quebró un poco.

Él miró hacia arriba y parpadeo rápido. —Lo siento —le dije.

Él soltó una leve risa. —Nunca le había platicado esto a nadie —tomó su reloj en su mano—. Ni Gus ni Trevor saben por qué no uso un reloj más nuevo. Ni siquiera es un Rólex original. No vale ni veinte dólares.

Gus y Trevor eran sus amigos más íntimos, y que yo supiera algo que ellos no me hizo sentir más unida a Jerrold, como si estuviera viendo un lado de él que yo, y sólo yo, había podido ver.

—No sé por qué contigo siento que puedo confiarte esto —dijo, dejando el reloj de nuevo en la mesa, y poniendo su mano encima de mi rodilla.

Apreté mi agarre de su otra mano y le sonreí. —Fue bastante increíble cómo te defendiste —dije—. No eres un superhéroe como Batman, ¿verdad?

Él rio. —Sólo cada tercer martes del mes —acarició con su índice el dorso de mi muñeca.

—Bueno —dijo, deslizando mi mano abierta sobre su antebrazo, y bajando mi mirada—. Escuché cómo les insististe que no me hicieran nada.

—No iba a permitir que nada te pasara, Emilia.

Mi corazón dio un brinco al escucharlo decir eso. —Nunca me habían defendido así.

—Eso me parece difícil de creer.

Alzó la mirada, y nos quedamos viendo a los ojos por largos, y deliciosos instantes. Cada célula de mi cuerpo rogaba que me lanzara hacia él, rogaba por el calor que su cuerpo emanaba desde donde estaba sentado, rogaba por ceder ante el tirón del irresistible magnetismo que despedía en ese momento.

—Deja llevo —tomé y levanté el algodón a la altura de mi rostro y sonreír— esto a... Ahí vengo.

Me puse de pie, pero al dar la vuelta mis rodillas me traicionaron y cedieron, haciéndome perder el equilibrio y caer en el regazo de Jerrold.

Él me atrapó antes de irme por completo de espaldas, y me encontré en sus brazos fuertes pegada a su torso desnudo, cincelado, y ardiente.

—Cuidado —dijo, casi como un susurro.

Nuestros rostros estaban más cerca que nunca. Podía aspirar el aroma de su loción y éste me embriagaba más con cada respiro. La mano con la que sostuvo mi cintura la bajó hasta mis caderas, y una energía maravillosa explotó dentro de mi pecho y se filtró hacia mis entrañas.

Pasé despacio mis manos alrededor de su cuello, y mis caderas se movieron en círculos por puro instinto al percibir la evidente excitación de Jerrold debajo de mis pompas.

Bajó su mirada a mis labios, y yo a los suyos. “*¿Acaso sabrá que estoy igual de prendida que él, si no es que más?*” pensé, lamiéndome los labios.

Le vi respirar profundo, y presionó un poco más sus dedos sobre mi cuerpo, como si estuviera por arrancarme la ropa, y yo deseaba que lo hiciera. Mi corazón palpitaba tan fuerte que estaba por darme un infarto de la emoción si él no hacía algo para saciar mi deseo, que estaba acercándose a niveles imposibles de tolerar.

Fue como si pudiera leerme la mente. Me tomó de las caderas y me dejó guiar por sus manos, levantándose de su regazo, sólo para volverme a sentar encima de él, esta vez con mis piernas abiertas y mirándolo de frente. En lo que él deslizaba sus manos sobre mi cintura y las subía por mis costados, yo levanté mi falda para poder restregar con mayor comodidad mi entrepierna contra la suya.

Parecía que su alma conectaba con la mía por la energía despedida en

su mirada. Sus ojos brillaban, y podía ver en ellos que me deseaba tanto como yo a él. Tomé sus manos y le guie una hacia mi nalga, y la otra hacia mis pechos.

Cerré mis ojos y gemí cuando él apretó y masajé con una tranquilidad y sensualidad que me volvieron loca. Mis caderas se restregaban contra él con mayor intensidad, y casi juraba que el bulto contra el que presionaba se volvía más y más grande.

Jerrold gruñó, y estrelló sus labios contra los míos, y liberé algo más de la emoción y lujuria que me atormentaban. Él se apuró a quitarme la blusa, y en cuanto su calor tocó la piel desnuda de mi abdomen solté un suspiro de desahogo.

De pronto me tomó de las nalgas con una firmeza gloriosa, y se levantó conmigo aferrándome a su ser y saboreando sus labios y lengua como si fueran mi último bocado en esta vida.

Caminó alrededor de la mesita de mi sala y me bajó junto al sofá largo. No me di cuenta en qué momento me desabrochó el brasier, pero éste cayó al suelo en cuando mis pies tocaron tierra.

Mis manos se fueron directo a su cinturón, y las suyas a mi falda. Maldije la torpeza de mis dedos, pues sus manos expertas me tuvieron en bragas cuando yo seguía batallando con su maldito cinturón.

Él dejó de besarme un momento, y yo aproveché para bajarme las bragas mientras él se desabrochaba su maldito cinturón y se desnudaba ante mí.

No pude evitar sonreír al verle desnudo. Decir que era perfecto en todos los aspectos no le hubiera hecho justicia.

Él se acercó y volvió a levantarme como si nada. Se sentó en el sofá mientras yo me abrazaba de sus caderas con mis piernas y terminaba encima de él. Sus manos se aferraron a la piel desnuda de mis pompas y apretaron delicioso cuando le dirigí dentro de mí.

Grité y gemí mientras él me hacía suya. Me saboreaba el cuello y yo enterraba mis uñas en sus pectorales cuando el placer de nuestros cuerpos fusionados se volvió muchísimo más de lo que alguna vez había experimentado.

Él se levantó de su asiento sin salirse de mí, me recostó en el sofá, y se enderezó para luego colocar mis piernas sobre su hombro derecho.

Todas y cada una de sus embestidas parecían detonarme una ola de orgasmos que me llevaron al borde de la conciencia. ¡Dios, si hubiera sabido que Jerrold era tan magnífico amante...!

Era suya en ese momento, y todo mi ser vibraba al son de los movimientos del hombre dueño de mi sueldo, y ahora amo y señor de mi cuerpo.

Restregué mis caderas hacia él, y Jerrold aceleró sus embestidas, llevándome a un nivel aún mayor del éxtasis. Sus gemidos y gruñidos se aceleraron, y los espasmos que sentía de su miembro me hacían saber que estaba por venirse.

Cuando su calidez inundó mi interior yo también exploté. Pensé que el grito se escucharía hasta la esquina, ¡pero me importó un carajo! Era tanto deseo acumulado. ¡Claro que en ese momento iba a dejarlo salir todo!

Íbamos a dejarlo salir todo.

Jerrold colapsó junto a mí en el sofá, y yo me acurruqué en sus brazos mientras me abrazaba. Ambos todavía temblábamos del increíble orgasmo que habíamos tenido.

Él aspiró al pegar su rostro a mi cabello, para luego darme unos besitos en la frente. —He querido hacer eso desde que te contraté —me susurró.

Yo reí. —Hubiera sido un primer día muy interesante —dije, girándome y recargando mi espalda contra él, y restregando mi culo contra sus pelvis. Rodeó mi minúsculo cuerpo con sus brazos. Emanaba un calor delicioso, y parecía que seguíamos sudando a pesar de que el abanico de la sala estaba a toda potencia.

—¿Jerrold?

—¿Sí, Emilia?

—¿Te parece si nos vamos a mi habitación? —dije con una sonrisa.

—Aquí estamos bien, ¿no te parece?

—Quizá tú sí, pero yo estoy en la orilla y creo que me voy a caer.

Él apretó su abrazo. —Eso no pasará.

Me acurruqué contra él unos instantes, pero luego me zafé de su agarre

y me puse de pie. —Ándale, vente —dije—. No vaya a llegar Bárbara y nos vea.

Él sonrió y me tomó la mano. —Lo que usted diga, señorita Salazar —dijo, antes de darme una ligera nalgada.

Pegué un brinquito, y me he de haber puesto colorada. Jerrold se levantó, y le guie hasta mi habitación.

Capítulo 15.

Emilia

Cuando la luz del sol golpeó mi rostro a la siguiente mañana las sábanas todavía estaban húmedas de mi sudor y del de Jerrold.

Sonreí cuando caí en cuenta que seguía en los brazos de aquel hombre. Estaba tan profundamente dormido. Parecía piedra. Me le quedé viendo respirar unos instantes y sonreí cuando caí en cuenta que no roncaba.

“*Ay, gracias a Dios,*” pensé.

Estaba renovada. Había dormido mucho mejor que nunca. De por sí la noche anterior había tenido el mejor sexo de mi vida, en mis sueños continuó la faena sexual. Algo había despertado en mí ese hombre que parecía que ni en sueños podría saciar mi hambre de su cuerpo.

Suspiré y recordé lo que soñaba antes de despertar: Yo, con las piernas abiertas, y él saboreándome completita.

Tocaron a mi puerta, y de reojo vi en el reloj que ya casi eran las nueve de la mañana. Me levanté y miré a Jerrold en todo su magnífico esplendor. Tenía la sábana cubriéndole su cintura, y parecía una carpa de circo. Mordí mi labio y di una miradita debajo. Se me hizo agua la boca, y estuve a punto de ceder cuando escuché otra llamada a mi puerta.

Me cubrí con mi almohada antes de abrirla un poco.

—¿Qué quieres? —pregunté susurrando a Bárbara.

—¿Con quién estás? —preguntó Bárbara con esa sonrisa de entrometida.

“*¡Mierda!*” pensé, de pronto más despierta que después de tomar diez tazas de café.

—¿Jerrold? —preguntó Bárbara con una sonrisa creciente.

—¡Cállate! —exclamé.

Entonces le escuchamos gruñir, y Bárbara se asomó un poco. —¡Oh por Dios! ¡¿Todo eso te comiste anoche?!

Le azoté la puerta en la cara. Jerrold se sentó y yo dejé caer la

almohada. —Lo siento, no quise despertarte.

—Está bien —dijo después de bostezar, luego me tomó la mano y me acercó para abrazarse de mi cadera y darle unas lamidas a mi abdomen que me encendieron al instante—. Ven aquí —dijo, bajando sus manos a mis nalgas.

—¡Jerrold! —exclamé, entonces sentí su aliento contra mi vientre, y mis rodillas perdieron fuerza— Jerrold —gemí, metiendo mis manos entre su cabello para luego empujarme lejos de él—. No, basta, pórtate bien.

Él arqueó una ceja y sonrió. —Bárbara ya se despertó y... te vio —dije.

—Invítala a pasar —dijo encogiéndose de hombros.

—¡Cerdo! —exclamé, arrojándole mi almohada y riéndome.

—Está bien —dijo, luego buscó con la vista por toda mi habitación—. ¿Dónde está mi ropa?

—Ahí te la traigo —dije. Saqué unos jeans y una blusa, y me vestí mientras Jerrold se acostaba sobre su costado y se me quedaba viendo—. Deja de verme así.

—¿Verte cómo?

—Como si quisieras hacerme el amor.

—Pero sí quiero hacerte el amor —dijo.

Suspiré al voltearlo a ver, y salí de la habitación antes de que la tentación se volviera demasiado para resistir.

Fui a la sala, vi la ropa de Jerrold bien dobladita sobre el descansabrazo del sofá.

—¿La lavaste? —pregunté al percibir el aroma del suavizante de tela.

—¡No la iba a dejar ahí toda ensangrentada! —contestó Bárbara desde la cocina— ¿Qué pasó, por cierto?

—Lo intentaron asaltar cuando me dejó —extendí la ropa y la revisé.

—¿Intentaron?

—Sí —dije, tomando la camisa—. Estoy bastante segura que Jerrold pudo matarlos si se lo hubiera propuesto.

—¡Vaya! —exclamó— Así que estás cogiéndote a Batman.

Me solté riendo mientras revisaba las mangas de la camisa. —¿Cómo rayos le quitaste las manchas de sangre? —exclamé.

—Adriano viene a que le ayude con su ropa ensangrentada cuando tiene sesiones de sparring, ¿crees que no sé cómo quitar manchas de sangre de la ropa? —dijo, luego me apuntó con la espátula en su mano—. Apúrense a desayunar. Estoy preparando omelettes.

Le llevé su ropa a Jerrold. Ahora me tocó a mí sentarme en la cama y verlo vestirse. No se puso su camisa de vestir. Optó por ponerse la playera de Adriano que le había llevado la noche anterior. Se veía tan ardiente con pantalón de vestir, zapatos boleados, y una playera de un grupo de rock de esos que le gustaba escuchar a Adriano.

Salimos y nos sentamos en el comedor en silencio mientras Bárbara seguía en la cocina. Jerrold volteaba a verme y me entraban ganas de desnudarme para él y que me hiciera el amor por todo el día. Ese hombre había despertado a la bestia en mí, y tenía el presentimiento que era más que capaz de saciarla.

—Buenos días, Jerrold —gritó Bárbara, y yo sólo me cubrí el rostro de la vergüenza.

—Huele delicioso, Bárbara —dijo—. Nunca decepcionas.

—¿Y qué plan tienen para el día de hoy, tortolitos? —preguntó mi hermana al darle su plato a Jerrold y a mí.

—Te voy a dar, Bárbara —le amenacé.

—De hecho —dijo Jerrold, partiendo su omelette con su tenedor antes de mirarme— ¿Alguna vez has ido a una gala de recaudación de fondos?

—¿Una qué? —exclamé anonadada.

Bárbara soltó una carcajada. —No, nunca ha ido a una —dijo recargándose como niña chiquita en la mesa.

—Perfecto, serás mi cita esta noche —dijo antes de mirarme a los ojos con una sonrisa confiada mientras masticaba su comida.

—Yo... —me quedé de a cuatro— No tengo nada qué ponerme.

—Eso no es problema —dijo—. Ahorita mientras te bañas y cambias me voy a dar una ducha, y regreso por ti para llevarte de compras.

—¡Espera, espera! —exclamé, forzándome a tragar un pedazo de omelette a medio masticar— ¿Nunca te detuviste a pensar si tengo planes?

—No los tienes —dijo Bárbara, apoyándose en su mano mientras se deleitaba en el apuro de su hermana.

—¡Cállate, Bárbara! —exclamé entre risas.

—Sabes bien que no tomo un “no” como respuesta, Emilia —dijo Jerrold.

¿Qué otra me quedaba más que acceder?

Fiel a su palabra, al cabo de un par de horas Jerrold regresó por mí y nos fuimos de compras. Él traía una camisa con las mangas enrolladas y cuatro botones abiertos de la parte de arriba, presumiendo un poco los inicios de sus pectorales de ensueño. Los jeans que se puso le quedaban a la medida, luciendo un par de glúteos que no podía más que voltearlos a ver a cada oportunidad.

Y luego decían que los hombres eran unos sucios, pero era incapaz de admirar con irresistible deseo el cuerpo de Jerrold. Ese hombre me había vuelto una zorra pervertida por él, al menos ese día.

Me llevó a una tienda de vestidos carísimos y salimos de ahí con un vestido largo de hombros descubiertos, sin mangas, y de corte asimétrico color negro. Él insistió en verme con él puesto, pero la vendedora no se lo permitió.

—Para no arruinarte la sorpresa, cariño —le dijo bien coqueta.

Saliendo de ahí me llevó a comprar unos zapatos de diseñador que en mi santa vida habría tenido el dinero para comprar por mí misma.

Cuando me regresó a mi casa Bárbara había salido, y él no esperó a que le invitara a pasar.

Entramos y me puso contra la pared, y sin quitarme su mirada llena de pasión y lujuria de mis ojos llenos de deseo me desabrochó el pantalón y lo bajó lo suficiente para tocarme ahí y hacerme estremecer.

—Te deseo tanto, Emilia —dijo.

No contuve mis gemidos, no tenía que contenerme con él, y sin duda no contuve mis manos para bajarle su pantalón y darle el mismo placer que me estaba dando. Y justo cuando mis rodillas se sacudieron del delicioso

orgasmo que me sacó él me volteó, me puso contra la pared, y entró en mis húmedas profundidades una y otra vez.

Tuvo que agarrarme fuerte de la cadera, pues mis rodillas no podían sostenerme por todo el gozo que estaba propinándome. Le pedía más, y él me daba tanto como era humanamente posible, que era muchísimo más de lo que había recibido hasta ese momento en mi vida.

Cuando me llenó de su calidez exploté fuerte y él gruñó contra mi oído, anunciando que ambos nos habíamos corrido al mismo tiempo.

Nos quedamos de pie unos momentos, luego él tomó mi mano y caminó hacia mi habitación.

—No, señor, no no no no no —le dije riendo apenas recuperando mi aliento—. Tú te necesitas ir a cambiar —dije, haciendo mi mejor esfuerzo por no ceder ante la embriagante tentación de más besos, más caricias, y más de su virilidad.

Jerrold suspiró y asintió. —No me voy, me estás corriendo —dijo con una mueca sensual.

Se subió su pantalón mientras yo le observaba con mis bragas y pantalón a las rodillas. Me froté la entrepierna mientras lo veía, y él no podía dejar de verme.

—No hagas eso —dijo— Es muy difícil concentrarme en vestirme cuando estás tocándote y tentándome.

Arqué mis cejas y le guiñé un ojo. —¿Por qué crees que lo hago?

Él rio y me dio un beso que se robó mi aliento.

El tiempo voló. Mientras me bañaba y arreglaba fantaseé cómo sería pasar una velada al lado de aquel hombre que acababa de adueñarse de mis pensamientos y mis emociones más primitivas.

Me miré al espejo y algo en mí me decía que era un sueño, que en cualquier momento despertaría. Me pregunté cómo un hombre como Jerrold, pudiendo llevar a una modelo, o alguna actriz famosa de compañera, deseaba estar acompañado de su humilde secretaria.

“¿Acaso sería su secretaria esta noche?” me pregunté.

Cuando abrí la puerta luego de que tocaron casi me desmayo al ver lo increíble que se veía mi cita de aquella noche: Jerrold parecía un agente

secreto con el smoking negro que traía. Si lucía increíble con un traje de negocios, con smoking me dejaba sin aliento. Estaba segura que sería la mujer más envidiada aquella noche.

Sonrió, y sus ojos brillaron al verme. Bajé la mirada y pasé mi cabello detrás de mi oreja al caminar hacia él. —Me veo tonta, ¿verdad?

—No sería la palabra que usaría —dijo, tomándome la mano.

—¿Qué palabra usarías? —pregunté, animándome a mirarle a los ojos.

Nos quedamos viendo menos de un momento en lo que él respiraba profundo. —No creo que exista una palabra para describir la magnitud de tu belleza, Emilia.

Me lancé hacia él y le planté un beso lleno de calidez y pasión que él me correspondió de tal manera que mi pecho se llenó de un delicioso ardor que se expandió por todo mi cuerpo y me hizo sentir completa a su lado.

Él tomó mi mano y salimos a la limosina que nos esperaba afuera de mi casa.

Rumbo al salón de eventos donde sería la gala Jerrold sacó una caja aterciopelada color rojo que al abrirla vi que traía un collar de diamantes precioso con un par de aretes que le hacían juego.

—Jerrold —dije con la mano en el pecho al verme en mi espejo de mano mientras él me colocaba el collar—. Parecen que tienen luz propia.

—No —susurró a mi oído—. Sólo reflejan tu hermosura.

—No sabía que fueras tan cursi —dije, recargándome contra él mientras me abrazaba.

—Bueno, no podía ser así en la oficina, ¿no crees?

—No lo sé —dije—. Eres el jefe, después de todo.

—No esta noche —dijo—. Esta noche sólo soy Jerrold para ti, y tú sólo eres Emilia para mí.

Capítulo 16.

Emilia

Había pasado frente al enorme Museo de Historia de Ciudad del Sol varias veces mientras manejaba a través del centro de la ciudad, incluso cuando iban a dar algún evento de lujo como galas de la ciudad o ceremonias cívicas de algún tipo.

Pero era muy distinto llegar en una limosina y salir al enceguecedor destello de las cámaras de la prensa tomándole fotos a todos los invitados.

Era intimidante, pero Jerrold en ningún momento se inmutó ante la experiencia, y siempre me tuvo de la cintura cerca de él, asegurándose que estuviera bien en el corto trayecto de la salida de la limosina hacia los escalones que daban hacia el gigantesco portón de madera abierto, a través del cual la cantidad de fotógrafos estaba disminuida drásticamente.

—Guau —dije para mí misma al entrar.

El museo era un viejo castillo restaurado de los tiempos coloniales. Había visto los anuncios en la televisión y en el internet sobre las exposiciones de arte local, la historia de Ciudad del Sol, y la ocasional exposición de tiempo limitado. Se veía bonito en la televisión, pero entrar bajo ese enorme techo iluminado por elegantes candelabros, y ver todas las armaduras pulidas adornando el gran salón tras la entrada al museo me hacía pensar que quizá había viajado en el tiempo y estaba entrando a la fortaleza de un gran señor feudal en tiempos de la colonia.

De la mano de mi galante caballero, por supuesto.

—¡Jerrold! —exclamó un señor de avanzada edad en cuanto entramos. Él y su pareja se acercaron y saludaron con muchísima emoción a mi acompañante— Qué gusto que hayas venido.

—David, Julia, ella es mi pareja, Emilia —dijo, colocando una mano tras mi espalda y guiándome hasta su lado.

—¡Mucho gusto! —exclamé, estrechando la mano de ambos.

—Con su permiso —dijo Jerrold, tomándome la mano mientras nos alejábamos de aquella pareja.

—¿Así que soy tu pareja esta noche? —le pregunté, tomando una copa de lo que supuse era champán de un mesero que pasó junto a nosotros.

—Hubiera pensado que eso estaba de más decirlo —dijo con una sonrisa, observándome mientras daba un sorbo.

—¿Y eso significa que somos... —arqueé mis cejas y sonreí— novios? Él rio. —¿Acaso estamos en la preparatoria, Emilia?

—Bueno, dime si mal interpreté las cosas —dije, sosteniendo la copa frente a mí sin quitarle la mirada a los ojos, que él parecía no resistir el impulso de mirarme el escote, lo cual me hacía pensar que le urgía desvestirme, y aquello detonó mi propia urgencia de tenerlo desnudo para mí solita.

—No, no lo hiciste —dijo, acercándose de la cintura y dándome un beso que me dejó al borde de desmayarme—. Pero me veré muy juvenil presentándote como mi novia, ¿no te parece?

—Pensé que no te importaba lo que la gente opinaba —dije, pasando mi índice encima de sus labios.

—¡Jerrold! —exclamaron detrás de mí. Al voltear vi a Trevor acercarse con los brazos abiertos. Mi pareja me soltó y recibió a su amigo con un abrazo.

—Buenas noches, Trevor —le saludé.

Él se me quedó viendo con la boca abierta unos instantes. —¿Emilia?! —exclamó antes de darme un beso en la mejilla— ¡Cariño, eres la segunda mujer más hermosa aquí adentro! —dijo, luego tomó mi mano y besó el dorso, poniéndome en mil tonalidades de rojo.

—Más te vale que digas que yo soy la más hermosa —dijo Gus, acercándose detrás de su marido, dándole un pellizco en el brazo.

No le hubiera discutido eso. La señorita Platt lucía espectacular con aquel vestido azul cielo ajustado a su menuda figura. Tenía su cabello agarrado en un rodete perfecto, y había cambiado sus lentes gigantes por unos de contacto.

—No me digas que la trajiste a tomar notas —exclamó Trevor, apuntando su dedo hacia Jerrold.

—No —dijo Jerrold, tomándome la mano—. Viene como mi novia —

dijo sin titubear ni un instante.

Trevor apretó sus labios y alzó sus cejas mientras que Gus se soltaba riendo. —Felicidades, tórtolos —dijo Trevor con una amplia sonrisa.

—Ya me las olía que iban a terminar juntos —dijo Gus, luego ella puso su mano en el pecho de Jerrold—. Por cierto, cariño, ¿dónde está el Alcalde?

Los cuatro miramos alrededor del salón, y cuando lo ubiqué volteé hacia Jerrold, pero él también ya lo había visto. —Allá está —dijo, alzando el mentón en aquella dirección—. Quisiera que nos quitemos el pendiente de encima antes de disfrutar la velada, ¿les parece?

—¿Cuál pendiente? —pregunté extrañada.

—Un asunto de negocios que debemos tratar hoy, Emilia —dijo Jerrold—. Vamos a convencer al Alcalde de que escuche una propuesta que tenemos para el cuerpo policiaco.

—Vayan ustedes —dijo Trevor, tomándome del brazo—. Yo me aseguro que la señorita esté bien acompañada y no se aburra de sus palabrerías políticas.

—No quieres ir y quieres compañía, ¿verdad? —preguntó Gus con ojos entrecerrados.

—Mi cielo, sabes que la venta no es lo mío —dijo con el tono más chiple del mundo.

—¿No te molesta hacerle compañía a este gigantesco bebé? —me preguntó Jerrold poniéndome una mano en mi hombro— Será sólo unos minutos. Después de eso... —acercó su rostro a mi oído—. Soy todo tuyo el resto de la noche.

Sonreí y le acaricié el rostro. —No te tardes.

Jerrold y Gus se tomaron del brazo y caminaron con absoluta confianza hacia el Alcalde de Ciudad del Sol.

—¿Has visto los jardines? —dijo Trevor, extendiendo su mano hacia una puerta abierta algunos metros detrás de nosotros.

—Nunca en toda mi vida había venido a este lugar —dije entre risas.

Tomé del brazo a Trevor y caminamos hacia la salida al patio del castillo que había sido remodelado en un gran jardín lleno de rosales,

pinos, y otros árboles y plantas de flores hermosas que no conocía, pero apreciaba la belleza de sus colores.

En medio del jardín había una fuente de dos mujeres bañándose debajo del chorro de agua que se elevaba a un par de metros del suelo. Era hermosa, el rocío del agua creaba un arcoíris cuando la luz de los proyectores que iluminaban el jardín impactaba contra las estatuas.

—Gus y yo venimos aquí cada que tenemos oportunidad —dijo Trevor, mirando alrededor—. Jerrold mandó traer esa fuente de España y la donó al museo, sabes.

—No vas a darme la plática de “si lastimas a mi amigo te las verás conmigo”, ¿verdad?

Trevor soltó una carcajada. —Para nada, Emilia —dijo, mirándome con esa sonrisa gigantesca que tanto adoraba de él—. Es refrescante verlo así. Es la primera vez que mira a una mujer como te mira a ti, déjame decirte. Ni siquiera a sus ex esposas las llegó a ver con ese brillo en su mirada.

Mi corazón ardió de emoción con esas palabras. —Bueno, yo... —dije, incapaz de encontrar más qué decir, pero creo que mi rostro sonrojado y sonrisa evidente eran más que prueba suficiente de lo que sentía en aquel momento.

—¿Me disculpas un momentito? —dijo, inclinándose hacia mí— Llamado de la naturaleza —susurró entre risas.

—¡Ve, no vayas a hacerte pipí aquí! —le dije, empujándolo jugando.

Trevor se fue con ese brinquito de alegría en su andar que le caracterizaba con la urgencia añadida de no hacerse encima. Miré por el jardín y caminé alrededor de la fuente, apreciando de cerca todas las flores y absorbiendo los aromas que me rodeaban.

Encontré un rosal que capturó mi atención. En mi vida había visto rosas más bellas. Me acerqué, aspiré su aroma, y no quedaba convencida que no estuviera en un sueño. Me vi tentada a pincharme el dedo con tal de comprobar que no estuviera dormida.

—Son hermosas, ¿verdad? —preguntó una mujer detrás de mí.

Al voltear quedé estupefacta al ver a Jocelyn ahí, luciendo un vestido rojo carmesí, con un escote pronunciado adornado por un collar de

brillantes. Tenía su melena suelta y ondulada, y su mirada estaba fija en mí como si estuviera a punto de lanzarme rayos láser con ellos.

—Buenas noches, Jocelyn —dije con una sonrisa educada mientras le miraba de pies a cabeza—. Te ves muy bien.

—Creo que entre las dos seremos protagonistas de casi todas las fantasías de los hombres en esta gala, Emilia —dijo con una mueca relajada—. No sé tú, pero a mí me encanta saber que otro hombre me mira con lujuria mientras está con su pareja. Me da una sensación de poder que ni todo el dinero del mundo podría comprar.

—No sabría —le dije, haciéndome más chica a su lado.

—Deberías —dijo, volteándome a ver, luego inclinó su cabeza hacia el jardín— ¿No me digas que no te has fijado en las miradas de todos los hombres de este lugar? —sonreí y bajé la mirada—. No te culpo que no dijeras nada al respecto. Después de todo, tienes la atención del hombre más deseado de todo el lugar. ¿Quién más aquí podría ser mejor partido que nuestro querido Jerrold?

No tenía caso ocultarle nada. De seguro nos había visto en el rato que habíamos llegado. —Espero no haya resentimientos entre nosotras... Jocelyn —dije, cuidando bien en decir despacio mis palabras. Ya había bastante enemistad entre nosotras en la oficina—. Sé que tienes historia con él, y no quiero...

—Voy a detenerte antes de que quedes como una tonta, Emilia —interrumpió, levantando su mano abierta hacia mí—. No estoy celosa, ni te guardo ningún tipo de resentimiento por haber seducido a Jerrold —dijo con una sonrisa—. Lo que sabes es sólo chisme de oficina, pero quiero que sepas que lo mío con Jerrold fue sólo sexo. Nada más. *Obviamente* no hay mujer en el mundo que no quisiera a nuestro Jerrold como su pareja, incluida yo, pero jamás aspiré a algo que nunca podría ser, aunque disfruté cada momento con él.

Ella rio mientras yo me moría por dentro. No tenía palabras para describir el enojo que brotó en mi interior al escucharla decir esas palabras tan...

—Guardo muy bellos recuerdos de mis momentos con él —Jocelyn pasó su mano encima de su cadera—. Este vestido, por ejemplo, fue un regalo suyo. Tiene excelente gusto, ¿no te parece?

“¿Él se lo compró?” pensé al tragar saliva. No sé por qué tenía la idea que había sido un momento especial cuando me llevó a comprar mi vestido, y aquella ilusión se quebró al darme cuenta que no había sido la primera mujer a la que él mimaba así. Me reproche en mis adentros por atreverme a pensar aquello.

—Pero no tienes por qué sentirte celosa ni sentirte menos especial, Emilia —dijo Jocelyn, como si pudiera leer mi mente—. Él es tuyo *esta noche* —encogió los hombros—, y eso es lo que cuenta —miró hacia adentro del salón, y hacia a Jerrold y a Gus todavía hablando con el Alcalde—. Aunque, claro está, ¿por cuánto tiempo seguirá siendo tuyo? —dijo, antes de alejarse.

Giré y me quedé viendo el rosal, tratando de pensar en otra cosa que no fueran las palabras de Jocelyn. “¿Acaso era sólo otra conquista para Jerrold?” pensé.

—¡Emilia! —me llamaron. Al voltear comprobé que era Jerrold, seguido de cerca de Gus y el Alcalde de Ciudad del Sol.

—Buenas noches —saludé, estrechando la mano del Alcalde.

—Roberto, ella es Emilia Salazar —dijo Jerrold con lo que me pareció ser enorme orgullo—. Mi novia.

—Bueno, si pudo asegurar el amor de nuestro querido Jerrold, señorita Emilia, usted debe ser una mujer extraordinaria —dijo el Alcalde, besándome el dorso de la mano.

Y así de fácil desaparecieron todas las dudas y pensamientos tontos que había estado teniendo hace unos momentos.

—Roberto, no encontrarás mujer como ella en ningún lado —dijo Jerrold, tomándome de la cintura.

Capítulo 17.

Jerrold

¡Cómo me costó trabajo dejar a Emilia en su casa el domingo por la tarde luego de una noche y mañana tan maravillosa con ella! Si fuera decisión mía ella y yo jamás abandonaríamos mi penthouse, y me la llevaría a un lugar lejos donde no hubiera otra alma humana a kilómetros de distancia, donde el día se nos iría en comida, música, y sexo desenfrenado.

La capacidad de placer entre nosotros no era como nada que hubiera tenido hasta ese momento en mi vida. Solía pensar que el mejor sexo de mi vida ya lo había tenido, ¡pero qué equivocado estaba! No podía comparar a Emilia con mis anteriores amantes porque no sería justo para ellas.

Con Emilia decir que teníamos sexo era decir poco. Era más que eso.

Y aquella posibilidad ocupó mis pensamientos el lunes por la mañana cuando llegué a la oficina una hora antes de que ella llegara. Después de mi último divorcio no me quedaron ganas de comprometerme otra vez, pero no deseaba estar con otra mujer que no fuera Emilia.

Detestaba las situaciones complicadas en mi vida personal, y sin darme cuenta acababa de caer en una con mi propia secretaria. Debía controlarme, al menos ahí en el trabajo, ¿pero ¿cómo? ¿cómo podía controlarme si el aroma de su perfume recién aplicado secuestraba mis pensamientos al instante que entraba por mis fosas nasales?

Sobé mi mentón mientras me asomaba por la puerta de mi oficina, y comprobé que, en efecto, Emilia acababa de llegar. ¿Acaso imaginaba cosas o traía la falda un poco más arriba de lo normal? Admiré cómo su vestido se ajustaba a su exquisita figura. Sólo quería arrancárselo y mordisquear sus muslos, y enterrar mi rostro entre sus piernas una vez más.

Respiré profundo. Debía controlarme.

—Buenos días, querida —dije.

Ella sonrió. —Buenos días, *señor Chandler*.

Moví mi cabeza horizontalmente, resignado a sus juegos coquetos.

—Entra, por favor —le dije antes de caminar hacia mi escritorio. Volteé cuando escuché sus tacones pisar el suelo de mi oficina—. Cierra la puerta, Emilia.

Ella bajó la cabeza y sonrió coquetamente. —Señor Chandler, no creo que eso sea una buena idea.

Me acerqué a ella, y la sentí tensarse como lo hacía cada que estaba por tomarla y no parar hasta hacerla gritar de placer. —¿Acaso ha cambiado algo de ayer a hoy?

Ella levantó la mirada, y me contuve de comerme sus labios. —Ahora estamos en la oficina —dijo.

—¿Piensas que no te regañaré igual que a cualquier empleado si cometes un error? —ella rio, y yo no pude más que sonreír ante su risa coqueta y sus ojos que estaba convencido me rogaban que le regalara el placer que nos dimos tantas veces durante el fin de semana—. Deberíamos hablar al respecto.

—O podríamos hacer de cuenta que este fin de semana nunca pasó y podríamos seguir siendo patrón y empleada —dijo, mordiéndose el labio y dejando sus manos encima de mi pecho—. Todo fue maravilloso, pero sería mal visto por todos si se enteran que te estás acostando con tu secretaria.

—Ya deberías saber que me importa un comino lo que piense la gente —le dije, tomándola de los hombros—. Te diré lo que quiero, Emilia: Quiero besarte de nuevo, tomarte de nuevo, hacerte gritar de nuevo. Si no aquí, en tu casa, o en mi penthouse, o en el puñetero coche, dónde sea.

La tomé de la cintura, y bajé mis manos a sus nalgas y las apreté, sacándole un escalofrío y un ligero gemido con ojos entrecerrados. —Y que se entere quien se entere —dije—. Eres mi novia, después de todo.

Ella tomó mis manos y las quitó de su cuerpo para luego alejarse con el rostro ruborizado y mordiéndose el labio.

—Aquí no —dijo con una mueca traviesa—. Cuando me lleves a casa en la tarde hablaremos.

—Bien —dije, asintiendo—. Volvamos al trabajo, entonces. Necesito que vayas con Gus para que organicen la demostración para la Alcaldía.

Ella te dará los detalles.

—¿Quieres tu café cuando regrese? —preguntó.

—Eso nunca —dije, acercándome de nuevo—. Mi café primero, luego un beso tuyo, y *entonces* te vas con Gus.

Ella arqueó una ceja. —¿El beso no puede ser primero? —preguntó con la sonrisa más amplia y hermosa que podía darme.

—Eres buena negociando —dije antes de darle un largo beso. Justo cuando estaba entrando en calor ella se separa y sale huyendo de mi oficina riendo.

Cuando lo hizo caminé hacia mi escritorio y saqué un delgado collar de oro con un dije de unas palomas que le había comprado la noche anterior.

A los poco minutos ella entró a la oficina con mi taza en la mano, y yo levanté mi mano con el collar. —Espero te guste.

Su boca se quedó abierta de la sorpresa mientras dejaba mi taza en el escritorio. Le tomé de la cadera, giré, y le puse el collar mientras contemplaba su nuca, donde acomodé un largo beso cuando le terminé de poner el collar.

—Me encanta —dijo sin aliento—. Pero deja de hacer eso.

—¿Por qué habría de hacerlo? —dije, sacando la punta de mi lengua y saboreando la piel de su nuca, trazando el camino hacia su espalda.

—¡Jerrold! —exclamó con tono juguetón, dando un paso enfrente y dando una pirueta—. Contrólate, por favor.

Solté una carcajada, y me acerqué a ella dispuesto a robarle un beso más, pero entonces Emilia abrió sus ojos como si hubiera recordado algo. —¡Ah! —exclamó— Olvidé decirte ahorita. Cuando llegué el guardia me dijo que había una persona preguntando por ti en recepción. Decía que era tu hermano.

—No puede ser. Mis hermanos ni siquiera están en la ciudad —dije—. Háblales y diles que le pidan a esa persona que se retire.

—Okey.

Regresé a mi escritorio. Apenas había abierto un correo electrónico cuando sonó el teléfono. El identificador mostraba el nombre de Emilia.

—¿Sí, querida? —dije con una sonrisa, logrando mi cometido de sacarle una risa.

—Acabo de hablar con recepción, y dicen que la persona ahí mostró una identificación y que se llama Isaac Chandler.

Todo pensamiento en mi cabeza se detuvo al escuchar el nombre de uno de mis hermanos encarcelados. Colgué el teléfono y fui al escritorio de Emilia. —Mis hermanos, Isaac y Terry, están sirviendo una sentencia de veinte años en prisión. No es posible que estén aquí.

—¿De verdad? —exclamó sorprendida—. Sólo te repetí lo que me dijeron en recepción.

—Comunicámelos, por favor.

Ella marcó la extensión y me pasó el auricular.

—Habla Jerrold Chandler. Comuníqueme con la persona que dice ser Isaac Chandler, por favor.

—Sí, señor —dijo la recepcionista.

Esperé unos momentos.

—¿Calaveras? —dijo una voz rasposa y burlona que me erizó los vellos de mi nuca.

—Isaac —dije. Era la única persona que me llamaba por mi apodo de la secundaria.

—¿Qué pasa contigo, hermanito? ¿Así tratan a tu familia en tu empresa? Ni un vasito de agua me han ofrecido.

Respiré profundo. —Pásame a la recepcionista, Isaac.

—¿Sí? —dijo la recepcionista.

—Dígale al guardia que escolte a esa persona a mi oficina, por favor.

—Sí, señor.

Colgué el teléfono y me quedé viendo al espacio. ¿Cómo demonios estaba fuera? Se suponía que le faltaban otros veinte años a su sentencia.

—¿Estás bien? —preguntó Emilia, preocupada.

Asentí despacio. —Sí, querida.

Regresé a mi oficina y me quedé mirando por la ventana hasta que

llegó el guardia de recepción escoltando a mi hermano.

—¡Calaveras! —exclamó Isaac al entrar. Venía bien vestido, con jeans limpios y una camisa a cuadros de manga corta desfajada. Traía el cabello largo desaliñado, y su rostro cuadrado estaba bien rasurado. Los tatuajes en sus brazos y antebrazos eran nuevos, de seguro se los había hecho en prisión. Parecía un motociclista fornido, rebelde y peligroso.

—Cierre la puerta y espere afuera, por favor —le ordené al guardia.

—¿Ni un abrazo para tu querido...? —dijo Isaac con los brazos levantados y caminando hacia mí.

—¿Te escapaste de la cárcel, Isaac? —le pregunté, poniendo mi mano abierta sobre su pecho impidiendo que avanzara más.

Él resopló con una mueca burlona. —Siempre tan cariñoso, Jerrold —dijo, dando la vuelta y sentándose en el sofá junto a la puerta—. No, no me escapé. Estoy *legalmente* fuera del sistema de justicia... No gracias a tu ayuda, por cierto.

Crucé mis brazos y me recargué contra el filo de mi escritorio. —Para eso estabas llamándome la semana pasada —dije—. Para decirme que ibas a salir.

—Deberías contestar tu teléfono, hermanito.

—¿Cómo, Isaac? —pregunté, mirándolo a los ojos.

—No soy un genio tecnológico, pero todos los teléfonos tienen un botoncito para contestar las llamadas —dijo con una mueca burlona.

—No te hagas el tonto conmigo.

—Tu sentido del humor sigue igual —dijo—. Cuando estuve moviendo droga conocí al Poderoso en persona. Es...

—Sé quién es el Poderoso —le interrumpí—. Su organización es el mayor distribuidor de heroína en Chicago. Según sé la policía no sabe quién es.

—Bueno, yo lo conocí antes de que se volviera jefe, así que le ayudé a los federales a identificarlo a cambio de mi libertad adelantada —explicó con un aire de genialidad que me hizo retorcer el estómago.

Entrecerré mis ojos y le atravesé con la mirada. —¿Acaso la prisión te volvió más estúpido, Isaac?

Él negó con la cabeza. —Sabes, no sé por qué pensé que mi hermanito menor estaría feliz de que estuviera fuera del bote.

—Isaac, si estás aquí significa que no estás en el programa de protección a testigos, y si es así quiere decir que los cárteles o a quien sea que hayas hecho encabronar te pueden localizar —le regañé—. Ellos no olvidan quienes le joden el negocio, ¿que no aprendiste eso cuando trabajaste para ellos?

—Tú no cambias, Jerrold —exclamó, poniéndose de pie— ¿Por qué asumes que soy un tonto? Tengo las cosas bien pensadas —apuntó con su índice a su sien—. Claro que sé que los cárteles pondrán un precio en mi cabeza. Caray, de seguro ya lo hicieron.

Me sobé la frente. —Quiero pensar que estás aquí para despedirte y que vas a entrar al programa de protección de testigos.

—No necesito entrar al programa de protección de testigos —dijo, a lo que gruñí—. Pero sí necesito algo de dinero para desaparecer.

—Por supuesto... —dije tratando de aguantar la risa.

—Sólo cien mil dólares, Jerrold. Eso es cambio de bolsillo para ti. De seguro tienes esa cantidad en tu caja fuerte,

—No —dije sin pensar.

—Bueno, creo que con cincuenta mil podría...

—Esto no es una negociación, Isaac —dije, enderezándome y caminando hacia él—. No recibirás dinero de mí. Tú te metiste en este problema, tú salte de él.

—Hermano —puso sus manos en mis hombros—, por favor. Ni que fuera a pedírselos a Janine. Tienes billones en el banco, Jerrold, ¿qué son cien mil miserables dólares para ti si pueden salvarle la vida a tu hermano mayor?

—¿Y después qué, Isaac? —dije, quitando sus manos de mis hombros— ¿Qué harás cuando despilfarres ese dinero y ya no puedas huir más?

—No lo voy a despilfarrar, Jerrold —dijo—. Tengo un plan que...

—No necesito oírlo —le dije, y saqué todo el dinero que traía en mi cartera—. Aquí hay setecientos dólares. Es todo el dinero que te daré.

—¿Qué carajos voy a hacer con setecientos? —exclamó mostrándome

el dinero que le había entregado a centímetros de mi rostro— ¡Esto ni siquiera me sacará del país!

—Hay imperios que han empezado con menos, Isaac.

—¿Entonces vas a dejar a morir a tu propia sangre, Jerrold?! —gritó — ¡¿A tu familia?!

—Tú no eres mi familia, Isaac —le dije a su cara, acercando mi dedo índice a su rostro—. Te convertiste en la misma escoria que mató a Derrick. ¿Te acuerdas de él? ¿Nuestro hermano mayor? ¿Al que murió en un fuego cruzado entre pandillas? Tú y Terry le rompieron el corazón a papá cuando los arrestaron por primera vez. Y siguieron tomando malas decisiones hasta que los metieron a Marion.

—Papá nos perdonó antes de morir, Jerrold —dijo Isaac, acercando su rostro al mío— ¿Por qué tú no? Él le daría vergüenza decir que eres su hijo si viera...

—Cállate la jodida boca —le dije, luego caminé hacia la puerta de mi oficina.

—Con qué razón no te duran las esposas —dijo Isaac. Me detuve en la puerta, y le regresé mi atención—. Si ni ayudas a tu propia familia, con qué razón tus viejas prefieren irse con otros sujetos. ¿Qué mujer querría estar con un bastardo sin corazón que no cuida ni a su propia familia?

Tensé mi puño, y estuve a punto de lanzarme a molerlo a golpes. Él se acercó a mí con los brazos extendidos, y acercó su rostro al mío. —Ahí está el Calaveras que recuerdo —dijo con una sonrisa—. ¿Ves? No eres tan distinto a mí después de todo.

Abrí la puerta de golpe. Al hacerlo, vi a Jocelyn y a Emilia en el escritorio, y el guardia de seguridad esperaba al otro lado del pasillo.

—Saque a este hombre de mi propiedad y no vuelvan a permitirle la entrada bajo ninguna circunstancia —le ordené enfurecido al guardia.

—Conozco el camino, desalmado hijo de puta —dijo Isaac al salir de la oficina. Se detuvo y volteó hacia mí—. Dale un beso a Alexa de mi parte si es que la ves.

Cerré mi puño tan fuerte como pude mientras le miraba irse a paso veloz con el guardia detrás de él.

—¿Jerrold? —preguntó Jocelyn.

—¿Qué?! —grité.

Volteé a verla, y tanto ella como Emilia me miraron como si estuviera a punto de fusilarlas.

—Lo siento —dije con mi quijada temblorosa—. ¿Qué necesitas, Jocelyn?

—Puede esperar —dijo Jocelyn antes de irse.

Respiré profundo y entré a mi oficina tan rápido como pude. Me acerqué a mi escritorio, y me recargué en él, tratando de tranquilizarme.

Capítulo 18.

Emilia

Era la primera vez que veía a Jerrold tan enojado. Lo había visto molesto, y a veces fastidiado. Pero la forma en que le gritó a Jocelyn...

Entré despacio a su oficina. Mi mirada atenta a él. Estaba recargado en su escritorio, con la cabeza agachada, y su puño cerrado apoyado en la mesa.

—¿Jerrold? —pregunté, y él no contestó.

Cerré despacio la puerta. Miré el pomo unos momentos, y decidí cerrarla con seguro. Tenía el presentimiento que necesitaba algo de privacidad.

—¿Estás bien? —pregunté luego de dar un par de pasos hacia él.

No contestó, y me detuve a esperar si lo hacía. Me incliné hacia un lado para tratar de mirarle la cara.

No sabía si debía dejarlo solo. Respiré profundo y me acerqué despacio. Extendí mi mano hacia él y la puse encima de su hombro. — ¿Jerrold?

Apenas y alcanzaba a percibirse, pero estaba temblando. Por la expresión que alcancé a ver en su perfil veía que temblaba de coraje.

—¿Qué pasó contigo y tu hermano?

Él se enderezó. Caminó alrededor de mí y se quedó viendo fuera de su ventana.

—Puedes hablar conmigo, sabes —dije, sentándome encima del escritorio—. Sé que estamos en horarios de trabajo, pero... Puedes hablar conmigo.

Él respiró profundo.

—Te haría bien —dije, tratando de sonreír, aunque él no estuviera viéndome—. Se supone que para eso son las parejas, ¿no?

Me bajé del escritorio y me acerqué detrás de él. Le abracé de la cadera, y recargué mi cabeza contra su espalda.

De pronto él volteó, me tomó de la cadera, y me besó fuerte. Sus labios presionaron contra los míos con una intensidad que me encendió al instante, despertando de golpe el mismo deseo y pasión de este fin de semana.

Arrojé mis brazos alrededor de su cuello mientras levantaba mi vestido para tomarme las nalgas. Las apretó con demasiada fuerza, incluso me dolió un poco. Parecía que iba a arrancármelas, pero aquello me encendió todavía más.

Me restregué contra su cuerpo mientras le quitaba el saco y quitaba su corbata. Bajó la bragueta en el costado de mi vestido tan rápido que me di cuenta de la soltura repentina de mi prenda hasta que jaló los tirantes y reveló mis pechos.

Dejó de besarme, y enterró su rostro entre mis pechos. Eché mi cabeza hacia atrás y enterré mis dedos dentro de su cabello, urgiéndole a bajar más.

Masajeó fuerte mis pechos, y desabrochó mi brasier rápido, como si fuera de vida o muerte que saboreara mis pezones. Solté un gemido cuando su lengua tocó uno, y de pronto me solté riendo pues vino a mi mente la posibilidad que alguien nos escuchara.

—Jerrold, deberíamos... —dije entre risas.

Pero tiró de mi vestido, dejándome en ropa interior junto a su escritorio. Y antes de que pudiera decir otra cosa su mano encontró mi entrepierna, hizo a un lado mis bragas, y sobó con una ferocidad que me dejó temblando de dicha. Ahogué lo más que pude los gritos que quería dejar salir de lo delicioso que estaba sintiendo, pero a pesar de mis esfuerzos alcanzaron a escaparse un par de gemidos temblorosos.

Él me tomó de los muslos y me subió a su escritorio. Le observé mientras se hincaba ante mí y lamía cada centímetro de mi muslo mientras se hacía camino hacia mi entrepierna. Tiró de mis bragas y me dejó indefensa ante su asalto a mi sexo. Suspiré y mi respiración se agitó sin control cuando su cálido aliento anunció la llegada de su lengua adictiva a mi sexo y me saboreó como si no hubiera mañana.

Nunca me habían provocado un orgasmo tan rápido en mi vida. Él me devoró como si no hubiera un mañana, y yo estaba encantada con su intensidad.

Cuando mi orgasmo se detuvo, por un breve instante caí en cuenta que estaba como desesperado, y pensé que quizá lo hacía para sacar de su mente el mal rato que había tenido.

—Jerrold, eso fue grandioso —dije sin aliento, acariciando la cabeza de mi hombre—. Pero...

Él se levantó, abrió su pantalón, y me miró a los ojos mientras me llenaba con su virilidad. Los pensamientos que estaba teniendo se fueron disparados hasta el fondo de mi mente para darle espacio a la experiencia de ser tomada por mi encendido amante.

Jerrold me llenó de una feroz estocada, y me apuñaló con su férrea arma una y otra vez, llevándome al borde de un éxtasis tormentoso pues no podía gritar, ni gemir muy fuerte. Estaba muy consciente de dónde me estaba cogiendo y aquella experiencia me tenía más excitada que nunca en mi vida.

Tan perdida estaba en mi placer que no me opuse a que me bajara del escritorio, me volteara, empinara, y me invadiera con su implacable ferocidad.

No había ni un dejo de ternura ni calidez en sus movimientos. Era salvajismo puro, pasión desenfadada. No sé cómo logré contenerme ante semejante faena, ante tan brutales embestidas.

Estaba fascinada.

Incluso cuando tomó un puñado de mi cabello y tiró de él me llevó a límites de placer que desconocía. No tenía idea que un poco de dolor pudiera resultar tan placentero.

—Jerrold, Jerrold —suspiraba, pegando mi frente en la fría madera de su escritorio, y aferrándome a las orillas de éste. Estaba casi segura que tenía una grapadora debajo de mi abdomen, pero no me incomodaba tanto como para detenerme.

No quería que parara. Jamás quería que parara, pero cuando sus quejidos y gruñidos anunciaron que estaba por terminar eché mi cuerpo hacia atrás con cada arremetida, tratando de tomar un milímetro más de su ser en mí para que alcanzara a vaciar su esencia en lo más profundo de mí.

Ambos nos vinimos al mismo tiempo. Puse mi antebrazo bajo mi boca y pegué mis labios a él, dejando salir el alarido que se moría por escapar

de las profundidades de mi lujurioso ser, y recé que mi antebrazo atenuara el ruido, aunque fuera un poco.

—Guau —dije sin aliento, apoyándome en el escritorio para incorporarme—. No tenía idea que hacerlo en el lugar de trabajo sería tan candente.

—Yo tampoco —dijo Jerrold entre risas y sin aliento antes de subirse sus calzones y pantalones.

Volteé a verlo. —Eres un tramposo —dije riendo—. Tú me dejaste casi desnuda, y tú ni la camisa te quitaste.

Él se soltó riendo. —No voy a disculparme por lo que hice.

—Ni espero que lo hagas —dije riendo todavía más. Me subí mis bragas y reacomodé el brasier mientras él se ponía la corbata.

“¿Me hizo el amor con tal de desahogarse de lo que le había pasado?” me pregunté a mí misma mientras me subía el vestido y le observaba acomodarse el cabello.

Un hueco apareció en la boca de mi estómago, y me causó náuseas la posibilidad que sólo me hubiera utilizado como un desahogo, como un escape. Ya me habían usado así antes, y nunca había terminado bien.

—¿Jerrold? —le llamé, acomodándome los tirantes del vestido—
¿Podemos hablar?

—¿Sobre qué? —preguntó como si nada.

—Sobre... —crucé mis brazos— Tu hermano.

Él suspiró, y bajó la cabeza un poco. —Mi hermano es parte de un pasado que trato de dejar atrás, Emilia —dijo, todavía sin voltearme a ver.

—¿Por qué? —pregunté.

Él resopló. —Mi hermano mayor, Derrick, murió cuando estaba muy pequeño —dijo—. Apenas y lo recuerdo.

—Lo siento.

—Lo mataron por una jodida esquina —dijo Jerrold, poniendo su mano sobre el vidrio de su ventana—. Unas pandillas se pelearon por una jodida esquina, y mi hermano terminó en el fuego cruzado tratando de proteger a Isaac. Iban juntos a comprar leche para un pastel que nuestro padre iba a hornear.

Me quedé mirándolo. Se talló la mejilla mientras me decía eso.

—Mi padre siempre nos dijo que nos alejáramos de las pandillas, que fuéramos hombres honestos, que no cayéramos en la trampa del dinero fácil que ofrecía la vida del crimen —la mano que tenía apoyada en el vidrio la cerró en un puño—. Pero Isaac y Terry no le hicieron caso. Ni siquiera terminaron la preparatoria porque terminaron en el reclusorio juvenil luego de ser arrestados por primera vez.

—Nunca había visto a mi padre llorar como ese día —dijo, bajando la cabeza—. Pero eso no les bastó a mis hermanos. Salieron, y a la semana estaban de vuelta con sus *compas*, sus hermanos de la calle.

Volteó a verme, y tenía los ojos rojos, como si estuviera guardándose las lágrimas.

—¿Y ahorita qué quería?

—Lo que siempre quiere de mí desde que escapé de esa vida: Dinero —dijo, moviendo su cabeza de lado a lado—. Al principio le di lo que me pedía. Es mi familia, me decía a mí mismo una y otra vez. La familia se ayuda.

—Claro —dije, acercándome a él y poniendo mis manos en su pecho.

—Pero él y Terry fueron involucrándose más y más con el negocio de las drogas en Chicago —dijo, alzando la mirada—. Y entre más éxito tenía yo, más dinero me pedían con el cuento que querían salirse del negocio. Y yo les creía. Como un estúpido les creía. Trataron de hacerse de un territorio que no les correspondía, y en el tiroteo una inocente terminó parapléjica.

—Dios mío —dije, cerrando mis ojos.

—Fue la última vez que me pidieron dinero —dijo Jerrold—. Dijeron que fue para hacerse responsables por lo que le hicieron a esa mujer, pero sólo querían más capital para su... —él apretó su quijada, y cuando le vi a los ojos vi una rabia que me asustó—. Llamé a la policía y les avisé dónde estaban. Los condenaron a treinta años cada uno por homicidio culposo y narcotráfico. Mi hermana me rogó que les pagara un buen abogado, pero no hice eso. Iba a dejarlos podrirse en prisión.

Jerrold respiró profundo, como si estuviera saliendo de un sueño, y me volteó a ver. —¿Ya viste a Gus para ver lo de la demostración?

—¿Qué? Ah, sí —dije, dando un paso lejos de él—. quedamos de reunirnos después de la comida para empezar los preparativos.

—Bien —dijo Jerrold, luego tomó su taza de café y le dio un sorbo—. Ya se enfrió —dijo con una sonrisa, y me volteó a ver—. ¿Podrías calentarlo en el microondas, por favor?

Sonreí. —Por supuesto —tomé la taza y salí de la oficina.

En el camino no podía sacarme de la cabeza lo que acababa de suceder. Me acababa de usar para distraerse. Me acababa de usar. Justo lo que había jurado jamás tener que tolerar, acababa de ser usada por un hombre para tener sexo.

“Bueno, estaba en un estado muy emocional,” me dije a mí misma mientras veía la taza girar dentro del horno de microondas.

Me crucé de brazos. No podía quitarme la sensación de que me habían usado como una cualquiera. Me sentí sucia.

Y aquello no me parecía para nada bien.

Capítulo 19.

Jerrold

Estaba perdido en mis pensamientos cuando sonó el teléfono de mi escritorio. Ni siquiera volteé a ver el identificador de llamadas.

—¿Sí? —contesté.

—Jerrold —era Emilia—. Tienes una llamada de la caseta de seguridad sobre una grúa que necesita entrar al estacionamiento.

Se le oía emocionada. Sin duda se imaginaba que se trataba de su coche que lo traían del taller.

Sonreí. —No me pases la llamada. Diles que ordené que lo dejaran pasar y que se estacionara frente al lobby.

—Muy bien —colgó.

Fui hacia el escritorio de Emilia. Como lo esperaba antes de asomarme, estaba mirando hacia la puerta con el rostro de una niña pequeña que sabía estaba por recibir un regalo.

—¿Es mi carro? ¿Es mi carro? —preguntó con una sonrisa caprichosa que me sacó una risa.

—Debe ser —dije, luego incliné mi cabeza hacia las escaleras que nos llevarían a recepción—. Vamos.

Emilia se levantó de un brinquito y caminamos juntos. En el camino intenté tomarle la mano. No me importaba que nos vieran. Al contrario, deseaba gritarle al mundo entero que estaba con una chica fantástica que me hacía volar y me provocaba la sensación de que era capaz de lograr lo imposible.

Pero ella quitó su mano. Insistí, y ella me volteó a ver un poco molesta, por lo que dejé de intentarlo. Quizá ella no era el tipo de mujer que le gustara andar de la mano con su pareja.

Cuando salimos de la fábrica vimos estacionado bajo la sombra del lobby la grúa moderna que bajaba el coche de Emilia. Volteé a ver a mi chica y sólo le faltaba dar brincos de felicidad.

El conductor bajó de la grúa y vino a nosotros.

—¿Señor Jerrold Chandler? —preguntó, y yo di un paso enfrente y le estreché la mano.

—¿Necesito firmar algo?

—Sí, señor —dijo, dándome una tabla con una factura en ella.

—¿Qué le pasó? —preguntó Emilia, caminando hacia su coche.

—Difícil saberlo, señorita —dijo el conductor de la grúa—. Tuvimos que reemplazar todo el sistema de enfriamiento, el aire acondicionado, el empaque de la cabeza, y rectificamos los anillos.

Le entregué la factura luego de firmarla. —¿También le arreglaron los demás detalles mecánicos que tenía? —pregunté, cruzándome de brazos.

—¿Qué otros detalles? —exclamó Emilia.

—Señor Chandler, mi jefe me dijo que usted pidió que el coche quedara como si estuviera nuevo —dijo el conductor con una sonrisa—. Le garantizo que, a menos que lo descomponga a propósito, ese auto le durará varios años más.

—¿Y cuánto costó todo? —preguntó Emilia un tanto temerosa.

El conductor no ocultó su confusión. —No lo sé, señorita, pero tengo entendido que ya está pagado.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Transferencia electrónica, querida —dije con un guiño, y ella sonrió.

—Bueno —dijo el conductor, juntando sus manos frente a su estómago—. Si no hay nada más que necesite, señor Chandler...

—Muchas gracias —dije, estrechándole la mano. El conductor me entregó las llaves, y de inmediato las coloqué en las manos de Emilia.

—Todavía quiero que me digas cuánto costó —insistió Emilia.

—No haré tal cosa —dije, ganándome una mirada de reproche por parte de ella—. Ahora ve y estacionalo.

Emilia torció su boca un poco, luego se paró de puntas frente a mí y me dio un rápido beso en los labios. —Gracias, Jerrold.

—No tienes nada que agradecer, Emilia —dije, tomándola de la cintura

—. Iré con Gus. Nos vemos en un rato en la oficina.

Emilia asintió, y luego fue hacia su coche. No sabía bien, pero tenía la impresión que estaba molesta, o algo le preocupaba.

“Al rato le pregunto,” pensé.

Entré a la planta y caminé deprisa hacia el laboratorio de pruebas de prototipos, donde Gus había instalado su oficina.

En la puerta del laboratorio había un foco rojo encendido encima de ella y un aviso debajo de él que decía: “Armas De Fuego En Uso.”

Entré despacio al laboratorio. La entrada estaba detrás de una barrera de concreto con una ventana de vidrio blindado. Me asomé por ella y vi a Gus y a sus asistentes. Ella vestía su bata de laboratorio y lentes de seguridad, y apuntaba una pistola hacia un maniquí vestido con el nuevo chaleco antibalas que había desarrollado.

Salí detrás de la barrera y me acerqué a ella despacio mientras disparaba.

—¡Señor Chandler! —dijo uno de sus asistentes, a lo que Gus y sus demás asistentes voltearon en mi dirección.

—¿Necesitas un desahogo? —preguntó Gus con una sonrisa, ofreciendo entregarme el arma.

La tomé, apunté, y le di justo en el corazón al maniquí con el resto de las balas.

Los asistentes aplaudieron mi buena puntería, pero Gus sólo se encogió de hombros. —¿Viniste a presumir o necesitabas algo? —preguntó.

—Sabes que me gusta ver nuestros productos en acción antes de presentarlos ante un posible cliente —dije, entregándole el arma vacía a un asistente.

—Bueno —dijo Gus, quitándose sus lentes de seguridad. Sacó los suyos de un bolsillo en su bata y se los puso—, tengo confianza que quedarán boquiabiertos la siguiente semana, pero tú ya sabes eso.

Volteé hacia los asistentes. —Me robaré a su jefa unos momentos, muchachos.

—Recarguen las armas, y pónganle al muñeco el chaleco defectuoso —ordenó Gus, luego me indicó con una mirada que la siguiera a su oficina

ubicada al otro extremo del laboratorio.

En cuanto abrió la puerta quise ponerme a acomodar todos los papeles que tenía esparcidos por las cuatro mesas de trabajo pegadas a la pared, y el desastre que tenía en sus libreros con textos a medio guardar y apilados uno encima del otro.

—Cielos, Gus, tenemos personal de limpieza que... —comencé, poniéndome las manos en la cintura.

Ella estaba bebiendo de una lata de refresco cuando cerré la puerta. — Es *mi* oficina —exclamó—, y la tengo como se me dé la gana.

Quitó una pila de libros encima de una silla antes de sentarme en ella. —Está bien, ya sé que esa es una batalla que jamás podré ganar.

Gus rio, dejó la lata en su escritorio, y se sentó en él de un brinquito. — ¿Qué tienes en la cabeza, grandulón?

—Emilia, Isaac, la demostración ante la alcaldía —dije, recargándome en la silla y mirando el techo de su oficina—. Todo se juntó en un corto lapso de tiempo, sabes. Es un poco abrumador.

—En mi opinión: Creo que es algo muy bueno que estés en una relación de nuevo.

—Es mi secretaria, Gus —dije moviendo mi cabeza horizontalmente—. Es una demanda de acoso sexual en potencia.

—Ya no es solamente tu secretaria, Jerrold —dijo Gus—. La presentaste como tu novia —Gus se estremeció y rio—. ¡Te viste tan mono cuando lo hiciste!

Sonreí. —Se sintió muy bien.

—No recuerdo que a Alexa la presentarás con tanta emoción ni cuando se casaron.

Me quedé callado unos momentos. —Sigue siendo un tema delicado para mí, sabes.

—Que si lo sé —dijo Gus—. Pero Emilia se mira muy diferente a Alexa. Me cae mejor, eso sí te digo. Alexa era muy...

—Conozco tu opinión de Alexa —dije entre risas—. No es fácil para mí estar con alguien... como quiero estar con Emilia.

—Lo sé.

Recargué mis codos en mis rodillas, y miré el suelo debajo del escritorio de Gus. —Tengo... miedo, Gus.

—¿De qué?

—Abrirme con ella —dije—. Le conté sobre Isaac y Terry, al menos lo que pude contarle.

—Eso es bueno.

—¿Lo es? —me esforcé en sonreír— ¿Y si Isaac tiene razón sobre mí? Si no cuido a mis propios hermanos, ¿cómo podría alguien esperar que yo cuide de ella?

—Jerrold...

—¿Qué podría evitar que encuentre otro hombre?

—Mira, Jerrold —dijo Gus con esa seriedad que le caracteriza—. Siempre has cuidado a quienes son cercanos a ti. Hasta donde sé Janine te está muy agradecida por lo de su hipoteca, y ni se diga de las veces que nos has ayudado a mí y a Trevor. Así que sácate esa tonta idea de la cabeza de que no cuidas de tu propia familia. En lo que a mí concierne, lo haces.

Alcé la mirada hacia ella.

—Pero la realidad, cariño, es que no hay nada que evite que Emilia o cualquier otra mujer te deje por otro hombre —Gus se encogió de hombros—. No es lo que quieres oír, lo sé, pero es la verdad. Si Alexa te dejó por un hippie malviviente eso fue tontería de ella, no tuya.

—Pero...

—Pero nada —interrumpió—. Sí, quizá eres un adicto al trabajo, pero ya lo eras cuando se casó contigo, y si ella esperaba que cambiaras cuando se casaran entonces no te conoció muy bien que digamos cuando te dijo que sí, y eso también fue error de ella.

—Yo tuve parte de la responsabilidad, sabes.

—Eso no te lo discutiré —dijo Gus—. Quién te manda a casarte con una mujer que apenas llevabas unas semanas conociendo.

—O con una caza-fortunas —dije, moviendo mi cabeza horizontalmente.

—Evelyn fue otra cosa, nene —dijo Gus entre risas—. Ahí sí no sé por

qué te sorprendió que te dejara cuando en lugar de llenarla de joyerías y cuanta tontería ella quería comprar decidiste invertir tu dinero en esta empresa. Desde que se interesó por ti cuando mencionaste tu contrato con un equipo profesional te debiste dar cuenta de lo que ella era. Pero bueno, eras joven y ella estaba ardiente.

Me solté riendo. —No por ser viejo estas cosas se vuelven más fáciles, Gus —el recuerdo de la sonrisa de Emilia me mantuvo sonriendo.

—Si todo lo que buscas es sexo, entonces es lo más fácil del mundo — Gus bajó de su escritorio y puso una mano en mi hombro—. Pero creo que ya superaste esa etapa y quieres algo más serio. Una relación no se supone que sea fácil, pero sí se supone que deba hacerte feliz.

—Sólo... —me puse de pie— No sé si podría soportar ser engañado de nuevo. Quizá lo mejor es que termine mi relación con Emilia y mejor dejemos lo que pasó como un feliz recuerdo.

—Podrías hacer eso —dijo Gus, cruzándose de brazos, sin ocultar su desacuerdo—, pero siempre tendrás la duda de si hubieran sido felices o no.

—Quizá.

—Si era la indicada, o no.

—La indicada —dije con un resoplido incrédulo.

—Todos merecemos nuestra media naranja, cariño.

—Sí, quizá —dije, luego miré el reloj en el muro de su oficina—. Bueno, ya te quité mucho tiempo.

—Ni que fuera a perder mi trabajo —dijo Gus entre risas—. ¿No quieres ir a tomar algo más tarde?

—No —dije al caminar hacia la puerta de su oficina—. Llevaré a mi chica a cenar.

Capítulo 20.

Jerrold

Su sonrisa me tenía vuelto loco. Su boca entreabierta, la mueca coqueta que le salía de manera tan natural cuando sabía bien que estaba molestándome, y sus labios delgados eran los dueños indiscutibles de mis pensamientos. No podía más que desear besarla de nuevo.

Llevábamos toda la semana juntos. A pesar de que ya le habían devuelto su coche yo insistí en seguirla llevando a casa, y ella no se opuso. Cada día nos importaba menos que nos vieran en la oficina. Parecíamos jóvenes con las hormonas alocadas cada que nos escapábamos a mi oficina o a una sala de conferencias vacía para darnos un beso.

Eso sí, Emilia fue muy clara que no quería volver a tener relaciones en el trabajo. Estaba de acuerdo con ella, a decir verdad. Prefería un lugar cómodo para alocarnos como lo hacíamos cada vez más seguido.

Pero eso no quería decir que no fuera difícil resistirnos a la tentación del sexo.

Acababa de firmar unos papeles que Emilia ya tenía en sus manos, y no resistimos a la tentación de darnos un exquisito beso que, de haberlo permitido, habría conducido a algo más.

Escuché pasos de tacones venir desde afuera. Al voltear hacia la puerta vi a Jocelyn atravesando el umbral de mi oficina. No hacía falta ser un genio para ver que no le agradaba para nada que Emilia y yo estuviéramos tan cerca uno del otro, pero ella esforzó una sonrisa.

—Jerrold, cariño —dijo, acercándose a mí y dándome un beso en la mejilla y rozándome sus senos contra mi pecho.

No despegué mi atención de Emilia, quien giró sus ojos hacia arriba y dio unos pasos hacia atrás al mismo tiempo que miraba hacia otro lado.

—Buenos días, Jocelyn —dije, alejándola despacio de mí.

—¿Ya estás listo para la presentación? —preguntó— El Alcalde, el Jefe de Policía, y unos concejales que vinieron con ellos nos esperan en el laboratorio de pruebas.

—¿Gus ya está allá? —pregunté.

Jocelyn se puso entre Emilia y yo. Tomó mi corbata y la ajustó mientras se mordía el labio inferior y me decía con la mirada que me deseaba. —Sí —dijo con un tono seductor—, ya tiene todo listo para la demostración.

Cuando se alejó voltee a ver a Emilia. —Vamos.

—¿Perdón? —preguntó, extrañada.

Jocelyn lanzó una risilla breve. —Ella no tiene que...

—Pero sí tiene que estar, Jocelyn —dije, mirando a mi Gerente de Operaciones. Jocelyn sabía que no debía presionar, por lo que sólo sonrió educadamente y salió de la oficina.

Emilia se acercó a mí. —Un día de estos le voy a voltear la cara a esa zo... —amenazó.

—Te ves linda cuando estás celosa —le interrumpí, y aquello me ganó un puñetazo al hombro—. Lo siento, hablaré con Jocelyn más tarde.

—Pero ella tiene razón en algo —dijo—. Yo no tengo que...

—Eso no lo decides tú, Emilia. Ni ella. Lo decido yo —dije sonriendo, acercándome de nuevo despacio a su rostro. La noté estremecerse, y de nuevo vi su mirada sobre mis labios—. Ahora toma tu bloc de notas y sígueme.

Emilia respiró profundo, pero hizo lo que le pedí. En todo el camino ella no se despegó de mi lado. Apenas y alcancé a verla por la periferia de mi visión. De todos los pensamientos que pude tener en ese momento, el que más se quedó conmigo fue desear tomarle la mano.

Nunca había sido un hombre romántico o de los que tomaran de la mano, pero su piel suave me provocaba sensaciones tan deliciosas que me atreví a imaginar aquellas fantasías juveniles.

Abrí la puerta del laboratorio y le indiqué a Emilia que pasara primero. Ella sólo me miró de reojo antes de pasar.

El Alcalde estaba de pie frente a la ventana de seguridad cuando entré. Me acerqué a estrechar su mano y voltee hacia sus acompañantes.

—Caballeros, él es Jerrold Chandler —dijo el Alcalde, luego voltee hacia el hombre uniformado junto a él—. El Jefe de Policía...

—Juan Rivera —dije, estrechándole la mano—. Es un placer tenerlo aquí.

—Gracias por la invitación, señor Chandler —dijo de mala gana. Según la investigación que había leído él estaba contento con el actual equipo de protección. Sería alguien que necesitaría convencer, y sabía exactamente cómo hacerlo.

Miré por la ventana de seguridad a Gus ajustando el chaleco al maniquí.

Me asomé por el costado del muro de seguridad. —¿Estamos listos, Gus? —pregunté.

—Oh sí —dijo mi amiga querida con una gigantesca sonrisa. Volteó y caminó hacia nosotros al mismo tiempo que apuntaba hacia la mesa de trabajo desplegada frente al muro de seguridad—. Águilas de Desierto, un AK-47, y un rifle M40 estándar, cada uno listo para disparar.

Miré a Emilia. —¿Podrías ver que no les falte nada a nuestros invitados?

—Sí, señor Chandler —dijo con una sonrisa.

Fui con Gus acompañado de Jocelyn. —¿Ya te aseguraste que las armas...?

—Jerrold —me interrumpió con una mirada de reproche—, ¿cuántas de éstas hemos hecho a través de los años?

Escuché pasos detrás de nosotras. Volteé y vi a Emilia llegando con nosotras. —Están todos bien —dijo.

—Es hora que se pongan detrás del muro de seguridad —dije a Emilia y a Jocelyn.

Ambas se voltearon a ver e hicieron lo que les pedí. Había poco espacio, por lo que tendrían que estar lado a lado durante la demostración. Ni modo, tendrían que ser niñas grandes y comportarse como tales.

—¿Lista? —pregunté a Gus.

Ella entrecerró sus ojos, de inmediato deduciendo lo que estaba pasando por mi mente. —No, Jerrold —lamentó.

—Vamos, chica —dije con una sonrisa y dando la vuelta antes de escucharla objetar.

—Buenas tardes. Su señoría, Jefe Rivera, concejales —dije,

acercándome a la mesa donde estaban las armas cargadas junto con Gus —. Soy Jerrold Chandler, y ella es Agustina Platt. Antes que nada, permítanme agradecerles su tiempo.

Gus pasó junto a mí y fue hacia la mesa donde estaban todas las armas.

—Soy un hombre de pocas palabras cuando se trata de negocios. Mi filosofía es que las acciones dicen más de lo que un discurso podría. Iré directo al grano: Nuestros nuevos chalecos antibalas son medio kilogramo más ligeros, ofrecen protección contra balas penetrantes, y cuestan veinticinco por ciento menos que los chalecos estándares que usa su departamento.

—Señor Chandler —dijo el jefe Rivera—. Ya leí su propuesta, y personalmente revisé las especificaciones de su producto y los resultados de las pruebas hechas por el Instituto Nacional de Justicia y por la HOSDB del Reino Unido, pero discúlpeme si me muestro escéptico. Su producto suena demasiado bueno para ser verdad.

—Y aún si lo fuera, ¿hemos de creer que no quiere algo más a cambio? —preguntó un concejal.

—¿Un contrato exclusivo de quinientos millones de dólares durante los siguientes diez años no les parece bastante? —dijo, tomando el Águila del Desierto y revisando que estuviera cargada y con el seguro puesto.

—Para un hombre como usted, un contrato así es muy poco —dijo el jefe—. ¿Por qué no les ha ofrecido este producto a sus contactos militares?

—Porque ellos no enfrentan criminales todos los días —dijo—. La guerra requiere un tipo de protección muy distinto al que requiere la policía... Y mucho más caro. Aunque con gusto les vendería a precio mayorista nuestros trajes tácticos, si lo que quieren es regalarnos su dinero.

Los presentes rieron.

—No me convence, señor Chandler —dijo el jefe—. Las pruebas de los laboratorios indican que su producto es lo que promete, ¿pero y si no lo es? ¿espera que ponga en riesgo la vida de mis policías sólo por comprarles armadura más barata?

—Entiendo por qué piensa que eso parecería, pero están aquí para que les demuestre que no estarían arriesgando sus vidas más de lo que ya lo

están haciendo —dije con calma—. Pase aquí, por favor.

Todos se voltearon a ver. Vi de reojo a Emilia y le guiñé el ojo, agregando aún más a su confusión.

—Jerrold —dijo Gus con tono serio. Volteé a verla justo cuando el jefe estaba ante la mesa de trabajo.

—Jefe Rivera —dije, poniendo una mano en su hombro—. *Sargento Rivera*, ¿hace cuánto no dispara un M40?

Su rostro se iluminó. —Hizo su tarea, señor Chandler —dijo, tomando el rifle de francotirador de la mesa—. Hace años que no disparo un cachorro de éstos.

—Lo que bien se aprende nunca se olvida, ¿verdad? —dije con una sonrisa, luego apunté hacia el maniquí al otro lado del laboratorio— ¿Cree poder darle a ese muñeco?

—Son alrededor de cien metros —dijo entrecerrando los ojos—. Podría volarle las alas a una mosca a esta distancia.

—Perfecto —dije, luego fui caminando hasta el muñeco. Les escuché murmurar cuando vieron que quité del muñeco de pruebas el chaleco y me lo puse encima de mi saco.

—¡Un momento, señor Chandler! —exclamó el jefe Rivera— ¿Qué piensa que está haciendo?

—¡Demostrándole la calidad de mi producto! —grité con una sonrisa mirando a Gus, que estaba sonriendo y moviendo la cabeza de lado a lado — ¡El material ultraligero y resistente está diseñado para aguantar un disparo de un rifle M40! ¡Hasta donde sé, los criminales no se arman con algo tan pesado, ¿correcto?!

—Es correcto, pero...

—¡Señor Chandler! —gritó Emilia, saliendo detrás del muro de protección. Traía en su mano su celular— ¿Debería llamar al doctor en caso de...?

—¡Quite su mano del celular, señorita Salazar! —grité al apuntar hacia ella— ¡Jefe Rivera, estaré bien! ¡Por favor dispare!

El jefe volteó hacia Gus alarmado con mi petición. Gus se acercó y algo le susurró al oído antes de que éste sonriera y apoyara el rifle en la

mesa antes de apuntar.

Puse mis manos en mi espalda y miré de frente. Cuando el jefe disparó sentí como si un ariete se hubiera estrellado en mi estómago, sacándome cada onza de aire de mis pulmones mientras caía de espaldas.

Me solté tosiendo, recuperando el aire. Me levanté despacio, y alcé mi mano derecha con mi pulgar apuntando hacia arriba. Caminé despacio, aguantándome el dolor del impacto en mi abdomen. Cuando estuve a metros del jefe Rivera, me quité el chaleco y lo puse en la mesa.

—Examínelo usted mismo, Jefe Rivera —dije, apenas recuperando mi aliento—. Si gusta, puede llevarme al hospital y hacerme una batería completa de exámenes para que compruebe que estoy bien. En el peor de los casos, tendría astillada una costilla, pero eso sigue siendo preferible a una herida de bala, ¿no cree?

—Señor Chandler —dijo el jefe Rivera moviendo su cabeza horizontalmente—. Perdóneme que lo diga, pero usted es un loco hijo de puta —dijo riéndose.

—Un *desatado* hijo de puta, Jefe —dije con una sonrisa, sacándole una risa a todos.

A todos, menos a Emilia.

—Ahora bien, caballeros —dije, apuntando con mi mano abierta hacia Jocelyn —, la señorita De Santis se encargará de tomar la orden de compra para que en unos días nuestro departamento legal tenga preparado el contrato de venta, y podamos hacerles llegar el producto en los siguientes dos meses.

—¡Un momento, señor Chandler! —exclamó el Alcalde— No hemos accedido a comprar su producto.

—¿Va a decirle a su jefe de policía que no les comprará mejor armadura a sus hombres al setenta y cinco por ciento del que actualmente compran? —pregunté incrédulo.

El Jefe Rivera volteó hacia el Alcalde, el cual sólo sonrió antes de salir del laboratorio junto con todos los invitados detrás de Jocelyn.

—¿Necesitas que llame al doctor? —preguntó Gus.

—No —dije, sobándome el abdomen—. Sólo necesito una bolsa de hielo.

Gus sonrió. —Me prometiste que no volverías a hacer eso.

—Eso es una mentira —dije, caminando hacia la puerta—. Si te hubiera prometido que jamás haría eso otra vez, lo habría cumplido.

—Pues deberías prometerlo, para variar tantito.

Me detuve en la salida del laboratorio, y volteé a ver a Emilia. Pobre, tenía una cara de susto que no podía con ella. Abría la puerta y ella salió sin siquiera voltearme a ver. Caminamos en silencio hacia la oficina, y cuando llegamos ella entró y cerró la puerta detrás de mí.

En cuanto volteé hacia ella asestó una cachetada que me dejó ardiendo la mejilla.

—¿Y eso fue por...?

—¡Por ser un grandísimo imbécil! —gritó— ¿Desde cuándo tenías pensado hacer eso?

—Perdona —dije enojado, aguantándome el ardor en mi mejilla—, ¿en qué momento te volviste la dueña de la empresa que tengo que pedir tu aprobación para hacer algo?

Me lanzó otra cachetada, pero esa vez alcé mi mano y atrapé la suya de la muñeca, deteniendo su agresión.

—Una es suficiente —le dije.

—Suéltame.

—¿Volverás a bofetearme?

Ella jaló su brazo y liberó su mano. —Eres un... —había lágrimas saliendo de sus ojos— ¿Qué tal si te hubiera pasado algo?

—El jefe Rivera fue un marino francotirador, Emilia —le dije—. Él no hubiera fallado un tiro a tan corta distancia, y el chaleco...

—¡No se trata de eso! —exclamó con la voz entrecortada— ¿Crees que se sintió bonito ver que te dispararan?

Me quedé callado un momento. —Emilia, no me iba a pasar nada.

Ella soltó una carcajada sarcástica. —¿De aquí a cuando puedes predecir el futuro, grandísimo idiota?

—Eso es suficiente —le dije, apuntándole al rostro con mi índice—. A esto me dedico: A vender equipo que salva vidas, de una calidad tal que

estoy dispuesto a apostar mi propia vida. Eres mi pareja, y tendrás que acostumbrarte a que tomaré estos riesgos calculados con tal de hacer crecer mi empresa.

—Ya veo, ya veo —dijo, asintiendo, y sus ojos dejando salir todavía más lágrimas—, entonces mi opinión no cuenta. Soy sólo el adorno de moda a tu lado esta temporada.

—¿Cómo demonios sacaste esa conclusión? —exclamé— No he dicho tal cosa.

—Dijiste bastante —dijo, tallándose las mejillas—. ¿Necesitará algo más de mí, *Señor Chandler*?

—Emilia —le dije, tratando de tomarle la mano.

Pero ella se cruzó de brazos y respiró profundo. —No me toques.

Alcé mi mentón, y luego asentí mientras la veía a los ojos. —No, *señorita Salazar*. Eso será todo.

Ella arqueó una de sus cejas antes de salir de mi oficina y azotar la puerta detrás de ella.

Capítulo 21.

Emilia

Lo que quería era largarme. En cuanto vi en el reloj de mi computadora que ya faltaban diez minutos para las cinco apagué todo, tomé mis cosas, y me largué tan rápido como pude sin correr.

Ni siquiera me despedí de ese payaso egoísta.

“No puedo creer que me enamoré de otro imbécil que le valgo madres,” pensé mientras esperaba que el reloj en la salida de la fábrica diera las cinco para poder marcar mi salida. De seguro se me notaba lo enojada porque el guardia, que siempre se despedía de mí, ni me volteaba a ver.

Dieron las cinco, pasé mi gafete por el lector, y salí de ahí. Si las puertas de la salida hubieran estado cerradas de seguro las abría de un patadón de lo encabronada que iba.

Caminé fuera del estacionamiento y me detuve a la mitad de la cuadra.

“Me enamoré,” me dije a mí misma, y una lágrima escapó de mis ojos. Vinieron a mi cabeza recuerdos que me había esforzado por enterrar en lo más profundo de mi memoria demasiado dolorosos de la última vez que había caído en las redes de otro tipo.

—Putra madre —maldije, abrazándome de mis brazos y caminando rápido hacia la esquina. Alcé la mano al ver un taxi detenerse. Gracias a Dios que me alcanzó a ver y esperó a que llegara.

Abrí la puerta del taxi y vi de reojo la entrada a la fábrica. Parte de mi esperaba ver a Jerrold salir en mi búsqueda para pedirme una disculpa, para prometerme que jamás volvería a hacer una tontería de esas al menos no sin avisarme, o sin pedir mi opinión.

Pero nada. Me quedé viendo unos momentos y las únicas personas que vi salir de la fábrica eran los trabajadores cuya salida coincidía con la mía.

—Pendeja —me dije a mí misma, subiéndome al coche.

Le di mi dirección al conductor, luego saqué mis audífonos y me los puse para escuchar música a todo volumen, pensando que quizá

distrayéndome así podría ignorar el dolor que sentía.

En un alto casi llegando a mi casa me di cuenta que había estado llorando todo el camino. Me tallé las mejillas con todo el coraje del mundo. —No, ni madres —me susurré—. No voy a llorar por este imbécil. Dije que no volvería a llorar por ningún imbécil.

Llegué a casa y lo primero que hice fue revisar mi celular.

Nada, ni una llamada perdida, ni un triste mensaje.

Estaba por poner el celular en la mesa de la cocina en lo que sacaba una cerveza del refrigerador cuando éste sonó la notificación de un mensaje.

Como una boba emocionada y enamorada desbloqueé el celular y esperaba ver un mensaje de Jerrold.

—Me fui con Lulú a un catering de último momento —decía el mensaje. Era de Bárbara.

Deslicé el teléfono en la mesa y gruñí. Ni un mensaje, ni una llamada, ni nada. Fue como si ni se hubiera dado cuenta que me largué sin despedirme. ¿Acaso no sabía que estaba dolida? ¿Que estaba enojada?

¿Acaso realmente le importaba?

Resoplé y abrí el refrigerador. —Con un carajo —maldije al no encontrar ni una sola botella de cerveza.

Azoté la puerta del refrigerador, fui a mi bolso, saqué un par de billetes, y me encaminé hacia la tienda de la esquina decidida a traerme al menos un seis de cervezas.

Apenas dos pasos desde que salí a la calle pisé mal y casi me caigo tropezándome con mis tacones. Me detuve a media calle, miré hacia arriba, y gruñí tan fuerte como pude. Luego del breve desahogo seguí hacia la tienda.

Adentro vi a Adriano con su bola de amigos. Le sonreí y él alzó la mano al verme.

—¿Qué haces aquí? —preguntó cuándo me acerqué a saludarle de beso en la mejilla.

—Necesito alcohol —dije, recargando mi cabeza en su pecho.

—¿Todo bien? —preguntó, rodeándome con sus brazos.

—Ahorita te platico —dije. Fui hacia el refrigerador detrás de él y me agaché para tomar un seis de cerveza. Cuando me enderecé vi en el reflejo de la puerta a un par de los amigos de Adriano mirándome el trasero.

En definitiva, habían elegido el peor día y la peor chica para eso.

—¿Me andan viendo el culo, tarados? —les reclamé al voltear rápido— ¡Les saco los putos ojos si...!

—¡Oye, tranquila! —exclamó Adriano, tomándome de los hombros. Miró a sus compinches— Váyanse que sí se los saca.

Ni una palabra dijeron. Todos ellos se fueron de la tienda tan rápido que hasta el encargado se quedó con el ojo cuadrado.

—Lo siento, Adriano, yo...

—¿Mal día? —preguntó con una sonrisa cálida.

—No tienes idea —dije, al mismo tiempo que movía mi cabeza de lado a lado.

—Sabes, hoy no voy a entrenar así que... —estiró sus brazos a los lados— ¿Quieres compañía?

—Me encantaría —dije aliviada—. Me vendría bien un oído amigable con quien desahogarme. Pero vámonos a tu casa, ¿sí?

—A donde tú quieras, chaparra —dijo Adriano, abrazándome por la espalda mientras tomaba las cervezas de la mano y caminábamos juntos hacia la caja.

Tras salir de la tienda me abracé de su brazo hasta que llegamos a su casa.

—Espérame aquí —dijo. Lo solté, él puso las cervezas contra la pared junto a la puerta de su casa, y entró.

Escuché el arrastrar de un mueble y me solté riendo.

—No seas ridículo, Adriano —dije entre risas—. ¿Cuándo vas a comprarte unas sillas plegables?

Él salió de la casa jalando un sofá. Lo hacía con tanta facilidad, a veces olvidaba lo fuerte que era. Con razón Bárbara le habló el día que quiso cambiar de lugar todos los muebles de la sala y comedor.

—Compraré sillas plegables —dijo, un poco agitado, luego dejó caer el lado del sofá que venía arrastrando— cuando las hagan tan cómodas como Berta.

—Todavía no me creo que le hayas puesto nombre a tu sillón —dije, dejándome caer de sentón en él.

Adriano se sentó junto a mí, y se asomó por encima del descansabrazo para alcanzar las cervezas. —Berta y yo somos muy íntimos, lo sabes —dijo, abriendo una cerveza con la mano y entregándomela—. Habla —dijo en cuanto di mi primer sorbo y él abrió la suya.

Suspiré y me recargué. Debía reconocer que el mugroso sillón estaba bastante cómodo. —Estoy cansada, Adriano.

—¿De qué?

—De ser su pendeja, ¿sabes? —dije, mirando al cielo despejado que ya mostraba los colores del anochecer. Volteé a ver a Adriano y él estaba dándome toda su atención—. Siempre tengo que ser yo quien se adapte a los hombres, ¿por qué no puedo conocer a uno que se adapte a mí, para variar?

—¿Qué hizo Jerrold? —preguntó Adriano.

Respiré profundo. —Teníamos esta presentación con el alcalde y algunas personas del ayuntamiento —di un sorbo largo de cerveza—. El plan era demostrar que los nuevos chalecos funcionaban. Teníamos un maniquí bien bonito vestido con uno de los chalecos, y *se suponía* que le dispararíamos *al maniquí*.

—¿A qué le vinieron disparando?

—A Jerrold —dije antes de darle un trago a mi cerveza.

Adriano casi se atraganta. —¿Disculpa?

—Oíste bien.

—¡No mames! ¿Le dispararon a Jerrold? ¿Está bien?

Volteé a lanzarle una mirada de reproche. —Está de maravilla —dije con todo el sarcasmo del mundo—. Resulta que el idiota tenía planeado ponerse el chingado chaleco y pedirle al jefe de policía que le disparara.

—Qué huevos —dijo Adriano asintiendo.

Mi mirada le adelantó mi regaño. —¡Eso no es de admirarse, eh!

—¡No estoy diciendo que lo sea! —dijo, levantando las mano— Sólo digo que hacen falta un par de huevos del tamaño de los de King Kong para recibir un disparo voluntariamente.

—Según él que es para demostrar que tiene fe en su producto.

—No lo dudo —dijo, luego resopló con una sonrisa—. Tu hombre está loco, chaparra.

Nos terminamos la cerveza que bebíamos, y yo me recargué en su hombro mientras él me abrazaba.

—Me vas a poner un chingazo —dijo Adriano, logrando que volteara a verlo—, ¿pero estás enojada sólo por eso? Entiendo que fue de locos, pero no entiendo por qué dices que no te toma en cuenta.

—¿Por qué no me pidió mi opinión antes de hacer eso? —exclamé.

—¡Porque es su compañía! —exclamó— Se supone que puede hacer lo que se le dé la gana, ¿no?

—No, sí te voy a dar un chingazo —dije antes de acomodarle un golpe en el pecho—. ¿Por qué no pensó en cómo me sentiría? Llevaba toda la semana ayudando a planear esa presentación, ¿en ningún momento se le ocurrió mencionarme: “por cierto, querida, voy a pedirle al jefe de policía que me dispare para demostrar que mi chaleco es el mejor”?

Adriano sólo se encogió de hombros, y yo gruñí y recargué mi espalda mientras miraba hacia el cielo despejado.

—Vaya que los sé escoger, ¿verdad? —dije, fijando mi atención en una estrella titilando alrededor de la luna.

—¿Por qué lo dices?

Suspiré. —Cuando estuve en la universidad tuve un amorío con uno de mis profesores.

—¡Ah canijos! —exclamó— ¡¿Tú?!

Reí. —Y era casado.

Me alejó y se me quedó viendo sorprendido. —¡¿Tú?! ¡¿Con un hombre casado?!

—Lo amaba, Adriano —dije con absoluta sinceridad—. Y él me decía que me amaba. Era de vernos casi todos los días. Sólo los fines de semana no, que porque era el tiempo que pasaba con sus hijos. Y yo entendía,

pero luego de unos meses yo le decía que quería que fuéramos más públicos. Que quería que conociera a mis amigos, que fuéramos a fiestas, ya sabes.

—¿Y qué te dijo?

—Que todavía no porque su esposa aún no firmaba el divorcio, y que me amaba, pero tenía que pensar en sus hijos, y no quería que ella se los quitara sólo porque él ya la había superado.

—¿Y te tragaste ese cuento?

—Caí redondita —dije, agachando la cabeza—. Le creí esa y muchas otras mentiras. Pensaba que al final del semestre iba a dejar a su esposa para estar conmigo.

Empecé a llorar. —Pensé que había encontrado mi final feliz, sabes —sacudí mi cabeza y aguanté las lágrimas—. Pero no fue así, obviamente.

—¿Qué pasó?

—Lo vi en la kermés de la escuela. Le había dicho que no iba a ir porque tenía que estudiar, pero mis amigos me convencieron de ir. No sabía que él iba a estar ahí. Pero lo vi con su familia. No se veía para nada miserable con su esposa. Al contrario, la abrazaba, la besaba, y jugaba con sus hijos. No veía a un hombre con un mal matrimonio.

Apreté mi quijada y mi garganta se cerró un poco. —Vi un idiota que le estaba siendo infiel a su esposa. La siguiente vez que lo vi terminé la relación.

—Con justa razón, chaparra.

—¿Pero sabes? Todavía tenía la idea en mi cabeza que él quizá me amaba, que quizá lo que decía que sentía por mí era verdad. Pero... —la rabia me empezó a ganar— Pero cuando lo vi el siguiente semestre de cariñoso con otra chica de primeros semestres...

Sacudí mi cabeza. —Ahí me di cuenta que me decía puras mentiras, sólo para meterme en la cama. Y luego me di cuenta que todos los tipos que me tiraban su rollo sólo me querían para eso.

—No todos —dijo Adriano.

Me le quedé viendo. —Con Jerrold va a pasar lo mismo —dije con la voz entrecortada—. Vamos a terminar por X o Y razón, y a la semana va a

andar sufriendo por su ruptura entre las piernas de Jocelyn o de alguna tipa que se encuentre. Nomás para eso me quieren, Adriano. Les vale madre lo que piense, lo que sienta. Al instante en que me vuelvo un dolor de cabeza, soy historia.

—Chaparra...

—Quizá no merezco ser feliz —dije, ya sin poder controlar las lágrimas—. Alguna pendejada he de haber hecho en una vida pasada que en esta no merezco un amor bonito de película. Caray, quizá no merezco ser amada, *punto*.

—Okey, ya párale —dijo Adriano—. Todos merecemos eso, chaparra.

Me abrazó fuerte, y yo me acurruqué en sus brazos, y le dejé la camisa empapada de mis lágrimas.

—Gracias por seguir siendo mi amigo —dije sollozando.

—Siempre podrás contar conmigo, Emilia —dijo Adriano, acariciándome la cabeza.

Capítulo 22.

Jerrold

Estaba leyendo en mi sillón individual dentro de la comodidad de mi penthouse. Llevaba meses queriendo terminar el maldito libro, pero no podía concentrarme bien. Cada par de renglones olvidaba lo que estaba leyendo. Me distraía el recuerdo del rostro molesto de Emilia luego de la demostración.

Me sobé la mejilla que me bofeteó. Todavía tenía un hormigueo en la piel donde impactó su mano.

Arrojé el libro en la mesita de mi sala, y me quedé mirando por las puertas corredizas que daban hacia mi terraza. Ya era de noche. Miré mi reloj y vi que ya iban a dar las diez.

Emilia ni siquiera se despidió cuando se fue. Mi primer impulso fue ir corriendo detrás de ella, pero no lo hice. “*Sólo necesita espacio*”, me dije a mí mismo en la planta, y me lo repetí en ese momento.

“*Sólo necesita espacio.*”

Sin embargo, no podía sacar de mi cabeza la noción de que quizá, sólo quizá, había algo mal. No era una sensación que desconociera, pero sí una que me incomodaba demasiado, pues era la misma que tuve antes de enterarme de la traición de Alexa.

Una presión en la boca de mi estómago me avisaba que algo estaba mal. Sí, era muy parecida a lo que sentía cuando me enteré de la infidelidad de mi ex esposa.

El timbre de mi celular me sacó de mi trance. Caminé rápido hasta la mesa que tenía en mi cocina y vi en la pantalla de bloqueo la notificación de un correo electrónico nuevo. El remitente era la cuenta personal de Jocelyn.

—Extraño —dije, pulsando en la notificación para abrir el correo.

El asunto del correo era: “Mereces ver esto.”

Traía sólo un archivo, una imagen. Pulsé en el ícono de descarga y esperé a que la pantalla la cargara.

Mi corazón se detuvo y sentí cómo se hacía más chico en mi pecho al ver la imagen ya cargada: Emilia, abrazada de Adriano, sentados en un sofá en la calle, y besándolo.

Rechiné mis dientes, y cerré mis puños con todas mis fuerzas. Mis labios temblaron del coraje y una lágrima escapó de mis ojos. Tomé el vaso que tenía cerca y lo arrojé contra la pared y solté un alarido de coraje que quizá se escuchó por todo el edificio.

—Otra vez —me dije a mí mismo con tanta ira que estuve a punto de destrozar todos los muebles de mi hogar.

Regresé mi atención al celular, y me quedé viendo la foto unos momentos más, dejando que mi rabia se incrementara con cada segundo que observaba los labios de la mujer que amaba pegados a la del que ella me había dicho era sólo su amigo.

Miré de reojo que la foto tenía una estampa de fecha y hora.

Las ocho, de esa misma noche.

Salí enfurecido del penthouse. No traté de ocultar lo enojado que estaba, no estaba consciente de mis alrededores. La puerta del elevador se abrió un par de veces mientras bajaba al estacionamiento, pero las personas que iban a entrar no lo hacían al verme el rostro.

Las llantas de mi camioneta patinaron en cuanto la encendí con el acelerador pisado hasta adentro. Gracias a Dios no arrollé a nadie ni golpeé ningún coche ni al salir del estacionamiento.

En todo el camino el recuerdo de Alexa me atormentó. Sentí como si apenas el día anterior me había pedido hablar en la sala de nuestra casa, y al sentarnos me pidió que deseaba divorciarse de mí.

—Estoy enamorada de otro hombre —me dijo en aquella ocasión, fingiendo un pesar que no sentía—. Y voy a tener un hijo suyo.

Recordé cómo le pedí... No, cómo le rogué que me dijera por qué me había dejado por otro hombre.

—Él me ama y me cuida como quiero ser amada y cuidada —me contestó, poniéndose de pie y mirándome mientras me desmoronaba sentado en nuestro sillón—. El amor y atención que me das no es suficiente para mí. Lo siento, Jerrold.

El eco de esas palabras resonó dentro de mi cabeza en todo el camino,

agregando una tristeza y desesperación a mi furia por haber sido engañado una vez más.

Di vuelta y alcancé a controlar la camioneta cuando derrapó. Llegué con mucha velocidad y subí una llanta a la acera de Emilia. No iba con intenciones de dejar bien estacionado, de todos modos. Necesita verla.

Necesitaba una explicación, un por qué.

—¡Emilia! —grité luego de salir y azotar la puerta.

Me acerqué a su puerta y la golpeé con todas mis fuerzas. —¡Emilia! ¡Abre la maldita puerta!

Di unos pasos hacia atrás y luego fui a asomarme por la ventana. No vi ninguna luz prendida. Quizá estaba fuera.

Mi mente me mostró imágenes de Emilia encima de Adriano, montándolo con la misma fiereza con que lo hacía conmigo, gozando igual que lo hacía conmigo.

Me agarré el cabello y tiré de él fuerte. —¡EMILIA! —grité con todas mis fuerzas hacia la puerta de su casa.

—¡Jerrold! —gritaron detrás de mí.

Volteé y ahí estaba ella, dando vuelta en la esquina rápido. A pesar de mi furia todavía la miraba y me parecía la mujer más hermosa que conocía, la única mujer a la que había considerado para entregarle mi amor una vez más.

Por un momento la furia desapareció. Sólo quería tenerla en mis brazos, mirarla a los ojos, besarla, decirle que la deseaba, que la amaba, que la necesitaba en mi vida, que haría todo lo que estaba en mi poder para darle al menos una pizca de la inmensa felicidad que su presencia traía a mi vida.

Pero todo eso desapareció cuando, de reojo, vi a su *queridísimo* amigo dando vuelta en la esquina y acercándose a ella trotando. La rabia volvió a mí como un violento torrente que crecía de intensidad conforme aquel fulano se acercaba.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Emilia, esforzándose por no sonreír.

Casi podía jurar por su mirada que se alegraba en verme, pero vino a

mi mente como un asalto el recuerdo de la foto que Jocelyn me había enviado.

—¿Qué pasa? —preguntó, su sonrisa desapareciendo al verme tan enojado.

Clavé mi mirada en Adriano, que ya estaba cerca de nosotros.

—Te convendría mantener tu distancia —dije al apuntar mi dedo hacia Adriano.

—¿Disculpa? —exclamó, deteniéndose.

—Jerrold —Emilia se acercó e intentó acariciarme el rostro. Di un paso hacia atrás y de un manotazo quité su mano—. ¡¿Qué te pasa?!

—Quería creer que era mentira, Emilia —dije, mirándola a los ojos mientras la angustia y la ira libraban una feroz batalla en mi interior. Todo mi ser quería que le rogara por una explicación, un por qué, lo que sea.

No lo hice. Juré no volvería a rogar en toda mi vida.

—Pero llego a tu casa, y en lugar de estar ahí estás... —apunté con mi mano abierta hacia Adriano.

—¿Has estado bebiendo? —preguntó.

Me solté riendo. —Estoy más sobrio que tú si tomamos tu aroma como indicador —dije—. ¿Esa será tu excusa? ¿Que estabas borracha?

—¡¿Excusa de qué?! —gritó, luego sacudió su cabeza— Sabes... vete a tu casa.

—Tú no me dices qué hacer —dije, dando un paso hacia ella.

Su amigo se puso entre nosotros y estiró su brazo, deteniéndome con una mano en mi pecho. —Jerrold, viejo —dijo con tono condescendiente—. Ya te dijo que te fueras. Hazle caso.

Ni siquiera lo pensé. En un instante tomé su muñeca, di un paso hacia enfrente mientras la torcía, y al pasar debajo de su brazo le hice girar y caer de espaldas en el asfalto.

—¡Jerrold! —gritó Emilia al momento de jalarme del brazo.

Adriano se levantó pronto, y Emilia ya estaba junto a él ayudándole a levantarse.

—Tu novio necesita una lección, Emilia —dijo Adriano, dándole la vuelta.

—¡Adriano, no! —gritó.

Él lanzó un par de golpes que esquivé sin problemas, y cuando contrataqué mi puño conectó en su costado, y seguí con un gancho a su quijada que le derribó.

—¡No lo lastimes! —gritó Emilia, empujándome, luego volteó hacia su amigo y se agachó para revisarlo.

Estaba bien. Se sacudió la cabeza, pero no se levantó de inmediato.

Emilia se levantó, caminó hacia mí, y me dio la bofetada más fuerte que me habían dado en toda mi vida. —¿Qué chingados te pasa, imbécil?!

—¿Qué me pasa?! —le grité a su cara— ¿Tienes el cinismo de preguntarme que qué me pasa?!

—¿Cuál cinismo?! —gritó llorando— ¡Llevo todo el día esperando que llames para disculparte, o que vinieras, o que me hicieras saber de alguna manera que estás pensando en mí! ¡Pero en lugar de eso vienes y golpeas a mi mejor amigo!

—¿No quieres decir tu amante?

Sus ojos se abrieron de par en par y me acomodó otra cachetada. —Es mi *amigo* —dijo a regañadientes—. No debería tener que darte explicaciones.

—¿Pero yo sí tengo que darte explicaciones de mis acciones? —pregunté, incapaz de evitar que salieran lágrimas de mis ojos— ¿O si no lo hago te largas de puta con otro para darme una lección?

—¡Oye! —gritó Adriano, que en algún momento se levantó y se había acercado, y luego me empujó fuerte.

—Vuelve a tocarme y te rompo la mano, estúpido —le amenacé.

—¿Quién carajos te crees que eres? —gritó Emilia, luego sacudió su cabeza y apuntó hacia mi camioneta— ¿Sabes qué? ¡Lárgate de aquí!

Resoplé. —Considérate despedida —dije antes de caminar hacia mi camioneta.

—¡Lárgate de aquí! —gritó. Cuando volteé al abrir la puerta de mi camioneta ella arrojó en mi dirección el collar que le había regalado y

había caído en el cofre— ¡No quiero volver a verte! ¡Lárgate!

Alcé la quijada y rechiné los dientes. Me subí a la camioneta y salí de ese lugar tan pronto como pude. Ni siquiera miré al retrovisor antes de dar la vuelta.

Capítulo 23.

Jerrold

Llegué al hotel y apagué el coche en cuanto estacioné la camioneta. Estaba adormecido, con mi mirada perdida en el espacio frente a mí. Ni siquiera estaba seguro del camino que había tomado para llegar.

Las palabras de Emilia resonaron en mi recuerdo y se sintieron como navajas quirúrgicas atravesando cada membrana de mi interior, despedazándome por dentro.

Pero no sentía dolor. Quizá estaba demasiado dolido como para siquiera sentirlo.

Bajé del coche y en lugar de ir hacia el elevador caminé sin darme cuenta hacia el enorme y lujoso bar que el hotel tenía junto a su lobby. Había un pianista tocando una melodía que alcancé a escuchar en el fondo, y el ambiente se veía animado. Era un viernes por la noche, después de todo.

Tomé asiento en la barra, y el cantinero se acercó a mí.

—¿Algo de tomar, señor Chandler?

—Macallan —dije con tono neutral—. Seco. Doble.

El cantinero me sirvió con la rapidez acostumbrada. Miré hacia enfrente al enorme espejo encima de la barra en un ángulo ideal para ver el reflejo de todos los comensales que me acompañaban aquella noche. No quité mi mirada de ese espejo mientras daba un sorbo a mi licor.

De pronto el licor terminó. Bebí el líquido dentro de mi boca y volteé a ver mi vaso vacío.

—¿Mal día, señor Chandler? —preguntó el cantinero.

—Deja la botella aquí —dije, girando el vaso en la barra—. Cóbrala al penthouse.

—¿Gusta que le cuide sus llaves, señor Chandler?

Resoplé. —No es necesario —dije, mirando cómo vertía más alcohol en mi vaso—. ¿A dónde iría si no es a mi propia cama?

—No quisiera que algo le pasara —el cantinero dejó la botella recién abierta frente a mí.

Casi siempre el ardor del licor me avivaba las entrañas, pero estaba tan adormecido que ni siquiera sentía que estuviera embriagándome. Miré la botella y ya había terminado una cuarta parte yo sólo.

“*¡Lárgate de aquí! ¡No quiero volver a verte! ¡Lárgate!*” escuchaba como un horrendo eco las palabras que Emilia gritó esa noche una y otra vez, y cada vez que lo hacía el poco efecto analgésico que el whisky tenía en mí desaparecía.

Parpadeé con mayor frecuencia, y cuando miré mi reflejo noté que mis ojos estaban llorosos. Tensé mi quijada, y cualquier tristeza que sentía la reemplacé con coraje hacia mí mismo por haber caído de nuevo en las redes de una mujer que no le parecía suficiente.

Miré el vaso y lo hice a un lado. Tomé la botella y la empuñé en mi boca, dando un largo trago que al fin bastó para ahogar por unos momentos el coraje y la tristeza que se mezclaban en mi interior y torturaban.

Sacudí mi cabeza y voltéé hacia el bar, hacia las mesas ocupadas por gente de negocios discutiendo ya sea asuntos laborales o tratando de impresionar a algunas de las hermosas señoritas que les hacían compañía.

Las miradas de algunas de ellas se atravesaron con la mía, y una que otra me sonrió. Reconocía esa sonrisa como la de una mujer seductora que, con la mínima labor de convencimiento, abandonaría a su actual cita para irse conmigo a mi penthouse.

En el pasado me divertía con esas mujeres y esas situaciones. Sentía mi virilidad alzada, pero la realidad era que lo hacía para saber cómo se sentían los hombres que hacían eso.

Quedaba convencido de que así se han de haber sentido el agente de deportes que sedujo a Evelyn cuando estábamos comprometidos y siguió tirándosela aún después de casarnos, o el hippie aquel que impregnó a Alexa y la convenció que mi amor y mi atención no eran suficiente para una mujer como ella.

En el pasado, aquella sensación era como una droga que acallaba mi dolor.

Pero en ese momento, al ver las miradas de esas mujeres en mí,

diciéndome con la intensidad de sus ojos que abandonarían a su pareja por una noche de locura conmigo... sentí asco.

—Me llevaré esto a mi cuarto —le avisé al cantinero, tomando la botella en mis manos. No soportaba estar un minuto más en ese lugar.

—Permítame llamarle a un mesero para que...

Volteé a verlo, y con sólo mirarme a los ojos supo que sería imposible hacerme cambiar de opinión.

Al salir del bar el mundo se giró sobre sí mismo, y no paraba mientras caminaba. De no ser por mi mano apoyada en el muro me habría caído. Logré llegar al elevador, y en cuanto entré y presioné el botón del penthouse me quedé mirando hacia el techo del elevador, fijando mi atención en un pequeño foco fundido entre tantos que iluminaban los paneles. El mundo parecía dar vueltas alrededor de ese maldito foco.

Entré a mi hogar y caminé tambaleando hasta dejarme caer de sentón en mi sofá. Me quedé mirando la puerta corrediza cerrada y gruñí, deseando sentir el aire fresco entrar que tanto me relajaba de ese lugar.

Le di otro largo trago a mi botella, y entonces sí sentí el ardor en mi garganta. Suspiré aliviado y me quedé viendo el techo de mi casa mientras el calor del alcohol recorría mis venas y prendía fuego en mi interior.

Estaba en pleno trance cuando escuché el timbre. Me incliné hacia enfrente y recargué mis codos en mis rodillas.

—¿Quién?! —grité sin quitar la mirada de enfrente.

—Soy yo, cariño —era Jocelyn.

Sonreí, di otro trago a la botella, y me levanté a abrirle. No me sorprendió para nada verla con una minifalda demasiado corta y una blusa sin tirantes que de un jalón se la habría podido arrancar. En aquellas condiciones incluso mi pene reaccionó en su favor.

Arqué una ceja mientras la veía de arriba abajo.

—Estás borracho —dijo.

Le apunté al rostro. —Tus capacidades de observación son excelentes, Jocelyn.

—Nunca contestaste mi email —dijo, poniendo sus manos en sus caderas—. Me preocupé.

—Claro —resoplé y sonreí. —Pasa.

Entré y escuché la puerta cerrarse detrás de mí, y los pasos de Jocelyn siguiéndome de cerca. Traía un perfume sensual que me embriagó aún más de lo que ya estaba. Aún borracho estaba consciente del por qué estaba ella ahí.

—Puedo asumir que confrontaste a Emilia por la foto —dijo, pasando junto a mí. Se sentó en mi comedor, y cruzó sus piernas frente a mí.

—Lo hice —dije, recargándome junto a ella, mirándola de frente.

—¿Y qué sucedió?

—Adivina —dije, moviendo mi cabeza horizontalmente y clavando mi mirada en sus pechos—. Emilia demostró ser el mismo tipo de mujer que siempre ha podido atraparme en sus redes para luego despedazarme por dentro.

—Lamento eso, Jerrold —dijo Jocelyn con un tono sincero que me pareció extraño viniendo de ella.

—No lo estás —dije sonriendo—. Estás feliz que lo mío con Emilia no haya funcionado.

—¿Piensas que me agrada verte en estas condiciones? —dijo— Jerrold, sabes bien cómo me siento, y no me causa placer que estés así.

—Como sea —dije, mirando hacia mis alrededores, buscando y encontrando la botella que me había traído. Fui por ella, y me detuve para darle un trago—. ¿Sabes lo bueno de esta ocasión, Jocelyn?

Volteé a verla, y ella esperaba en silencio que contestara mi propia pregunta. —Que en esta ocasión fue sólo cuestión de semanas, y no fue una tortura de años como lo fue con Alexa, y no me costará dinero como con Evelyn.

Me solté riendo y extendí la mano que sostenía la botella hacia Jocelyn. —Voy progresando.

—Jerrold, voy a decirte algo que quizá no te agrade —dijo Jocelyn, bajándose de la silla y caminando hacia mí—. Emilia no tiene la culpa que le quedara tan chico el papel de ser tu pareja. Alexa no tiene la culpa de que prefiriera a un perdedor a ti. Y Evelyn no tiene la culpa de que el dinero le importara más que tu persona.

—Cuidado, Jocelyn —le advertí.

—Quien tiene la culpa eres tú, Jerrold —dijo, deteniéndose a menos de un metro de mí—. Tú eres quien le sigue dando oportunidades a mujerzuelas que no merecen tu tiempo. Lo que necesitas hacer es enfocarte en mujeres que saben lo que es tener feliz a un hombre poderoso, viril, y exitoso como tú.

Le miré a los ojos mientras se pegaba a mí. Presionó sus pechos con absoluto descaro contra mí, y los restregó al mismo tiempo que sus manos encontraban la orilla de mi pantalón, y una de ellas bajaba sobre mi ingle, la cual delataba la enorme excitación que Jocelyn había despertado.

—¿Una mujer como tú? —pregunté, mirándole los labios.

Ella sonrió, y acercó sus labios a los míos. —Quizá —susurró con una sonrisa—. Sólo si recibo una oportunidad podrías averiguarlo.

Me quedé quieto hasta que su cálido y húmedo aliento escapaba de sus labios y quemaba los míos, anunciando su intención.

—Detente —le dije, y luego la alejé—. Será mejor que te vayas, Jocelyn.

Ella rio. —¿Por qué quieres que me vaya? —preguntó incrédula—. Sólo quiero hacerte sentir bien, Jerrold.

—Ahí está la puerta —dije, alejándome caminando hacia atrás—. Necesito estar sólo, Jocelyn. Vete de aquí.

Ella suspiró. —Si cambias de opinión...

—No lo haré.

Jocelyn rio. —Si lo haces —dio la vuelta, pero no quitó su vista de mí — tienes mi teléfono.

La vi salir de mi hogar. Mi cuerpo deseaba desahogarse, deseaba liberarse del dolor y tristeza, deseaba sentirse bien. Y tenía la certeza que Jocelyn me haría sentir muy bien.

Pero no podía. Mi corazón llamó la atención de mi mente y ganó la discusión. ¿De qué me habría servido una noche de sexo más, si no hubiera sido tan satisfactorio y tan trascendente como con Emilia?

Entonces caí en cuenta: Emilia ya no estaría en mi vida.

Me recargué contra la ventana corrediza detrás de mí, y mi quijada tembló sin control. Me deslicé hasta quedar sentado en el suelo, y estaba por darle otro trago a la botella.

Pero me detuve. Emilia ya no estaría en mi vida, y ninguna cantidad de alcohol cambiaría eso.

Ya no pude contener más el torrente de lágrimas que escapó de mis ojos. La mujer con la que me había sentido más vivo que nunca, la mujer que me había hecho sentir completo, ya no estaría en mi vida.

Arrojé la botella hasta el otro lado de la habitación, y sollocé como nunca.

Capítulo 24.

Emilia

Entré a mi casa hecha un desastre. Las lágrimas no paraban de salir de mis ojos y sollozaba sin control. No podía creer lo que acababa de pasar. ¿Por qué? ¿Por qué había hecho esto Jerrold? ¿Qué le hizo pensar que Adriano y yo estábamos juntos? ¡Él sabía que éramos amigos!

Tocaron a la puerta. —¡Chaparra! —llamó Adriano.

—Déjame sola —dije con la voz entrecortada.

—Chaparra, lo siento...

Me solté riendo. El mismo Adriano de siempre, disculpándose por cosas que él no podía controlar. —No hiciste nada.

—Lamento que Jerrold...

—Necesito estar sola, Adriano.

—Yo pienso que no, chaparra.

De verdad era un gran amigo. Abrí la puerta, me le colgué del cuello, y exploté en llanto. Él me sostuvo todo el tiempo que necesite para dejar salir todo lo que necesitaba dejar salir en ese momento.

Él no dijo nada. Sólo me abrazó. Era exacto lo que necesitaba. Ya tendría tiempo para hablar, para pensar, para todo lo demás. En ese instante, yo necesitaba llorar.

—Gracias —le dije cuando al fin lo solté.

—Cuando quieras —dijo con una sonrisa que me contagió—. Vete a descansar.

—Ni que mañana fuera a trabajar —dije entre risas.

Adriano no dijo nada más. Se despidió agitando una mano y se fue. Cerré la puerta con llave y me dejé caer de espaldas en mi sofá. Puse mi mano encima de mis ojos y otra vez las lágrimas se apoderaron de mí. Las dejé salir. Ya sabía que no tenía caso intentar dejar de llorar. Mejor dejarlas salir en el momento a aguantármelas y que explote de la forma más idiota posible.

Como llamarle borracha o desesperada.

Cerré mis ojos y apoyé el interior de mi codo encima de ellos. Respiré profundo, cada vez más despacio, y terminé quedándome dormida en el sofá.

El muy hijo de puta de mi cerebro se le ocurrió mostrarme en mi sueño un recuerdo de Jerrold: los dos acostados, desnudos en la cama de su penthouse mirando la televisión, criticando una de esas películas ridículas de parodia que habían sacado en los últimos años.

Bien pudimos cambiar el canal, pero no lo hicimos, porque no era la película lo que nos entretuvo, sino el calor entre nosotros, la plática sincera y la expresión auténtica de nuestras opiniones. En aquella ocasión fuimos quienes éramos realmente uno con el otro, fue la vez en que me sentí más cercana a Jerrold.

Fue cuando me di cuenta que estaba enamorada de él.

—¡Emilia! —escuché a lo lejos.

Abrí los ojos y quité mi brazo de mi rostro. Bárbara estaba de pie ante mí.

—Me quedé dormida —dije, parpadeando lento mientras me sentaba.

Mi hermana se sentó a mi lado y me abrazó. —Adriano me llamó hace rato y me contó lo que pasó —apretó su agarre de mí—. ¿Estás bien?

—No —dije, sintiendo una bola en mi garganta, impidiendo la entrada o salida del aire, y ésta sólo disminuyó cuando dejé escapar más lágrimas—. Soy una pendeja, Bárbara.

—No, Emilia.

—¡Sí lo soy! —grité, dando un manotazo a mi rodilla— ¡Ya sabía que no debía abrirme tan rápido con un hombre como Jerrold! ¿Qué... qué estaba pensando al andar con él? ¿Que iba a ser como la cenicienta? ¿Que iba a tener un final feliz? ¿Eso cuándo se me ha dado, Bárbara?

—¿Pero por qué se puso así, Emilia? —preguntó con aires de urgencia— ¿Qué pasó?

—¡Ya qué importa! —grité, poniéndome de pie— Se acabó.

Caminé alrededor de la sala con mis manos entre mi cabello. —Pedí a gritos que jugaran conmigo, Bárbara.

—Emilia.

—¿Cómo pude ser tan tonta como para ilusionarme con él?

—Mira —Bárbara se puso de pie y me tomó de los hombros—. No eres una tonta por enamorarte.

—Bárbara, yo...

—No eres una tonta —repitió.

—Pero él...

—¡Que no eres una tonta! —me abrazó fuerte, y me solté llorando una vez más.

¡Dios! Dolía tanto como un rato antes. Ni siquiera sabía la hora.

Miré alrededor y vi destellos de luz azul y roja entrando por la ventana.

—¿Pasó algo afuera? —pregunté extrañada de ver luces de patrullas afuera.

—En la esquina —dijo Bárbara, alejándose de mí y sacando su celular—. Intenté llamarle a Adriano, pero no me contesta.

—A ver —dije, mirando mi bolso en la mesita de la sala. Saqué mi celular y marqué el número de Adriano—. De seguro está bien dormido.

—Ese hombre tiene el sueño bien ligero —dijo Bárbara entre risas—. Cualquier ruidito lo despierta.

—¿Tú cómo sabes?

—Se ha quedado dormido aquí un par de veces, acuérdate —dijo mirando hacia abajo y pasándose la mano por el cabello.

No lo recordaba, y justo cuando estaba por cuestionar a Bárbara escuché en la bocina que contestaron la llamada.

—¿Dónde estás? —exclamé— Bárbara te está llame y llame. De seguro estás bien pinche borracho.

—Buenas noches, señorita —dijo una voz de un hombre que no reconocí.

Alejí mi celular para ver la pantalla, y comprobé que había marcado al contacto correcto. —Disculpa, ¿está Adriano?

La persona al otro lado de la línea suspiró. Bárbara se acercó al

teléfono para alcanzar a escuchar. —Señorita, soy un oficial de la policía.

Mi corazón dio un vuelco y Bárbara se cubrió la boca.

—¿Dónde está Adriano?

—Lamento decirle esto, señorita...

“No diga que está muerto, por favor no diga que está muerto,” pensé alarmada, mi pecho hundiéndose y mi estómago tensándose como si supiera que estaba por recibir un violento golpe.

—Está siendo atendido por los paramédicos en este momento.

¡Las luces que veíamos! Bárbara y yo salimos corriendo de la casa y vimos las patrullas en la esquina donde, a la vuelta, vivía Adriano.

Todo pareció suceder en cámara lenta. Vimos un cordón policiaco, y un patrullero en nuestro camino. Detrás de él estaba una ambulancia, y en la banqueta frente a la casa de Adriano estaban dos paramédicos atendiendo a un hombre tirado.

—¡Adriano! —gritó Bárbara, tratando sin éxito de pasar junto al policía.

—¡Señorita, no puede pasar! —exclamó el policía.

—¡Por favor! —rogó Bárbara llorando— ¡Es mi novio! ¡Por favor!

Vi la mano de Adriano levantarse, y los paramédicos voltearon en nuestra dirección.

—¿Estará bien? —pregunté temblorosa.

El policía suspiró. —Está muy golpeado —dijo con la cabeza baja—. Los paramédicos están haciendo lo que pueden para estabilizarlo y llevarlo al hospital.

—¿Le dispararon? —pregunté.

—No —dijo el policía—. Parece que lo molieron a golpes.

—Déjeme pasar, por favor —dijo Bárbara, sin quitarle la mirada de encima a Adriano mientras los paramédicos lo subían a una camilla luego de ponerle un collarín.

—Lo lamento, señorita —dijo el policía—. ¿Podrían contactar a su familia y hacerles saber...?

—Toda su familia vive fuera de la ciudad —dije, abrazándome con todas mis fuerzas.

—¡Oficial! —gritó un paramédico. El policía volteó, y el paramédico apuntó a Bárbara y asintió.

—Pásele, señorita —el policía levantó el cordón.

Bárbara pasó sin pensarlo. Corrió hacia Adriano y le tomó la mano que tenía levantada.

—¿A qué hospital lo van a llevar? —pregunté.

—Al Hospital Regional —dijo el policía.

Escuché un estruendoso motor detrás de mí. Al voltear un coche deportivo se acababa de estacionar en la esquina. Una pareja salió del vehículo: un hombre de cabello largo y vestimenta elegante, y una pelirroja bellísima, pero con una expresión de pocos amigos.

—Por aquí, detectives —llamó el policía.

Los detectives pasaron junto a mí y siguieron al policía hasta el lugar donde había estado tirado Adriano.

Miré a Bárbara y vi cómo estaba sonriendo y besando la mano de Adriano mientras los paramédicos lo llevaban a la ambulancia.

“*Qué bien me lo tenían ocultado,*” pensé, por fin cayendo en cuenta que mi hermana y mi mejor amigo eran novios desde quién sabe cuánto tiempo.

Cuando lo pensé no debió sorprenderme tanto. Eran uña y mugre, se la vivían juntos los fines de semana, y debió parecerme raro que él desayunara tan seguido con nosotros. ¿Cuántas veces no pasó la noche en la casa y yo ni cuenta me di?

—Señorita —me llamó el policía, acompañado de los dos detectives.

—¿Sí?

—Detective Lucio Castella —se identificó uno de los detectives—. Y ella es mi compañera Renata Royce.

—¿Usted conoce a la víctima? —preguntó la detective.

—Adriano Ramirez —dije, asintiendo—. Llevamos años siendo amigos —me solté riendo y tallé una lágrima que alcanzó a salirse—.

No sé qué tan amigos seamos realmente, pues hasta ahorita me doy cuenta que mi hermana es su novia.

—Es la chica que está con él, ¿correcto? —preguntó la pelirroja, a lo que asentí.

—Hombre con suerte —dijo el detective Castella con una sonrisa—. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace unas horas —dije, encogiéndome de hombros—. Eran como las diez de la noche cuando me dejó en mi casa.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño? —preguntó la detective Royce.

Una fuerza misteriosa aplastó mi corazón por unos instantes, y vinieron a mí los recuerdos de cómo Jerrold despachó a los ladrones que intentaron asaltarlo, tan brutal, y recordé cómo pensé que los mataría.

Luego vino a mi mente cómo lidió con Adriano con la misma facilidad, cómo no pudo darle un golpe a Jerrold, y cómo éste lo derribo de un par de puñetazos bien colocados. Adriano era un boxeador profesional, no habría sido fácil golpearlo hasta el punto de tener que llevarlo a un hospital.

Pero para Jerrold sí.

—¿Señorita? —preguntó la detective Royce.

—Lo siento —dije, saliendo de mi trance.

—Le repetiré la pregunta —dijo—: ¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño?

—Sí —dije, llenándome de furia—. Jerrold Chandler.

Capítulo 25.

Jerrold

Cuando entré a la sala de juntas no esperaba ver a Gus, Trevor y a Jocelyn esperándome.

Las luces de la oficina me parecían demasiado brillantes, y mi cabeza retumbaba como si alguien estuviera usando un martillo neumático para abrirme el cráneo por dentro.

—¿Te quedaste dormido, Jerrold? —preguntó Gus con una sonrisa.

—No —dije, pasando una mano sobre mi cabello al acercarme a la silla en la cabeza de la mesa para después sentarme en ella.

Miré a Jocelyn, y ella me guiñó el ojo sonriendo al momento de sentarse en su lugar.

—¿Y Emilia? —preguntó Trevor, asomándose por la puerta de la sala de conferencias.

—Ella ya no trabaja en la compañía —dije, sacando mi celular y abriendo el archivo de mis notas para aquella junta del personal de ventas.

—¿Qué?! —gritó Trevor.

—¿Pasó algo o...? —preguntó Gus, sentándose a mi lado.

Alcé la mirada y vi a los ojos a mis dos socios. Ambos me conocían lo suficiente como para saber que no estaba de humor para preguntas, al menos no en ese momento.

—Necesito un café —dije, guardando mi celular en el bolsillo de mi saco y sobándome las sienes.

—Mandaré a Óscar a que te prepare uno —dijo Jocelyn, poniéndose de pie.

—Olvídalo —dije, sobándome mis párpados—. Tu asistente no podría preparar un café decente ni para salvar su propia vida.

—Sabes, Jerrold, podemos encargarnos de esta junta —dijo Gus al poner su mano encima de mi brazo—. No te miras muy bien. Si necesitas tomarte un tiempo.

—Lo que necesito es trabajar, Gus —dije, luego miré mi reloj.

La puerta de la sala se abrió de repente, y la recepcionista entró con una expresión de preocupación. —Lo siento, señor Chandler, no pude...

El jefe de policía Juan Rivera entró a la sala junto con un par de policías uniformados.

—¡Jefe Rivera! —exclamé, poniéndome de pie y mirando a Jocelyn— Pensé que la firma del contrato de venta estaba programada para dentro de dos semanas.

—No vengo a eso, Jerrold —dijo el jefe con tono sombrío.

—¿Entonces a qué...? —comenzó a preguntar Gus, pero los oficiales pasaron junto al jefe Rivera y uno de ellos me tomó de la muñeca.

—Jerrold Chandler, está arrestado por el intento de homicidio de Adriano Ramirez —dijo el jefe mientras me colocaban una esposa en la muñeca y jalaban mi brazo hacia mi espalda.

—¿Qué?! —gritó Gus.

—Tiene el derecho a guardar silencio —continuó el jefe Rivera mientras cerraban las esposas con mis manos detrás de mi espalda—. Cualquier cosa que diga podrá y será usada en su contra.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jocelyn en pánico.

—Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagar un...

—¡Claro que puede pagar uno! —exclamó Trevor, luego puso su mano en mi pecho y evitó que los policías me llevaran— No digas ni una palabra hasta que esté presente. Si te intentan interrogar, exígeles que se detengan hasta que yo esté ahí.

Estaba en shock. No podía pensar. “*¿Intento de asesinato a Adriano?*” pensé mientras salía acompañado de los policías y el jefe. “*No lo golpeé tan fuerte... No creo.*”

Una parte de mí deseaba salir de ahí golpeando a cuanta persona se atravesara en mi camino, pero sabía que aquello terminaría mal. No sabía lo que estaba pasando, no tenía toda la información.

No dije una sola palabra en todo el camino. El jefe Rivera me acompañó en la patrulla que me llevó hasta la comisaría, pero le ignoré por completo. Para variar, el consejo que vino a mi mente en aquel

momento fue de Isaac hace mucho tiempo de no decir nada en absoluto a ningún policía si me arrestaban.

Me escoltaron a la sala de interrogación. Iba a pedirles que me quitaran las esposas, pues no iba a hacer nada que ameritara que las trajera puestas. Pero ya sabía cómo eran las cosas. El oficial pareció leerme la mente y me quitó las esposas para luego volverlas a colocar con mis brazos frente a mí.

—Gracias —le dije al oficial.

Tomé asiento. La silla era dura y carecía de acolchonamiento. La sala era oscura excepto por una lámpara titilante de barras fluorescentes encima de mí. Había un espejo que asumí era de doble vista. Respiré profundo y cerré mis ojos.

Sabía que estaría ahí mucho tiempo.

Alcancé a detectar un aroma desagradable que me parecía bastante familiar. Lo reconocí como los baños públicos del parque en el que jugaba cuando era pequeño.

Un hombre delgado entró a la habitación. Traía una gabardina café que se quitó luego de dejar un folder en la mesa frente a mí. Se remangó la camisa blanca que traía debajo y echó su cabello largo detrás de sus hombros.

Noté la gran calidad de su vestimenta. Era un sujeto que sabía vestirse elegante, y su porte me decía que se tenía a sí mismo en alta estima.

—Buenos días, señor Chandler —saludó. Tenía una voz agradable. Alegre—. ¿Está cómodo?

No dije nada, sólo le observé a los ojos e incliné mi cabeza a un lado.

—Soy el detective Lucio Castilla —se presentó antes de sentarse en la silla al otro lado de la mesa—. ¿Quiere algo antes de que empecemos? ¿Un vaso con agua? ¿Las esposas están demasiado apretadas?

Me recargué en la silla, otra vez sin decir nada.

—Comencemos, entonces —abrió el folder y puso ante mí una serie de fotos de Adriano y los golpes en todo su cuerpo—. Tenemos varios testigos que pueden confirmarnos que usted tenía serios motivos para darle una golpiza a Adriano Ramirez.

Observé los golpes. Había visto suficientes peleas como para saber la gravedad de las lesiones que veía en las fotos. Su rostro se veía mal: La nariz la tenía rota, sin lugar a dudas, y la hinchazón en su ojo necesitaría ser tratada de inmediato.

Cuando vi fotos de su abdomen un escalofrío pasó por toda mi espalda. Sabía que ese moretón gigantesco indicaba posible sangrado interno. Necesitaría cirugía si alguno de sus órganos vitales quedaba comprometido.

Adriano era un boxeador profesional. Quien haya hecho eso o lo sorprendió, o era mucho mejor peleador que él.

—¿Quiere compartir lo que está pensando? —preguntó el detective cuando notó que estaba viendo la foto de un moretón bajo las costillas de Adriano.

—Según supe le detectaron una laceración de riñón cuando entró a urgencias —continuó—. En este momento está en el quirófano. Si no sobrevive a la operación usted será acusado de asesinato.

Quería gritarle que yo no había hecho eso. Sí, quería golpear a Adriano, pero jamás habría hecho semejante cosa. A pesar del dolor que me había causado Emilia conocía bien las consecuencias de actuar de esa manera por una mujer. Perdí la cuenta de todos los conflictos que vi durante mi crianza en Chicago de pandilleros tontos buscando una pelea por una chica.

—Sabe, Jerrold —siguió el detective—. Puedo entender por qué haría esto. De verdad que sí —me mostró el anillo que usaba en su dedo anular—. Llevo poco tiempo casado, pero Dios sabe que si veo a mi esposa que amo con toda mi alma con otro hombre...

Levanté la mirada, y él sabía que había tocado un lugar vulnerable en mí.

—Si de hecho fuera yo...

Tensé mi quijada, y cerré mis puños con todas mis fuerzas.

—Pero no soy usted, detective —dije, tratando con todas mis fuerzas de no explotar—. Esta conversación terminó. No responderé otra pregunta si no está mi abogado presente.

Él entrecerró los ojos. —Relájese, señor Chandler, no necesita...

En ese momento se abrió la puerta de la sala de interrogación y entró Trevor, quien le lanzó una mirada feroz al detective. —¿Qué carajos hace usted aquí con mi cliente sin que esté yo presente?

—Sólo teníamos una conversación amigable, licenciado —dijo el detective con una mueca arrogante.

—Necesito unos minutos con mi cliente —dijo Trevor, poniendo un maletín encima de la mesa—. Yo le haré saber cuándo estemos listos.

El detective se encogió de hombros, tomó el folder con las fotos, y salió del cuarto. Trevor cerró la puerta y respiró profundo. —Lo que bien se aprende nunca se olvida —dijo con una sonrisa.

—Gracias por estar aquí, Trevor —dije, suspirando de alivio.

—No me agradezcas todavía, Jerrold —dijo, jalando la silla del detective hacia mi lado de la mesa y sentándose frente a mí—. Estás en serios problemas.

—Lo sé —dije—. Vi las fotos. Sé de lo que me acusan.

—Bueno, sé que no lo hiciste —dijo Trevor con una sonrisa.

—Trevor...

—¡Ya te dije que sé que no lo hiciste! —dijo Trevor, poniendo su mano sobre mi hombro— Lamentablemente saber algo de corazón no lo hace admisible en una corte.

—Sí lo golpeé, Trevor —dije.

—¿Qué? —preguntó, su sonrisa desvaneciéndose.

—No tan severamente como para mandarlo al hospital —dije, sacudiendo mi cabeza—. Pero sí le golpeé ayer cuando confronté a Emilia.

—¿Confrontarla?

—Ella me fue infiel.

—Ay, Jerrold —lamentó.

—Pero sólo fue un puñetazo al rostro y otro al hígado —dije, sacudiendo mi cabeza—. Las heridas de Adriano son de muchos golpes. Yo no hice eso.

—Quien haya sido fue muy oportuno —dijo Trevor con un suspiro—.

Mira, llamé al alcalde y me hizo el favor de ordenarle a un juez que adelantara tu audiencia de fianza para el medio día. Puedo manejar eso, pero para defenderte necesitaré contratar a un abogado criminalista.

Sonreí, y mi querido amigo suspiró y se sobó la frente. —¿Cómo supiste que te fue infiel? —preguntó.

Saqué mi celular, abrí mi correo electrónico personal, y le mostré la foto que había recibido.

—Cielos —dijo Trevor—. Yo también lo golpeaba al hijo de puta.

—Te la acabo de reenviar —dije luego de dar un par de indicaciones en mi celular—. Necesito pedirte un favor.

—Lo que sea.

—Dos, de hecho.

—Échalos.

—Primero, necesito que pagues la cuenta del hospital de Adriano.

—¡Oh! —exclamó Trevor, echándose hacia atrás— Jerrold, eso no es una buena idea.

—Si eso piensas te encantará mi otro favor —dije entre risas—. Quiero que transfieras de mi cuenta personal medio millón de dólares a la cuenta de nómina de Emilia.

Trevor se puso de pie, se cubrió la boca y caminó alrededor de la mesa. —Jerrold, ella fue la que dijo que tú tenías motivos para golpear a Adriano.

Fue como si me arrancaran el corazón en ese momento, pero la verdad era que no me había sorprendido tanto. —Puedo entender por qué dijo eso —suspiré—. Eso no me hace cambiar de opinión.

—Jerrold, eso podría malinterpretarse como un soborno.

—No me importa —dije con una sonrisa—. Sólo quiero ayudarla, y a Adriano también.

Trevor se soltó riendo. —Sabes, debajo ese exterior de piedra que tienes hay un sujeto más suave que un cachorro recién nacido —dijo, y se recargó en la mesa—. Está bien. Ambas son malas ideas, pero lo haré si realmente...

—Estoy seguro, Trevor.

Él suspiró. Agarró su maletín y se dirigió a la puerta. Tomó el pomo y se detuvo. Volteó a verme y tenía sus ojos entrecerrados. —¿Por qué te envió Jocelyn esa foto?

Capítulo 26.

Emilia

Estaba a punto de pegarle un grito a la enfermera en la estación de cuidados intensivos para exigirle una actualización de la cirugía de Adriano.

Sólo bastó que volteara a verme con esa mirada de “ni se te ocurra preguntarme de nuevo” para que resoplara y mejor me fuera a una máquina dispensadora por un refresco.

“Nomás trágate mis monedas sin darme mi coca y verás cómo te va,” pensé al momento de presionar el botón de una coca cola. Aquel día no podía ponerse peor.

Miré hacia atrás cuando saqué la lata y vi a Bárbara con los brazos cruzados mirando el suelo. Jamás la había visto tan preocupada, y ella era de las que no se preocupan por nada. Compré otra coca cola y me senté a su lado.

—Gracias —dijo con una sonrisa al tomar el refresco que le había traído.

Me recargué contra ella y sonreí. —Entonces... ¿desde cuándo tú y Adriano son novios?

Ella soltó una risilla mientras abría su lata. —Un par de meses.

—¿Meses?! —exclamé, ganándome las miradas de las personas que estaban en la sala de espera— ¿Por qué no me lo dijeron?

Bárbara sonrió y se quedó mirando su lata abierta. —Esque... las cosas sólo se dieron, ¿sabes?

—No, no sé.

—Un día que estaba llevándome al trabajo surgió el tema de los besos —ella rio—. Se veía tan tierno todo colorado mientras yo le sacaba detalles de los besos que le había dado a sus novias.

—Y luego él te preguntó a ti.

—Sí, pero tampoco tenía mucho que contar —dijo Bárbara, luego se

quedó sonriendo con la boca abierta un instante antes de morderse el labio inferior—. Cuando llegamos a mi trabajo me dijo que quería... Besarme.

Sonreí. —Aventado.

—¡No dije nada! —dijo Bárbara, como si estuviera reviviendo aquel momento de nuevo— Y él dijo...

—El que calla, otorga —dije junto con ella.

—Y me besó.

—¿Y luego?

—Y luego... —Bárbara miró hacia arriba— Nos seguimos besando... Y llegué tarde... Y... —su voz se quebró un poco— Y él estaba ahí cuando salí del trabajo.

—Y se siguieron besando —dije con tono juguetón—, ¿o...?

—Nunca había hecho nada así, Emilia —dijo Bárbara, mirándome con los ojos humedecidos—. Sí, nos seguimos besando, y seguimos saliendo, y luego un día me pidió ser su novia.

—¡Y por qué chingados no me dijeron! —exclamé, dándole un pellizco en el muslo.

—¡Porque no sabía si era algo real o era sólo calentura! —exclamó.

—¿Y ahora ya sabes? —pregunté emocionada.

Bárbara se puso colorada. —La calentura ya nos duró mucho tiempo —dijo entre risas—. Íbamos a decirte. Sólo esperábamos el momento perfecto.

Le tomé la mano a mi hermana y la apreté. —Me alegro por ambos —dije—. Pero lo castro si te lastima.

Bárbara soltó una carcajada. —Él lo sabe, créeme.

Miré hacia enfrente, y vi de reojo la televisión. Estaban pasando las noticias de la tarde. En el segmento grabado estaban Gus y Trevor afuera de un edificio, y en la parte inferior de la pantalla el titular decía: Declaración de medio día de Agustina Platt y Trevor Phillips.

Me levanté y acerqué a la televisión para alcanzar a escuchar lo que estaban diciendo.

—...sucedió al señor Adriano Ramirez fue una tragedia, pero les aseguro que Chandler Platt y toda la compañía están detrás de su presidente Jerrold Chandler, y comparten su fe que será absuelto por este gran sistema de justicia que caracteriza a nuestra nación —declaró Gus casi al borde de las lágrimas mientras Trevor la abrazaba.

La programación hizo corte a la presentadora de las noticias.

—En un sorprendente acontecimiento Jerrold Chandler, presidente y CEO de Chandler Platt Protective Equipment, declaró al juez que no saldría bajo fianza pues está convencido de su inocencia y tiene plena confianza en que el sistema le hará justicia —dijo la presentadora, a lo que me cubrí la boca en asombro—, pero con las evidencias en su contra se piensa que el señor Jerrold Chandler, un celebrado filántropo de la ciudad, pasará mucho tiempo en la cárcel.

Sentí una mano en mi espalda. Al voltear vi a Bárbara que al parecer también había escuchado lo que habían dicho en las noticias.

—¿Realmente piensas que Jerrold hizo esto? —preguntó.

—Honestamente no sé qué pensar —dije, moviendo mi cabeza de lado a lado.

—Por lo poco que lo conozco no me da la impresión de que él sería capaz de hacer algo así.

—No lo viste ayer, Bárbara.

—Oye, cuando tú te pones celosa también das miedo —dijo con una ceja alzada.

—Bueno —dije, sacudiendo mi cabeza—. Ya está en manos de la policía. Y si Jerrold confía en el sistema pues... —gruñí— Sabes, necesito aire. ¿Estarás bien aquí?

—Sí —dijo con una sonrisa—. Yo sí le caí bien a la enfermera.

Ay, mi hermana. Siempre tratando de hacerse la fuerte. No podía imaginarme lo desesperada que se sentía. No dejé de pensar en Jerrold y en el miedo que sentí al verlo tan enojado el día anterior. Estaba teniendo un escalofrío cuando llegué al lobby del hospital.

Miré hacia un lado y vi de reojo a Trevor y a Gus hablando con alguien en la recepción. Me detuve y los observé.

De pronto Gus volteó y me vio. Ella llamó la atención de Trevor y luego caminaron hacia mí. Ni modo que saliera corriendo. No era una niña chiquita. Estaba consciente que quizá no era su persona favorita en ese momento.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté.

—Jerrold nos pidió que cubriéramos los gastos médicos de Adriano —dijo Trevor.

Gus sólo me miraba. Me sentí pequeña, ella no ocultaba en lo más mínimo el deseo de jalarme de las greñas y hacerme pagar por el mal rato por el que estaba pasando Jerrold. Trevor estaba mucho más calmado, aunque tampoco traía el aire alegre que siempre traía.

Con justa razón.

—Gracias —dije, cruzándome de brazos.

—Sabes, Jerrold no lo golpeó —dijo Trevor—. Bueno, sí lo golpeó, pero no regresó para golpearlo tan feo como para...

—Trevor, ya cállate —dijo Gus.

—Yo también estoy sorprendida —dije, mi voz quebrantándose un poco—. Pero es la única persona que tenía un problema con Adriano. Yo sólo le dije a la policía lo que había pasado y...

—Entendemos, querida —dijo Trevor, levantando su mano abierta hacia mí pidiéndome que me callara—. Esperamos que tu amigo se recupere.

Asentí, y ambos dieron la vuelta rumbo a la salida del hospital.

Mi estómago se retorció, y no fui capaz de aguantarme las ganas de hablar. —¿Cómo está Jerrold? —pregunté.

Gus volteó y caminó tan rápido hacia mí que pensé me atacaría. —¿Cómo chingados crees que está?

—Cariño... —dijo Trevor, poniendo su mano en el hombro de su esposa.

—Está en la cárcel por golpear al sujeto que besó a su novia —dijo Gus a regañadientes—. Considerando eso, está mejor de lo que pensarías.

—¡¿Qué?! —exclamé indignada— Yo no... Adriano no... Nosotros...

—Ahórranos tus mentiras, Emilia —dijo Gus—. Ya bastante decepcionada estoy de ti.

—¡No estoy mintiendo! —dije— Adriano y yo jamás nos besamos.

Gus resopló, y le sacó el celular a Trevor de su bolsillo. Abrió un archivo y me mostró la pantalla.

—¿Y qué chingados es eso?! —exclamó— ¡¿Tropezaste y tu lengua cayó justo en la boca de tu amigo?!

Mi garganta se hizo un nudo cuando vi una foto mía y de Adriano besándonos encima de su estúpido sofá, y la estampa de tiempo que indicaba el día anterior.

—Eso... no es posible.

—¿Que te hayas descuidado y tomado una foto? —preguntó Gus aún más enojada.

—¡No, Gus! —dije, mirándola a los ojos— Tienes que creerme. Yo nunca besé a Adriano. Esta foto... ¡Es falsa!

Gus tomó el celular y le hizo un acercamiento a mi rostro y al de Adriano. —Un momento —dijo, acercando la pantalla a su rostro.

Los ojos de Trevor se abrieron de par en par, y yo sonreí. —¿Tiene razón?

—Apenas se alcanza a notar —dijo Gus, luego me miró—. Pero sí, esta foto parece que fue alterada.

—¿Quién le mandó la foto a Jerrold? —pregunté encabronadísima.

—Jocelyn —dijo Trevor.

Me solté riendo. —Claro que fue Jocelyn —dije—. Es la única persona que querría separarnos.

Gus volteó a ver a Trevor. —¿Y si ella también es responsable de lo que le pasó a Adriano?

—La mato —dije sin dudar—. Si ella fue la que...

—No si yo le pongo mis manos encima primero —gruñó Gus.

—¡Bájenle dos rayitas a su intensidad! —dijo Trevor— No les voy a negar que Jocelyn sea más que capaz de mandar golpear a alguien.

—¡Esa hija de puta! —exclamé, ganándome las miradas de un par de personas cercanas a nosotros.

—*Pero* —dijo Trevor, poniendo sus manos en los hombros míos y de Gus—, ¿por qué habría de mandar golpear a Adriano? Por lo que sé ustedes terminaron luego que Jerrold le dio un puñetazo.

—Siempre ha querido a Jerrold para sí misma —dijo Gus, cruzándose de brazos—. No tendría sentido que lo incriminara para meterlo a la cárcel.

—A no ser que se esté vengando —dijo Trevor—. Él terminó su relación con ella y luego empezó con Emilia. Eso debió calarle en el orgullo.

—Dímelo a mí —dije, recordando los roces que llegué a tener con ella en el trabajo.

—Y ella es bastante capaz de vengarse así de alguien que la hizo sentirse humillada —dijo Trevor—. Quizá Jocelyn se sintió que la cambiaron por otra.

—Estamos adivinando —dijo Gus. Ella volteó a verme—. Acompáñanos. Tú también mereces respuestas.

—¿A dónde?

—A Chandler Platt —dijo Gus—. Esa perra tiene mucho que explicar.

Capítulo 27.

Emilia

Me fui en el asiento de atrás del Cadillac que manejaba Trevor mientras ellos discutían enfrente camino a la fábrica. Me crucé de brazos y me imaginé darle unos golpes bien puestos a esa zorra desgraciada. ¿A esos niveles es capaz de rebajarse con tal de conseguirse el hombre que quiere? ¿Y si éste lo manda al demonio lo mete a la cárcel? ¿Quién carajos se cree que es?

Respiré profundo y miré hacia arriba. Había sido una tonta. En ningún momento Jerrold había dado indicios que haría algo tan atroz como casi matar a golpes a Adriano. Claro, había visto cómo podía ser de agresivo, y lo había visto enojado, pero siempre estaba bajo control.

Incluso cuando fue y le dio sus golpes a Adriano nunca se descontroló. Siempre mostró moderación pues sabía de lo que era capaz.

Cuando llegamos a la fábrica los guardias no quisieron dejarme pasar.

—Viene con nosotros —dijo Gus.

Tal parecía que los guardias le tenían el mismo respeto y miedo a Gus que a Jerrold. Caminé junto a ella siguiendo de cerca a Trevor, que caminaba bastante más rápido de lo que me esperaba de alguien con su complexión.

Atravesamos las oficinas de Finanzas y las de Recursos Humanos. En cuanto tuvimos la puerta de la oficina de Jocelyn a la vista Trevor apuntó hacia el escritorio de su asistente.

—¿Está? —preguntó Trevor con un enojo que me sorprendió de él.

—Señor Phillips, está en una llamada —dijo Oscar mientras nos acercábamos a la puerta.

Eso no detuvo a Trevor ni a Gus, y ciertamente no me iba a detener a mí.

Entramos y Jocelyn estaba al teléfono. Ella alzó la mirada y cuando lo hizo Trevor ya estaba frente a su escritorio y él puso su dedo en el teléfono, colgando su llamada.

—¡Trevor! —exclamó— Estaba con un proveedor que...

Él puso su celular en la mesa, y tenía la foto que le había enviado a Jerrold en la pantalla.

—Empieza a hablar —ordenó.

Gus y yo nos detuvimos al otro lado del escritorio con los brazos cruzados. Miré hacia la puerta y su asistente estaba mirando hacia adentro. Creo que supo por mi mirada que debía cerrarla.

—¿Hablar sobre qué? —dijo, tomando el teléfono y mirándolo— ¿La técnica labial de la secretaria de Jerrold? Disculpa, ex secretaria.

—Perra desgraciada —dije, caminando hacia ella. Si Gus no me agarraba sí me le echaba encima.

—Tú le enviaste esta foto a Jerrold —dijo Trevor, apuntando su dedo a su celular.

—No voy a negarlo —dijo con toda la calma del mundo mirando a la cara a Trevor—. Jerrold necesitaba ver qué clase de mujer estaba metiendo a su cama —volteó a verme y dejó caer el celular en la mesa—. Esta foto muestra lo único que las mujerzuelas como ella saben hacer para consolarse luego de darse cuenta qué tan fuera de su categoría estaba el hombre con el que salía.

—La foto es falsa, estúpida —dije.

—¿De verdad esa es tu defensa? —exclamó Jocelyn con risa burlona— ¿Photoshop?

—Yo revisé la foto —dijo Gus—. Ella tiene razón.

Jocelyn se cruzó de brazos y sacudió su cabeza. —Sea falsa o no mi opinión no cambia. Hice lo que creía mejor para Jerrold.

Trevor resopló. —Jocelyn, por favor.

Jocelyn sonrió. —Tú y Gus deberían entender —dijo, luego se sentó en su silla ejecutiva—. ¿Piensan que una niña inmadura que haría de Jerrold menos de lo que es por sentirse insegura es lo mejor para él? ¿Para la compañía?

Trevor y Gus se voltearon a ver, y me contuve de arrojarle la grapadora que tenía al alcance.

—Hice lo que hice por todos nosotros —dijo Jocelyn encogiéndose de

hombros—. Deberían promoverme a un puesto corporativo por lo que hice.

—Hazme el rechingado favor —dijo Gus riendo.

—¿Cómo hago menos a Jerrold? —le exigí— Ilumíname con tu punto de vista infalible.

—No tengo por qué contestarte nada.

—A nosotros sí —dijo Trevor, inclinándose en el escritorio y mirándola a la cara—. Contéstale.

Jocelyn se levantó. —Ustedes conocen a Jerrold desde mucho antes que formara la compañía —dijo, apuntándoles a ambos—. Saben que él necesita una mujer que resalte sus mejores cualidades. Que lo exija a ser mejor de lo que ya es, que lo satisfaga como nadie podría.

Jocelyn me miró y alzó el mentón. —¿Creen que esta niña podría hacer eso? Yo estoy segura que no, no luego del berrinche que le hizo luego de la brillante demostración que nos consiguió el contrato con Ciudad del Sol.

—¿Por eso mandaste golpear a Adriano? —acusé— ¿Para castigarme?

Jocelyn rio y dio la vuelta para caminar alrededor de su escritorio. —¿Por qué haría eso, Emilia? —preguntó— No hice tal cosa.

Ella pasó junto a Gus y se detuvo frente a mí. —Yo quiero a Jerrold al frente de la compañía, y a mi lado, como debería haber sido antes de que tú llegaras.

Cerré mi puño, y estuve cerca de darle un puñetazo y arruinarle su maldito rostro perfecto.

—No te creo nada, Jocelyn —dije, al borde de las lágrimas—. De seguro sí fuiste tú.

—¿Por qué? —preguntó con una sonrisa burlona.

—¡Porque estás herida! —le grité— Porque Jerrold te usó y luego te desechó como si tus sentimientos no valieran nada.

Jocelyn parpadeó y dio unos pasos hacia atrás. —Tú no sabes nada, niña.

—¿Tiene razón, Jocelyn? —preguntó Trevor—. Esa foto es el motivo que tiene la policía para acusar a Jerrold. Eres abogada, sabes eso. Y

puede que eso le haga arrepentirse de haber elegido a la mujer equivocada.

Jocelyn le lanzó una mirada enfurecida a Trevor. —Le he dado mi vida a esta compañía, a Jerrold... —ella respiró profundo, y luego gritó—: ¡Por supuesto que eligió a la mujer equivocada! Si estuviera conmigo nada de esto le habría pasado.

—Por favor, Jocelyn —dije, mi voz quebrándose mientras lloraba—. Si sabes algo que pueda ayudarle a Jerrold hazlo. No quiero verlo tras las rejas por algo que no hizo.

—Ahórranos tus lágrimas —rio— Si Jerrold termina en la cárcel será por culpa tuya, y sólo tuya.

Trevor dio un paso enfrente. —Sabes, Jocelyn, por tus reacciones me inclino a creerle más a Emilia que a ti.

—¿Por qué van a creerle más a esta mocosa que a mí?

—Porque ya has hecho esto antes —dijo Trevor, poniéndose entre Jocelyn y yo—. ¿Te acuerdas de Marcus?

Toda emoción en el rostro de Jocelyn se desvaneció y dio lugar a una expresión de horror que nunca me imaginé ver en una mujer como ella.

—No te mires tan asustada, Jocelyn —dijo Trevor con tono condescendiente—. Hago mis propias investigaciones de todos los altos mandos de la compañía. Conozco todos los secretos de todas las personas en una posición alta en nuestra organización —Trevor sonrió—. Y debo decir que tienes más trapos sucios que un político veterano. Por principio de cuentas, sé que alertaste a la policía del paradero de tu novio cuando estabas en la universidad cuando éste te dejó por otra.

—Aquella ocasión es distinta... —dijo Jocelyn con voz temblorosa— Yo...

—A pesar de tus aires de grandeza siempre me caíste bien, y siempre has hecho un excelente trabajo —Trevor apuntó al rostro de Jocelyn—. Pero si el equipo de investigación que contrataré encuentra que tuviste algo que ver con esto, te doy mi palabra que todo el mundo se enterará de cómo pagaste tu segunda carrera. Créeme, no querrás que ese sucio secretito salga a la luz.

Jocelyn cruzó sus brazos, y casi podría jurar que estaba pálida y se

había encogido un par de centímetros.

—Así que habla ahora si sabes algo —dijo Trevor—. O prepárate para las consecuencias de tus acciones.

Tuve un escalofrío al escuchar esas palabras de Trevor. Siempre era tan alegre y juguetón. Podía ser bastante intimidante si se lo proponía. Era abogado, a final de cuentas.

—¿Lo amas, Jocelyn? —le pregunté.

—¿Disculpa?

—¿Lo amas?

Ella se quedó callada un instante. —Sí —dijo, asintiendo—. Sí, lo amo.

—Si es así, tampoco debes querer que algo le pase.

Ella respiró profundo, y miró hacia el techo. Torció sus labios y luego se talló la mejilla una lágrima que alcanzó a escapar de su ojo derecho. — Fue Isaac.

—¿El hermano de Jerrold? —preguntó Gus, confundida.

Jocelyn asintió.

—¿Cómo sabes? —preguntó Trevor.

Jocelyn tomó su celular del escritorio, y reprodujo un correo de voz.

—Nomás para recordarte, muñeca, que si le dices a la policía que le puse su madrina a ese tipo para inculpar al santurrón de Jerrold se me va a salir que fue idea de los dos, y ese rico culito tuyo va a terminar en el bote también.

—El día que arrestaron a Jerrold le hablé a Isaac —dijo Jocelyn—. Él y yo... Intercambiamos información el día que vino a ver a Jerrold. Él me mandó la foto. Cuando le hablé y le confronté me dijo que él lo había hecho para que conociera el infierno al que lo había condenado cuando no quiso ni siquiera pagarle un buen abogado —le entregó su celular a Trevor—. A los pocos minutos de colgar me dejó ese correo de voz.

—Tendremos que ir a la policía para que le des contexto a este audio, Jocelyn —dijo Trevor—. Pero creo que con esto podemos exonerar a Jerrold.

—Sí —dijo Jocelyn—. Diré lo que sea necesario.

—Gracias —dije.

—No lo hago por ti, Emilia —dijo Jocelyn, con un par de lágrimas escapándose de sus ojos.

Capítulo 28.

Jerrold

Respiré profundo al salir de la penitenciaría. Cerré mis ojos y disfruté del calor del sol al golpear mi rostro.

—Huele eso, hermano —dijo Trevor, dándome una palmada en la espalda—. Es el aroma de la libertad.

—Sólo fue un par de días, pero me da gusto estar fuera —dije, ajustándome las solapas de mi saco.

Miramos hacia enfrente y había docenas de reporteros tomándonos fotos y gritando preguntas al otro lado de la cerca. Suspiré y volteé a ver a Trevor. —Lo siento, no me dejaron sacarte por la puerta de atrás —dijo.

—Está bien —dije al dar el primer paso—. Para eso decimos “sin comentarios.”

Aquella frase la repetí una y otra vez mientras Trevor y yo nos hacíamos camino a través de los reporteros hasta la limusina estacionada frente a la penitenciaría. El conductor nos abrió la puerta y entramos tan rápido como pudimos.

En cuanto subimos ya tenía a Gus encima de mí, abrazándome con todas sus fuerzas. —¡Qué bueno que estás bien!

Sonreí y me permití disfrutar el abrazo de mi querida amiga. —Conocí gente muy interesante ahí adentro, he de decir —Gus se sentó entre Trevor y yo—. Gracias a los dos.

—Emilia ayudó un poco, sabes —dijo Gus con una sonrisa.

Mi corazón se aceleró al escuchar eso. Cuando miré hacia enfrente vi a Jocelyn sentada al otro extremo de nuestra cabina.

Nos miramos a los ojos unos momentos tensos. Ella bajó la mirada, sin duda avergonzada de lo que había hecho.

—Gracias, Jocelyn —dije. Ella alzó la mirada y sonrió—. Gracias por denunciar a Isaac.

—Lo hice por ti, Jerrold —dijo, encogiéndose de hombros—.

Perdóname por enviarte esa foto. No tenía idea que era falsa.

—Mi hermano es bastante insidioso —lamenté, moviendo mi cabeza horizontalmente—. La justicia o el karma se encargarán de él cuando lo encuentren y arresten.

—Eso espero —dijo Jocelyn, bajando de nuevo su mirada.

—Jocelyn —me incliné hacia enfrente y apoyé mis codos en mis rodillas—. No tienes por qué renunciar.

Ella asintió y sonrió. —Sí, sí debo, Jerrold. No te preocupes, te aseguro que mi reemplazo mantendrá la fábrica funcionando como una máquina bien aceiteada.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Gus.

—Trevor habló con el fiscal de distrito —dijo, inclinando su cabeza hacia mi amigo—. Acepté declararme culpable de complicidad post delictiva, y sólo haré servicio comunitario por un año.

—¡Bueno, ya párenle que esto es deprimente! —exclamó Trevor, frotándose las manos— Espera a que llegemos a la fábrica. Mandé hacer un pastel que se miraba delicioso, e invité a todos los empleados. ¡Va a ser una fiesta...!

—Te lo agradezco, amigo mío —dije con una sonrisa—. Pero no voy a la fábrica todavía.

—¿A dónde vas?

—¿A dónde más? —dijo Jocelyn. Todos volteamos a verla—. Con Emilia, ¿verdad?

Asentí con una sonrisa amplia. —Le debo una disculpa, y no quiero...

—No necesitas darnos explicaciones, cariño —dijo Gus con una sonrisa.

En cuanto se bajaron los tres en la fábrica le di al chofer la dirección de Emilia. Hubiera querido irme a dar un baño y cambiarme a algo más decente, pero no quería esperarme, no podía esperarme. Tomé un poco de la loción del compartimiento de cortesías de la limusina y me apliqué un poco.

Mi estómago se retorció y apenas y podía respirar cuando identifiqué que habíamos dado vuelta en la calle donde estaba la casa de Emilia.

—Llegamos, señor Chandler —anunció el conductor.

Bajé y caminé con nervios crecientes hacia su puerta. Tuve que respirar por la boca para jalar suficiente aire y relajarme lo necesario para poder tocar.

Ella abrió, y sonreí tanto como pude, pero no bastó para igualar la sonrisa en el rostro de ella. Se lanzó hacia mí y me abrazó con todas sus fuerzas, y yo le correspondí el abrazo.

—Perdóname, Jerrold —dijo.

—No tienes nada de qué disculparte —dije, separándola de mí.

Ambos entramos, y ella pasó una mano por su cabello antes de que yo cerrara la puerta.

—¿Y Bárbara?

—Está en el hospital con Adriano —dijo al dar la vuelta de una pirueta—. ¿Puedes creer que son novios?

—Sí lo puedo creer —dije con una sonrisa—. Ya lo sospechaba desde que los vi juntos.

—O sea fui la única sonsa que no lo vio —ella suspiró—. Hubo muchas cosas que no vi.

—Emilia...

—¿Quieres sentarte? —preguntó con tono nervioso.

—No —dije, sobándome el puño cerrado—. No me quedaré mucho tiempo.

—¿Quieres agua o un refresco? —ella se miraba inquieta, bamboleándose de lado a lado— ¿Un café? —preguntó con un guiño.

—Emilia, me iré de la ciudad.

De pronto se detuvo, y su rostro se paralizó en una expresión de sorpresa. —Vaya —dijo, su sonrisa desvaneciéndose—. Yo sí necesito sentarme.

La observé mientras se dejaba caer en su sofá. Me quedé de pie junto al sillón individual y le admiré. Todo mi cuerpo rogaba que la besara, que la tuviera cerca, que la acariciara.

Pero debía controlarme. No iba con ella con intenciones de

reconquistarla, de que continuáramos nuestra relación. Estaba convencido que eso no sería lo mejor para ella, ni para mí.

Pero verla en jeans ajustados y una blusa que abrazaba su torso y pechos a la perfección no me facilitaron las cosas.

—Entendí algo de esta experiencia, Emilia —dije, mirándola a los ojos—. No estoy listo para una relación como la que tú quieres tener.

Los ojos de Emilia parecían despedir brillo propio, evidenciando la tristeza que se acumulaba en su rostro. Me dio la impresión que ella sí esperaba que fuera con intenciones de reconciliación.

—Me gustaría poderte amar sin los fantasmas de mis malas experiencias pasadas atormentándome —dije despacio—. Ve lo poco que se necesitó para separarnos. Un simple fotomontaje en el momento ideal bastó para rompernos.

—Tienes razón —dijo Emilia con tono de resignación.

—No quiero tener la razón —miré mis manos pegadas a mi pecho. Sobaba mi puño derecho cerrado con mi mano izquierda antes de levantar la mirada y verla a los ojos—. Te amo, Emilia —ella sonrió y miró hacia la cocina cuando dije eso—. Pero quiero ser capaz de darte la vida que mereces. En este momento, no soy capaz de hacerlo.

—Por favor no vayas a pedirme que te espere, Jerrold —dijo al voltear de repente.

Reí un poco. —Jamás soñaría con ponerle correa a tu libertad, Emilia —dije—. Si encuentras la posibilidad de ser feliz por favor tómala. Te lo mereces.

—Tú también mereces ser feliz —Emilia talló su mejilla de una lágrima que escapó de sus ojos.

—Lo sé —dije con una sonrisa—. Por eso necesito estar solo un tiempo. Quizá ver un terapeuta, o algo así. Exorcizar mis demonios pasados, o al menos aprender a vivir con ellos.

Emilia me regaló una sonrisa, la misma sonrisa que daba calor a mis pensamientos y a mis sueños.

—¿Has revisado tu cuenta de nómina? —pregunté.

—No.

—Deberías hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque encontrarás un balance de medio millón de dólares en ella.

Ella se puso de pie de un salto. —¿Qué?!

—Eso debe ser más que suficiente para que abras el restaurant con Bárbara, ¿no es así?

—¡Jerrold! ¡No!

—Compren un local —dije con una sonrisa—. No vayan a cometer la tontería de rentar un local. *Cómprenlo.*

—¡Te estoy diciendo que no! —exclamó— No puedo...

—¿Aceptar mi dinero? —le interrumpí con una sonrisa— Ya está depositado.

—Te lo voy a regresar.

—Y yo le pediré al banco que rechace la transferencia. Mejor dónalo a una caridad si no lo quieres —dije, moviendo la cabeza de lado a lado—. Pero sería un error. Te estoy regalando este dinero. No espero nada a cambio. Dije en serio que quería que fueras feliz. Usa este dinero para que cumplas tu sueño. No esperes un día más.

—Ya sabes cómo me siento respecto a recibir dinero.

Sonreí. —Considéralo tu liquidación.

—Vaya liquidación.

Bajé la mirada. —O podrías regresar al trabajo en Chandler Platt.

—No podría volver a trabajar para ti, Jerrold —dijo Emilia sacudiendo su cabeza sin quitar su mirada de mis ojos—. Discúlpame de nuevo por este enorme malentendido.

—Toma mi dinero, Emilia —nos miramos unos momentos. Ella se cruzó de brazos y abrió su boca, pero alcancé a cubrirla con mi mano abierta antes de que pudiera protestar—. Abre el mejor restaurant que Ciudad del Sol haya conocido. O usa ese dinero para que encuentres lo que te haga feliz. Viaja, conoce lugares, estudia una maestría, lo que sea.

Emilia quitó mi mano de su boca y arrojó sus brazos alrededor de mi cuello. Le tomé de la cintura y la pegué a mí. Alcancé a percibir el calor

de su cuerpo a través de su ropa, y un cosquilleo familiar brotó en mi piel, urgiéndome a desnudarme y que mi piel tocara la suya.

Deslicé mis manos sobre su espalda baja, y aprecié el contorno de sus músculos lumbares y el valle formado encima de su espina. Subí mis palmas por el centro de su espalda, y ella volteó a verme a los ojos.

Acerqué mi rostro al suyo al mismo tiempo que ella se paraba de puntas y dirigía sus labios a los míos. Cerré mis ojos y saboreé esos labios y esa lengua una vez más. Ella suspiró, y yo gemí cuando metió sus manos entre mi cabello, jalándome la cabeza hacia ella al momento en que nos saboreamos con aún más intensidad.

Poco a poco la ternura de nuestro beso se desvaneció y fue reemplazada por salvaje y voraz pasión. De pronto me sorprendí a mí mismo bajando mis manos hacia sus nalgas, y sabía que si ella me permitía no me detendría hasta hacerla mía una vez más.

Me detuve, y ambos dimos el paso hacia atrás más difícil que podríamos dar. Nuestra respiración estaba agitada, y podíamos ver en nuestras miradas cómo nuestro amor y pasión nos empujaba hacia el otro.

—¿Volveré a verte? —preguntó Emilia, sobándose el labio.

—Eventualmente —dije, ajustándome el cuello de mi camisa—. Pero si conoces a alguien más que pueda hacerte feliz... Si tienes oportunidad de ser feliz, aprovéchala.

—No creo que encuentre a alguien como tú, Jerrold —dijo Emilia inclinando su cabeza un poco hacia un lado.

—Pero si lo haces, prométeme que no desperdiciarás tu oportunidad.

Ella me regaló esa sonrisa que me tenía tan enamorado de ella. —Te lo prometo —dijo.

—Adiós, Emilia —dije, dando la media vuelta.

No sé cómo pude salir de esa casa sin voltearla a ver, pero sabía que si lo hacía correría hacia ella y jamás podría irme. Sabía que lo que estaba haciendo era lo mejor.

Dolía como los mil demonios, pero era lo mejor.

Capítulo 29.

Emilia

Leí con una creciente sonrisa la crítica más reciente en una de las revistas de turismo de mayor tirada en el país. La dejé en mi escritorio y sonreí mientras miraba alrededor de mi oficina ubicada en el segundo piso del restaurant.

Saqué unas tijeras y recorté el artículo para luego clavarlo en un tablero de corcho que tenía en la pared opuesta a mi escritorio. Estaba lleno de otros artículos de revista y periódico que había estado coleccionando desde que habíamos abierto Barb's Bistro cuatro meses atrás.

Di unos pasos atrás, puse mis manos en mi cadera y asentí mientras admiraba el tablero.

Lo había logrado, nuestro restaurant ya era uno de los mejores de la ciudad, y aunque costaba muchísimo trabajo tanto Bárbara como yo estábamos más que satisfechas con nuestro rápido éxito.

La puerta de mi oficina se abrió. Cuando volteé vi a mi capitán de meseros asomarse.

—¿Señorita Emilia?

—¿Qué pasó?

—Ya se fueron los últimos clientes y ya está alzado el comedor.

Vi el reloj junto a la pequeña ventana circular detrás de mi escritorio. Ya era pasada la media noche.

—¿Y la cocina? —pregunté.

—La señorita Bárbara ya dejó ir a la gente —dijo—. Estamos listos para cerrar.

—Gracias —dije con una sonrisa—. Nos vemos mañana. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Emilia.

Tomé el saco que había dejado en el perchero junto a la puerta. Saqué

mi celular del bolsillo, abrí los mensajes recibidos y me quedé viendo la pantalla unos momentos. Los nervios se apoderaron de mí, y mi mano tembló un poco al mismo tiempo que una sonrisa salía poco a poco a la superficie.

Sacudí mi cabeza, bloqueé el celular y lo eché a mi bolso.

Cuando bajé las escaleras y entré a la cocina vi a Bárbara sentada encima de una de sus mesas de trabajo con Adriano de pie frente a ella y entre sus piernas, dándose un beso apasionado que despertó la enorme envidia que le tenía a la feliz pareja.

—¡Les voy a echar agua fría, par de calientes! —les grité.

Ambos soltaron una carcajada, y Bárbara recargó su frente en el hombro de Adriano.

—Ay ya, Emilia, no seas apretada —dijo mi hermana.

—Sí, chaparra, no seas apretada —dijo Adriano con una sonrisa arrogante.

—A ti sí te puedo golpear, tarado —le acomodé un zape en la cabeza a mi cuñado y seguí caminando hacia la puerta trasera—. Cierren bien. Nos vemos mañana.

Bárbara bajó de la mesa y me detuvo poniendo una mano en mi hombro. —¿Qué tienes?

“*Maldita sea,*” pensé.

—Nada.

—Algo tienes —dijo Bárbara, entrecerrando los ojos—. El artículo del Buen Viajero no habló bien de nosotros.

—No —dije, moviendo mi cabeza—. Digo, sí. No es por eso.

Bárbara se quedó mirándome. Di unos brinquitos y miré alrededor de la impecable cocina. —Me llegó un mensaje de Gus —le dije al fin, de lo contrario no me habría dejado ir.

—¿Eso te tiene preocupada? —exclamó Bárbara— Dile que ya tenemos ese vino que nos recomendaron la otra...

—No —le interrumpí y me cubrí el rostro con mis manos—. Me dijo que Jerrold vendrá a la ciudad.

—¿Y luego, chaparra?! —exclamó Adriano con una sonrisa de oreja a oreja— ¡Llámale!

—¡Claro que no!

—¿Por qué no? —preguntó Bárbara.

—Me voy a ver muy desesperada y urgida —dije riendo.

—¡Sí estás urgida! —exclamó Bárbara, a lo que le di un manotazo en el hombro— No creas que no me he dado cuenta que si no estás aquí te la vives en tu depa nuevo viendo Netflix y comiendo nieve.

—¿Y la clase de spinning a la que vamos en las mañanas no cuenta?! —le apunté a la cara.

De pronto escuchamos tocar a la puerta de enfrente. Los tres nos quedamos callados unos instantes. Quizá el viento o algún peatón pasó y golpeó jugando el vidrio.

Volvieron a tocar. Esta vez Adriano volteó a vernos. —Esperen aquí —dijo.

Saqué de mi bolsa una lata de gas de pimienta y me puse frente a Bárbara, quien había tomado un cuchillo de carnicero. Habían asaltado a la tienda de autoservicio ubicada en la esquina, y llevábamos días con los nervios de punta.

Escuchamos el cerrojo abrirse, y la voz de Adriano se escuchaba alegre. Fuimos a asomarnos, y mi corazón casi se sale disparado de mi pecho.

—Buenas noches —saludó Jerrold, de pie junto a Adriano, que estaba cerrando de nuevo la puerta de enfrente.

Perdí el aliento. Lucía increíble, como siempre lo hacía. Su traje negro impecable, y la camisa azul cielo debajo parecía tener brillo propio. Quizá era de seda. No traía corbata, y traía un botón de más abierto del cuello.

Sostenía en su mano derecha un ramo con las rosas más hermosas que había visto en toda mi vida. A pesar de estar casi hasta el otro lado del restaurant alcancé a percibir el potente y delicioso aroma.

Su mirada tenía esa misma intensidad con la que soñaba, y su barba se veía perfecta... No, se veía más perfecta que en mis sueños.

—¡Jerrold! —gritó Bárbara, corriendo como loca hacia él.

Caminé despacio hacia ellos. Jerrold volteó a verme, y su sonrisa detonó mariposas alocadas dentro de mi estómago, y mi respiración se entrecortó de la emoción.

Logré desviar mi atención hacia Bárbara, y le dejé saber con la mirada que le acusaba a ella por la presencia de Jerrold.

—Espera, espera —dijo, captando bien la indirecta—. Yo no tuve nada que ver con que él esté aquí.

Volteé a ver a Adriano, y él levantó sus manos abiertas frente a él. —A mí ni me mires, chaparra.

Jerrold rio y bajó la mirada un instante, para luego poner su mano en el hombro de Adriano y mirar a Bárbara. —Denos un momento a solas —pidió.

—Ya nos íbamos de todos modos —dijo Bárbara emocionada. Tomó la mano de Adriano y ambos salieron corriendo hacia la cocina antes de que les pudiera decir algo.

Escuché la puerta trasera del restaurant cerrarse. Mi corazón dio un vuelco y tuve miedo de voltear hacia Jerrold, tuve miedo de que realmente no estuviera ahí, que estuviera soñando. Esperaba en cualquier momento despertar llena de babas encima de mi escritorio en el piso de arriba.

Pero escuché el papel que envolvía el ramo arrugarse cuando lo puso en la mesa junto a mí, y sus manos sobre mis hombros indicaron que no estaba soñando... o quizá soñaba más profundo. Una corriente eléctrica atravesó mi cuerpo en cuestión de segundos, y di un paso hacia enfrente para luego dar la vuelta.

—¿Ellos te hablaron? —le pregunté.

—No —dijo Jerrold, envolviendo su puño derecho en su mano izquierda mientras me miraba a los ojos—. Mi avión aterrizó hace menos de una hora. Éste es el primer lugar al que vine —sacó su celular del bolsillo dentro de su saco—. No traigo batería.

—Chandler Platt debe estar al borde del colapso sin tu supervisión —dije entre risas nerviosas.

Jerrold volvió a guardar su teléfono. Su mirada estaba clavada en mí.

Cada instante que pasaba sentía que él podía ver más de mi alma en mis ojos, que podía ver cuánto lo había extrañado, cuánto me hacía falta.

—Luces hermosa, Emilia —dijo, y yo casi me desmayo de la vergüenza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije, al fin acumulando las fuerzas suficientes para voltear hacia otro lado.

—Seré directo, Emilia —dijo. Sentí como cerró el espacio entre nosotros con unos pocos pasos—: Vine por ti, y no iré a ningún lado si no es contigo.

Me solté riendo como una mensa, y me alejé de él un poco. —¿Es tu manera de pedirme una cita?

—Si quieres verlo de esa manera.

—Estás loco —dije, recargándome en el marco de la entrada a la cocina.

—Debo estarlo —dijo, siguiéndome de cerca, asegurándose de dejar un espacio entre nosotros—. Porque no he dejado de pensar en ti estos últimos meses.

—¿Estás disculpándote por irte?

—No —dijo, recargándose en la pared junto al marco donde estaba yo. Su mirada se desvió de mis ojos y bajó por mi cuello hacia la escasa apertura que tenía en mi blusa, y deseé tener abiertos uno o dos botones más.

—Has prosperado desde que me fui —volteó hacia el comedor de mi restaurant y sonrió—. Es un lugar increíble, Emilia. Gus y Trevor me han dicho que supera todas las expectativas —regresó su atención a mi rostro—. Te has vuelto en poco tiempo en una gran mujer de negocios.

—¿Y tú qué has hecho en este tiempo? —pregunté.

—Lo que te dije que haría —acercó su rostro al mío—. Volviéndome un mejor hombre.

No sé por qué me pareció tan gracioso lo que dijo. Eran los nervios. Terminé de reírme, y él seguía mirándome con una sonrisa en su rostro. El muy desgraciado bien que sabía que me tenía en sus garras, pero iba a darle pelea. No pensaba echarme a sus pies luego de haberme

abandonado.

—Está bien, lo confieso —dijo. Recargué mi frente contra el marco de la entrada y le miré a los ojos—. Estoy aquí porque me urge una taza de café decente.

—Eres increíble —dije con la sonrisa más amplia que podía hacer—. ¿Tu nueva secre no sabe hacerte el café como quieres?

—No —dijo, acercando su rostro más al mío.

Me mordí detrás de mi labio inferior y suspiré. No tenía la menor duda que podía ver en mis ojos cuánto le deseaba, cuanto le necesitaba. Había tenido un par de citas en el tiempo que no nos vimos, pero ningún hombre había despertado mi cuerpo como lo estaba haciendo Jerrold en ese momento. Cada célula de mi piel vibraba y exigía ser expuesta.

Di la vuelta y entré a la cocina. Le escuché seguirme de cerca. Tomé una taza limpia, la llené de agua, y la metí al microondas. Iba a voltear a verlo, pero sabía que si lo hacía me le echaría encima. Pensaba que me abrazaría por detrás, lo cual hubiera ocasionado el mismo resultado.

No lo hizo. Esperó con una paciencia infernal a que terminara el microondas. Saqué la taza y le mezclé el café, azúcar, y crema tal y como lo recordaba. Sonreí, y tomé el salero que tenía canela y la espolvoreé en la taza mientras meneaba la cuchara.

No volteé a verlo. Tomé la taza y subí las escaleras hacia mi oficina. El crujido de éstas detrás de mí con cada escalón que subía al seguirme desató un huracán de emoción dentro de mi vientre. Estaba temblando cuando abrí la puerta de mi oficina, y pensé que se me derramaría el café. Gracias a Dios no lo hizo.

Encendí la luz y dejé la taza de café junto a la orilla en mi escritorio. Di la vuelta junto a mi escritorio y Jerrold cerró la puerta detrás de él.

Cada paso que dio hacia mí aceleró mi respiración más y más. En algún momento mi mano cobró vida propia y desabrochó el botón de hasta arriba de mi blusa, y luego otro, y aquello me permitió respirar mejor.

Jerrold tomó la taza y le dio un sorbo sin quitar su mirada de mis ojos. —Divina.

—¿La taza con café? —pregunté, luego apoyé mi mano en mi escritorio— ¿O yo?

Él dejó la taza en una mesita debajo del tablero de corchos, luego regresó a mí. Se detuvo a escasos centímetros de mi cuerpo. Aspiré su exquisito aroma, y un incendio prendió en mi interior que sabía no sería capaz de frenar ni un poco.

Acercó su boca a mi oído. —Ambas —susurró, y luego besó mi mejilla, después mi quijada, y bajó hacia mi cuello.

Temblé unos momentos mientras mis entrañas vibraban de una potentísima corriente eléctrica que desvanecía toda duda en mi cerebro.

Le empujé fuerte y luego le quité el saco de un tirón hacia abajo mientras él desabrochaba aprisa los botones restantes de mi blusa. Nos miramos a los ojos y nuestros labios se estrellaron uno contra el otro, desatando un deseo mutuo que se había estado acumulando desde aquel día que nos vimos por última vez.

Le quité la camisa y él me liberó de mi brasier, para luego aferrarse a mis nalgas y subirme a mi escritorio. Dejó de besarme para saborearme con una voracidad deliciosa mis pechos. Grité y suspiré y gemí con cada roce de su lengua en mis pezones y mis senos. Sus manos subieron por mis muslos y no sé en qué momento deslizó la bragueta de mi falda y la bajó por mis piernas junto con mis bragas.

Bajó poco a poco sobre mi abdomen, sobre mi vientre, sobre mi monte, y abrí mis piernas invitándolo a que me saboreara cuando llegó a la orilla de mi precipicio. ¡Y vaya que lo hizo! ¡Era como si él pensara que no habría un mañana! Exploté en un increíble orgasmo a los pocos segundos de que su lengua inició su masaje contra mi clítoris.

Le tiré del cabello, mis piernas subían y bajaban sin control, y llené mi oficina de mis gritos y gemidos, rogándole por más. Él me obedeció, masajeando mis pechos mientras continuaba con su manjar.

Cuando se levantó me apuré en ayudarle a quitarse su pantalón. Me urgía sentirlo dentro de mí. Necesitaba volver a ser una con él. Clavamos nuestras miradas en nuestros ojos cuando él me llenó, y yo me aferré a él mientras nos acostábamos encima de mi escritorio.

Pobre, le he de haber dejado unos arañazos horribles en su espalda, pero él tuvo la culpa por hacerme gozar y gritar tanto con sus potentes y salvajes embestidas. Pero él no era el único con una necesidad que requería ser atendida.

Le empujé, quitándolo de encima de mí, y lo seguí empujando hasta que cayó encima del sofá que tenía junto a las escaleras. Me trepé encima y lo cabalgué delicioso.

Sus manos visitaron los rincones de mi cuerpo que le extrañaban mientras dejaba que mis caderas se movieran por instinto a la intensidad necesaria para al fin dejar salir todo lo que llevaba reprimido.

Me recargué por completo contra él, y me limité a mover mis caderas de arriba a abajo más y más rápido, y nuestros gruñidos y gemidos anunciaron la llegada de nuestro clímax. Él estrelló sus manos contra mis nalgas y apretó fuerte cuando su calor explotó dentro de mí y se esparció por mi interior mientras cada célula de mi ser vibraba a la frecuencia de la lujuria, la pasión, y el amor.

Nos besamos cuando ambos nos relajamos, y me quedé acurrucada en sus brazos mientras él seguía besándome la frente. Nuestros cuerpos estaban sudados, y las gotas de sudor caían de mi frente encima de su cuello.

—Jamás volveré a irme, Emilia —dijo Jerrold, apretando su abrazo.

—Qué bueno —dije, apenas recuperando mi aliento—. Porque no tengo intenciones de dejarte ir otra vez.

Capítulo 30.

Jerrold

—¡Párate aquí, párate aquí! —gritó Adriano cuando entramos al estacionamiento del restaurant, por lo que pisé el freno de la camioneta y ésta deslizó sus llantas un par de metros hasta que nos detuvimos frente a la puerta.

—¿No debería estar aquí afuera ya? —pregunté.

—¡Yo le mandé un...!

Mi querida salió del restaurant todavía pegando de gritos al interior. La nueva hostess estaba viéndoselas negras desde que Emilia la sorprendió coqueteando conmigo un día que llegué a recogerla para comer.

—¡Apúrate, chaparra! —gritó Adriano, que ya había bajado de la camioneta y abierto la puerta del asiento de atrás.

—¡No me apures! —exclamó, pasando junto a él y saltando encima del asiento de pasajero— ¡Y tú por qué no contestabas!

—¡Lo regañas luego! —gritó Adriano al subir al asiento de atrás— ¡Písale, Jerrold!

Respiré profundo. —Agárrense.

Manejé tan rápido como pude considerando el tráfico que había a aquella hora.

—¡Déjame manejar a mí! —exclamó Emilia.

—Más vale llegar vivos, querida —le dije con una sonrisa.

Ella entrecerró sus ojos y me apuntó el dedo de forma amenazante, a lo que le sonreí. —Luces hermosa, ¿sabías?

—¡Avanza! —gritó, mirando hacia enfrente.

Al subir a la autopista vi de reojo en el espejo retrovisor a Adriano con su celular contra el oído. —¡Cariño! ¡Ya vamos para allá!... ¡Sí, no te preocupes!... ¡Claro que no va manejando Emilia! ¡Queremos llegar vivos!

—¡Oye! —gritó Emilia, mirando hacia atrás mientras comenzaba a

reírme, luego ella me dio un manotazo— Síguete riendo —amenazó.

Vi a lo lejos la gran torre que era el Hospital Visión del Sol, el mejor de la ciudad.

—¡Baja aquí, baja...! —gritó Emilia, apuntando hacia la salida de la autopista.

—¿Quieren calmarse? —les dije a ambos con una sonrisa en el rostro — Apenas entró a...

—¡Apúrate! —gritaron ambos.

Di gracias al cielo de que encontráramos estacionamiento tan pronto. Corrimos tan rápido como Emilia nos permitió. De todos los días que pudo haber traído tacones justo ese traía altos.

Tomamos un elevador al ala de maternidad. En cuanto abrió la puerta Adriano corrió tan rápido como pudo hacia la estación de enfermería mientras Emilia y yo le seguíamos caminando pronto.

—¡¿Ya entró?! —gritó Adriano al dar un pequeño brinco apoyándose en el mueble de la estación de enfermeras.

—Oye, oye —dije, poniéndole mis manos en sus hombros al voltearlo para verlo de frente—. Ahora no es momento de entrar en pánico. Tu chica te necesita ahí adentro.

—¡Esto es demasiado, viejo! —exclamó con una enorme sonrisa en su rostro.

—Ser padre lo es —le dije, sacudiéndolo de los hombros—. Pero serás excelente. Ahora entra y ayuda a tu esposa a traer a tu hijo al mundo.

—O hija —dijo Emilia con una sonrisa.

—Es hijo —dijo Adriano asintiendo, luego miró a la enfermera que esperaba para llevarlo a la sala de partos.

Emilia me tomó la mano y miramos a Adriano atravesar las puertas junto con la enfermera. Ella abrazó el brazo y recargó su cabeza contra mí. —Voy a ser tía.

—*Vamos* a ser tíos —dije, asintiendo—. Adriano me pidió ser padrino del niño.

—O niña.

—¡Ya dijeron que sería niño! —exclamé riendo al caminar junto con mi chica a la sala de espera.

—¡Esos exámenes pueden equivocarse!

—Si lo hacen exigiré que nos regresen el dinero —dije, luego me detuve en la entrada de la sala y miré boquiabierto el gigantesco oso de peluche azul que estaba sentado junto a las sillas donde esperaban Trevor y Gus.

—¿Demasiado? —preguntó Trevor sonriendo, inclinando su cabeza hacia el peluche.

—¡Yo diría! —exclamó Emilia entre risas— ¡Está más grande que yo!

—Fue idea de ella —dijo Trevor, apuntando a su esposa.

—¿Quién demonios va a creer eso? —preguntó Gus luego de darle un manotazo.

Me senté junto a mi amiga y sobé la enorme barriga que anunciaba su octavo mes de embarazo.

—Yo le dije a este grandísimo tarado que los recién nacidos apenas y pueden ver, mucho menos jugar con algo tan grande —dijo Gus, girando sus ojos hacia arriba.

—Vamos, la intención es lo que cuenta —dijo Trevor riendo.

—Hay de intenciones, hermano —dije también riendo.

—¿Quieres saber lo mejor? —dijo Gus. Me le quedé viendo esperando que continuara— Compró dos.

—¡Estaban de oferta a dos por uno! —exclamó Trevor.

Esperamos un buen rato durante el cual Emilia no paraba de golpetear sus tacones, hasta que Adriano entró corriendo con la expresión más feliz que le había visto.

—¡Es una niña! —gritó.

Emilia saltó y volteó a verme. —¡Te lo dije! ¡Una niña!

—¡Trevor! —exclamó Adriano, mirando el oso gigante— ¡Está chingón! ¡El regalo del año, carnal!

La expresión arrogante de Trevor le ganó una sonrisa de su esposa. Abracé a Emilia y miré a Adriano. —¿Podemos verla?

—¡Ah, sí cierto! —dijo Adriano— Venga, vengan.

Le seguimos al cuarto de Bárbara. Al entrar ahí estaba la nueva mamá sosteniendo a la pequeña envuelta en una mantita azul.

—Tú cállate —le dijo Bárbara a Emilia.

—¡Qué me voy a callar! —exclamó— ¡Les dije que iba a ser niña!

—¡Está hermosa! —exclamó Gus, acariciándole la frente a la pequeña — ¿Cómo se llama?

—Erika —dijo Bárbara—. Iba a ser Erik, así que no nos la complicamos.

Sonreí y me alegré por los nuevos padres. Miré a Emilia y ella tenía esa mirada brillante que todavía me volvía loco cada que estaba por darme una sorpresa.

—¿Qué? —pregunté.

—Te ves tan... ilusionado —me susurró.

—Sabes que me ilusiona la idea de tener un hijo —dije, mirando a Trevor cargar nerviosamente a la pequeña Erika.

—Serás un gran papá —dijo Emilia.

—Espero serlo.

La sentí junto a mí pararse de puntitas. —En nueve meses lo empezará a descubrir —me susurró.

Volteé despacio a verla, y cuando la miré a los ojos ella asintió y arqueó sus cejas, confirmando la pregunta que con mi rostro le estaba haciendo.

Sonreí y nos abrazamos. No pude contener el impulso de sobarle al amor de mi vida su barriga plana que ya albergaba el producto de nuestro amor.

—¿Deberíamos decirles? —preguntó Emilia.

—Éste es el día de Adriano y Bárbara —le susurré.

Nos miramos a los ojos, y nos besamos.

—Te amo, Jerrold —susurró a mi oído.

—Yo también te amo, Emilia.



Su amor podría salvar su vida... O terminarla.

Fernanda Ontiveros desea la felicidad en su vida luego de dejar atrás su fracasado matrimonio. Pero su temor la hace ver en todos los hombres el rostro abusivo y maltratador de su ex. Hasta el caballeroso y apuesto detective que ha jurado protegerla del sicario más peligroso de la ciudad podría terminar lastimando su frágil corazón.

Lucio Castella anhela un amor como el de sus difuntos padres, la pareja más feliz que él ha conocido y su ejemplo a seguir. Pero hasta ahora ninguna mujer ha estado a la altura. Siempre es algún detalle: o es grosera, o no quiere una familia, o es la hermosa y tierna testigo del caso más importante de su carrera. Pero con ella es distinto. Con ella le es imposible resistirse.

Las líneas entre el deber y el deseo se desvanecerán, y ambos deberán decidir si están dispuestos a darlo todo por amor.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)

¡Gracias, cariño, por leer hasta el final! Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Te invito a que me dejes tu opinión sincera de mi trabajo. Me encantaría saber lo que te gustó y **lo que no te gustó**. Eso me ayudaría mucho a crecer como autora y darte en un futuro much&iactue;simo mejores lecturas.

Si se te antoja ver todas mis obras puedes verlas en mi Página de Autor en [Amazon USA](#), o en [Amazon España](#).

Nos vemos pronto.

Un besito donde más te plazca.

Emma K. Johnson.

Table of Contents

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Agradecimientos y otras obras](#)